

Amir Valle

NOSTALGIAS, IRONÍAS
Y OTRAS ALUCINACIONES
(Cuentos escogidos)



BETANIA

Amir Valle (Cuba, 1967). Escritor, Ensayista, Crítico Literario y Periodista. Su obra narrativa ha sido elogiada, entre otros, por escritores como Augusto Roa Bastos, Manuel Vázquez Montalbán, y los premios Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, Herta Müller y Mario Vargas Llosa.

Saltó al reconocimiento internacional por el éxito en Europa de su serie de novela negra “El descenso a los infiernos”, sobre la vida actual en Centro Habana, integrada por *Las puertas de la noche* (2001), *Si Cristo te desnuda* (2002), *Entre el miedo y las sombras* (2003), *Últimas noticias del infierno* (2004), *Santuario de sombras* (2006) y *Largas noches con Flavia* (2008). Su libro *Jineteras*, publicado por Planeta obtuvo el Premio Internacional Rodolfo Walsh 2007, a la mejor obra de no ficción publicada en lengua española durante el 2006. Entre otros premios internacionales en el 2006 resultó ganador del Premio Internacional de Novela Mario Vargas Llosa con su novela histórica *Las palabras y los muertos* (Seix Barral, 2006).

Sus libros más recientes son *La Habana. Puerta de las Américas* (alMED Ediciones, España, 2009), *Bajo la piel del hombre* (Aguilar, 2013) y *Nunca dejes que te vean llorar* (novela, Grijalbo, 2015). Desde 2005 reside en Berlín desde donde dirige *Otro-Lunes. Revista Hispanoamericana de Cultura*.

Más información en su sitio web: **www.amirvalle.com**

NOSTALGIAS, IRONÍAS
Y OTRAS ALUCINACIONES



Amir Valle

Amir Valle

NOSTALGIAS, IRONÍAS
Y OTRAS ALUCINACIONES
(Cuentos escogidos)

Prólogo de Alberto Garrido

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

E-mail del autor: amir@amirvalle.com

Portada: *Islas al Sur IV (Serie)* del pintor cubano Felipe Alarcón Echenique.

Felipe Alarcón Echenique (La Habana, 1966). Pintor, grabador, dibujante y escritor cubano. Graduado de la Academia de Bellas Artes “San Alejandro” y de la Licenciatura en Educación Artística en el Instituto Superior de Arte “José Varona”. Con más de 30 exposiciones individuales en todo el mundo y numerosos premios a su obra, su galardón más reciente es el Premio Internacional El Hombre de la Mancha 2016 por su serie “ADN Cervantes”. Reside en Madrid. E-mail: aechenique2003@f-alarcon.com. Web: www.f-alarcon.com

© Amir Valle, 2017.

Editorial Betania

Apartado de correos 50.767

Madrid 28080 España.

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>

ISBN: 978-84-8017-388-9.

Hecho en España / Made in Spain.

Algo que no pretende ser un prólogo

No lo crean: no siempre Amir Valle tuvo este aspecto bonachón y pacífico de las fotos de contratapas de sus libros; cuando lo conocí era un muchacho imberbe con cara de terrorista. Y lo era, en cierta forma, porque sabía que iba a dinamitar cada género que abordaría (cuento, novela, ensayo, testimonio, crítica literaria) con una mirada a la vez sucia y lírica.

Amir siempre ha sido controversial. Desde aquella tarde (era un *enfant terrible*) en que anunció a los gendarmes culturales al grupo Seis del Ochenta, una propuesta estética diferente que, además “trataría temas tabúes”. Luego de convertirse en un exiliado involuntario, al serle impedido su regreso a la isla, ha seguido siendo fiel a este anuncio lapidario. Sus atrevimientos policiales pintan el bajo mundo de esa Centro Habana que conoció tan bien. Sus ensayos hablan de la libertad y de la corrosión de esa libertad en las sociedades totalitarias. Se atrevió a jugar con la cadena y mató al mono en una de sus obras más celebradas por la crítica, mostrando la corrupción de los poderes políticos. Describió como nadie el universo de la prostitución y el tráfico inhumano entre las dos orillas.

Me pidió que escribiera este prólogo a sus cuentos escogidos. Y los leí de un tirón en la madrugada. Mientras leía, recordé cómo empezó nuestra amistad: la lejana, seductora, ondulosa y caliente Santiago de Cuba. El imán que nos unió fue la literatura, tan poderoso que salió un grupo que inquietaría a la burocracia, a la inseguridad del Estado, a los mismos escribas establecidos. Mucho camino se ha recorrido desde entonces, mucho lodo en los pies y mucho viento en contra. A contracorriente, se mantiene incólume la dignidad, el hambre de escalar la cumbre, de escribir un libro mejor que nos eternice, mientras damos testimonio en el difícil oficio de nombrar las cosas.

Hace poco estaba en Santiago de Cuba, en una especie de librería privada, parte de un proyecto que alimenta un amigo común, el escritor Yunier Riquenes. Me estaban grabando una entrevista para *Claustrofobias*. Una joven entró y preguntó si había algo de Amir Valle. “Nada”,

dijo Yunier (los libros de Amir en Cuba se venden como pan caliente y han desaparecido de todas las librerías: los lectores no le dieron tiempo a los censores, la mejor de las justicias poéticas). “¿Qué estudias, niña?”. “Contabilidad”. Le dije que tenía la versión digital de *Habana Babilonia*. “Ya la leí”, dijo. “También *Si Cristo te desnuda* y *Muchacha azul bajo la lluvia*”. Mencionó varios textos. “Me encanta”, dijo. “¿Por qué?”, quise saber. “Porque escribe la verdad”. Es cierto: la obra de Amir es un pacto con la verdad, ruleta rusa, sinceridad esquiva, interrogación del mundo. El escritor, ese gran mentiroso, entre los artistas es el más comprometido con la verdad.

Amir Valle es el caballo ganador de nuestra generación. Ambos sabemos que la literatura no es una carrera de caballos, pero si quiero referirme al ímpetu, a la ambición (literaria), a la visión del oficio de escribir como un sacerdocio, a las horas nalgas en la fragua de nuevos mundos posibles, en mi generación, o tal vez en las dos últimas generaciones, no hay otro que se le acerque. Gana por una cabeza, por un cuerpo completo. También es el escritor más serio que conozco (cosa rara cuando vemos que se trata de un autor popular). No trata a la escritura como una amante (es mi pecado, y me cobrará las cuentas) sino como una diosa inasible. Tampoco les está haciendo muecas amables a sus lectores para que lo compren en Amazon. Creo que ama los libros más que el resto de la cofradía que milagrosamente somos los escritores nacidos literariamente en los ochenta. Una pasión que solo puedo comparar con su fidelidad a construir puentes, a sumar amigos.

También tiene el libro más leído en Cuba en su versión digital: *Habana Babilonia* es el best-seller subterráneo de los lectores cubanos. Lo leen amas de casa y abogados, estudiantes y retirados, generales y doctores. Se pasa de memoria en memoria, por email y bluetooth, de una laptop a otra. Miles de computadoras de empresas del gobierno tienen un archivo oculto, un virus (en definitiva, eso es la obra del escritor que pasea el espejo a lo largo del camino). Irónicamente, mientras se le impide el acceso a su nación, sus libros contaminan las redes, ganan cientos de miles de lectores. Es el triunfo de la literatura sobre la política. Del escritor contra el pesquisidor. De la libertad contra el inmovilismo.

Amir es un curiel literario (sospecho que se ha autoclonado para atender sus negocios, sus libros, sus eventos y su familia). Tiene más de treinta libros publicados. Nuestro Stephen King. Y con más premios que el ron Bacardí. Debo decir algo que siempre he pensado: nuestra generación tiene muy buenos escritores, con excelentes novelas, pero siempre intuyo que la mejor novela de nuestra generación saldrá de las manos y de las pesadillas de mi hermano. Tiene todo lo que hace falta: ha vivido lo suficiente y ha leído más de lo necesario (en mi decálogo

personal sostengo que para escribir una página no solo se deben de haber leído mil páginas, sino haber vivido mil vidas), domina todas las técnicas a su antojo, tiene una buena esposa (nadie sopesa bien la importancia de esto), y vive en el exilio, que es bueno cuando no nos mata, como ha hecho con algunos de nuestros mejores escritores. Y Dios está de su lado, como con Paul Auster o C. S. Lewis. Y lo sé por esas puertas abiertas, desde que humilló su corazón en una modesta iglesia metodista a donde le acompañamos Guillermo Vidal y yo una noche de extraños desafueros, de regeneraciones.

Ahora nos entrega sus cuentos escogidos, una antología personal de un género al que le ha dedicado treinta años y más de diez libros. Son *sus* cuentos. Aquellos por los que quisiera ser recordado. Y lo primero que quiero remarcar es que va a ser recordado, sin dudas. Con *Nostalgias, ironías y otras alucinaciones* nos acercamos a un texto ejemplar, al mejor libro de cuentos de Amir, porque no solo es una bitácora de sus obsesiones literarias y estéticas, sino porque la factura, la técnica, se oculta, se escamotea para dejar que lo más importante brille: los personajes.

No veremos en este libro ninguna pirotecnia liviana de la que tanto abunda en la literatura actual. Son cuentos de una redonda madurez: marginales, sórdidos, lúcidos, irónicos. Por ratos se deja ver algún guiño intertextual, especialmente de amigos de armas (escritores queridos por el autor) y de figuras conocidas en otros ámbitos (el Duque Hernández, cuyo record en victorias y derrotas sigue vivo en la pelota cubana, o Eloy Gutiérrez Menoyo y Patricia, su hija, quien quiso tender un puente de amor entre las orillas que fue dinamitado por el terrorismo cultural, el miedo y el lambonismo oficialista).

Las historias son sucias, dramáticas, huelen a vida y la vida suele oler mal. Pero a pesar de eso, no resienten la amargura política, el discurso panfletario (de izquierda o de derecha da lo mismo). Tampoco resienten de las faltas imperdonables de ese realismo sucio que se suele escribir en Cuba y que parece una mala traducción de una obra de Bukowski. Detrás de la sordidez, del barro en el espejo, hay una mirada lírica (casi nadie sabe que los primeros escritos de Amir fueron décimas y textos para niños, algo que él ha ocultado muy bien, y esta pequeña delación le hará lamentar haberme escogido para prologarlo). También se percibe a un narrador que parece perdonar a sus personajes, que les da la absolución en la confesión de sus historias, de sus dramas.

Entre los personajes, los femeninos. En su grandeza se escapan de la mano del autor, de su machismo inconfesado. Laura, la envilecida puta que ama a su proxeneta, es uno de los mejores personajes femeninos de la literatura cubana. Selene, no es otra historia de SIDA y de muerte: es la recuperación de la pureza. Sarai, encuentra la libertad en el lienzo de

un pintor... Como ven, intento no detallar las historias (aunque mi mayor deseo es revelarlas, como ese loco de los cines que solemos detestar cuando dice a gritos la próxima escena).

Los personajes se mueven entre una Habana ruinosa, un Madrid inhóspito y un París aburrido. No son los lugares los que construyen la secreta belleza de los hombres. Es la muerte, la cercanía de la muerte, la vida breve, esta puta vida. No haber encontrado propósito, la existencia que fluye y no ancla en algo que los salve. O haberlo encontrado y perderlo, por esos incidentes que repentinamente resetean toda una vida.

No quedaremos indiferentes con ninguno de los relatos. Las revelaciones de un mundo moderno enajenante son monstruosas, las caídas son más hondas que las de los cuatro argentinos que planean lanzarse de la torre Eiffel, las confesiones se parecen a algo que hemos vivido, visto u oído. Como en Donoso, los personajes son monstruos hermosos, porque no saben el origen de su monstruosidad.

Los lectores suelen gustar de esa mirada aleccionadora, descarnadamente realista, de las novelas de Amir. Aquí quedarán nuevamente complacidos. Pero se sorprenderán con otros relatos en los cuales las fronteras del realismo y lo fantástico se funden y confunden. Desconocidos para mí hasta hoy: “Celda 23” (que juega testimonialmente con una sorprendente concurrencia: el stand de Patricia Gutiérrez Menoyo en una Feria del Libro está en el mismo lugar donde fue torturado su padre, texto cuyo final es formidable) y “Una pesadilla tan gris como la muerte”, que da tributo a Kafka y a Orwell, a las secretas esperanzas de una isla que, citando a uno de sus personajes, parece una cárcel.

Amir Valle te entrega su mejor libro de cuentos. Yo agradezco el privilegio de haberlo leído antes. Y le agradezco a Dios por haberme privilegiado con la amistad de este hermano que siempre tiene tiempo para los amigos, que alegra con su sonrisa eterna. Que parece bueno incluso cuando se equivoca. Que ahora mismo está soñando su próximo libro. Y como sé que los prólogos son inútiles, que existen para ser saltados olímpicamente, y que hace rato dejaron de leerme para ir a lo que importa (los cuentos), aquí lo termino.

ALBERTO GARRIDO,

Santo Domingo, República Dominicana,

26 de enero de 2017

Alberto Garrido (Santiago de Cuba, 1966). Narrador y poeta cubano. Licenciado en Educación, en Literatura y Español, y en Estudios Bíblicos y Teológicos. Entre los numerosos galardones nacionales e internacionales que ha recibido su amplia obra narrativa y poética destaca el Premio Casa de las Américas 1999 en el género cuento con *El muro de las lamentaciones*, libro considerado un clásico de las letras cubanas, al igual que su novela *La leve gracia de los desnudos*. Actualmente reside en República Dominicana.

La nostalgia es un tango de Gardel

El borracho vacía sobre la tumba más cercana su vómito nostálgico y amarillento y los restos de comida y bilis van a manchar las flores que alguien puso quizás esa misma tarde. Horas y horas bebiendo. Desde que llegó, luego de un asqueroso viaje en autostop desde Madrid, se había dicho que aún París seguía siendo aquella fiesta interminable que había calado en Hemingway, que había hecho bien Carpentier en cambiar las calles mugrientas de La Habana por las luminosas avenidas y los bares de aquella ciudad. En definitiva, se dijo Marcos, los ojos clavados en la maniobra de uno de los borrachos por mantener el equilibrio con el brazo del otro recostado a sus hombros, la nostalgia servía mejor que cualquier otra pócima mágica para sentir que uno pertenece a un lugar del mundo que nada tenía que ver con aquel París, o el México D.F que había visitado en la última Feria de Guadalajara y ni siquiera con el Madrid del Primer Congreso de Nuevos Narradores Hispánicos, gracias al cual ahora estaba frente a la tumba de Cortázar.

—Argentinos —escuchó la voz y pudo ver la sombra enorme que llegó a sentarse a su lado y a mirar a los borrachos—. A los argentinos nos mata la nostalgia.

—Sí —contestó Marcos—, y eso que dicen que la nostalgia es sólo un tango de Gardel.

Quedaron en silencio. Los argentinos, haciendo eses entre las tumbas, se fueron alejando y ellos quedaron solos mirando la escena: otra arqueada del borracho y de nuevo el chorro de vómito esta vez sobre el mármol delantero de un panteón bajo, viejo y cuarteado. El hedor ácido de la bilis derramada minutos antes sobre las flores cercanas llegaba a Marcos en efluvios calientes, pese al frío que ya comenzaba a reinar desde la entrada de la noche.

—La nostalgia hiede —dijo el hombre—. Ellos vienen aquí cada semana, se sientan sobre esta tumba y brindan a mi nombre botella tras botella. Son escritores. y los argentinos escritores somos el portador natural de la nostalgia.

Y QUIZÁS FUERA CIERTO. Ahora, cuando el avión, ronroneando quedadamente y casi detenido en el aire, atraviesa el Atlántico de regreso a Cuba, mientras descubre de cuando en cuando algún barco en ese infinito azul oscuro que se desliza allá abajo, Marcos puede recordar todo con una claridad absoluta: había soñado toda su vida de escritor con sentarse en la tumba de Cortázar y lo había hecho. París era una fiesta que sólo le importaba por aquel pedacito de tierra donde yacía callado uno de sus ídolos. La torre Eiffel, los Campos Elíseos, el Museo del Louvre eran cosas que podía casi tocar ya de tanta publicidad y hasta tanto Internet, pero sentir la inmensidad de aquel hombre inmenso, saber si eran ciertos esos rituales que los argentinos en París develaban sobre aquella sencilla tumba, eso era algo que sólo podía vivirse sentado allí; la mejor foto del mundo, el mejor vídeo, no podía encerrar toda esa magia del dios. Cuando le dijeron que el avión regresaba en la noche a Madrid, se dijo que ya conocía a París y a la nostalgia, dos lugares comunes para los latinos de Europa.

Y todos la sentían, aunque pretendieran negarlo con artificios que siempre quedaban al descubierto. La tarde en que Waldo Pérez Cino le dijo: «yo no vivo en el exilio, vivo en España», supo que aquel era un bicho terrible que iba taladrando las venas y sintió miedo de dar el paso que tanto había pensado. España era el sitio perfecto para que un cubano viviera a sus anchas: salvo la frivolidad y el vacío de una sociedad vacía creada sobre un falso lujo, todo lo demás le recordaba la isla, y aunque los madrileños le parecieron gente superficial, vacía como la vida misma que llevaban, cuando viajó a Jaén supo que en aquella enorme península nada era uniforme, como nada es uniforme cuando se trata de los seres humanos.

Quizás esa impresión, ese acertijo de quedarse o regresar que ni siquiera ahora en el avión sabe resuelto, fue la causa de que no se sorprendiera cuando vio descender a Loretta por las escaleras del Salón de Actos de la Casa de América, justo el primer día del Congreso: aún Madrid le parecía un sitio donde él no cabía y flotaba y la gente hablaba como desde muy lejos y flotaba y las cosas tenían mucho brillo, sí, pero le parecían de cartón y lo único que podía asegurar es que flotaba y flotaba, buscando al menos disfrutar el viaje, sacar algo bueno de aquel Congreso.

Loretta, su novia primera, para decirlo al modo de Alberto Cortés; la misma cabellera negrísima, los mismos ojos negros, profundos, como para hundirse, el mismo lunar justo entre los dos senos, la misma sonrisa de Mona Lisa, enigmática, retadora.

Benedetti recitaba un poema donde se preguntaba qué quedaba a los jóvenes y él la miraba y no escuchaba y sólo en ese momento, mi-

rándola, espléndida como la última vez en La Habana, sintió el piso del teatro bajo sus pies y el aire frío erizando su piel y la apretazón ardiente de la vejiga con el líquido retenido desde que llegó casi a la carrera y el portero le dijo que ya el Congreso había empezado y fue a sentarse en una butaca de las primeras filas junto a Ronaldo, otro de los cubanos.

Sabe ahora que no se dijeron una sola palabra. En el aeropuerto de La Habana, cinco años antes, Loretta había dicho cosas que nunca pensó escuchar. «Estuve amándote todos estos años como una perra rabiosa», escuchó, y se dijo que aquella frase, ternura y rabia mezcladas en la voz, no podía ser falsa: era una frase limpia, franca como siempre fue ella misma, y volvió a creer en la vida como un perfecto melodrama cuando ella le contó de su matrimonio conveniado con un tío lejano en Miami, para salir del país «buscando un sitio donde poder respirar», como decía Carlos Varela en una canción de aquellos noventa, y de como un día descubrió que tampoco allá, en el Norte revuelto y brutal, para decirlo al modo de Martí, se podía verdaderamente respirar y decidió ir a sus raíces más puras: una islita al norte de Africa a las que siempre se había referido como Canarias. También allí tenía sus tíos lejanos y vivió con ellos hasta que un día descubrió a Ezequiel, el mayor, masturbándose mirándola dormir, desnuda, como hacía siempre que el calor apretaba en aquellas islas que mucho le recordaban a la quizás para siempre lejana Cuba. Ahora vivía en Madrid en casa de un pajarito español que había conocido por sus amores escandalosos de turista en el bar donde trabajó en Miami.

Sabe que nada se dijeron, salvo quizás esos estallidos de luz de sus miradas, ese cuchillo de hierro frío que se le clavaba en la nuca lanzado por los ojos negros, profundos, de Loretta desde su butaca en la última fila mientras, de pie, aplaudían esa gravitación en el aire de las palabras de Benedetti. Por eso se volvió y la miró callada, tranquilamente, con un silencio atravesado en la garganta y algo que le humedecía los ojos sin precisar qué era.

—Odio —le dijo ella después—, tuve que imponerme a ese odio para venir a verte cuando vi tu foto en *El País*.

Habían pasado muchas cosas. Todas en Cuba. Si se hubieran hablado, si hubieran cruzado apenas una frase quizás todo hubiera quedado en un simple saludo: dos conocidos que se encuentran fuera de su país y comparten unos minutos esa rara unidad del exiliado, del que está lejos de su terreno de caza natural. Pero recuerda, ahora el avión atravesando una pequeña autopista de baches que anunció hace unos minutos la aeromoza, que cuando salió del baño ella lo esperaba y como si hiciera sólo segundos desde aquellos cinco años que los separaban vino hasta él, lo besó como a un viejísimo amigo y salieron de la Casa de América.

Ella se entretuvo unos minutos mirando los libros que estaban de venta en un costado de la recepción y compró un ejemplar de *Líneas Aéreas*, la antología de cuentos que se había hecho con los participantes en el Congreso y simplemente le había dicho al muchacho que vendía: «hay un cuento aquí de un gran amigo. Veré si escribe tan bien como antes».

Madrid, junto a ella, también podía ser una fiesta. La glorieta de Cibeles por primera vez le enseñó su luz, todo su brillo real, fascinante, y aún en silencio, acariciándose las manos leve, cariñosamente, en un gesto casi ancestral, como si se conocieran desde el principio mismo de la Tierra, tomaron el autobús hasta Carabanchel, un poco alejado del lujoso y antiguo centro: el apartamento entonces, de sólo abrir la puerta como tantas otras veces lo hizo desde que un amigo español se lo prestara para los días del Congreso, le pareció que tomaba una luminosidad rara, angelical, similar a esa que debió iluminar la vieja habitación de Fausto cuando Lucifer le dio la juventud eterna. La soledad y la nostalgia, siempre el animalillo gris de la nostalgia, que lo hacía esperar hasta altas horas de la madrugada para regresar a dormir, trasnochando de pub en pub en las callejuelas cercanas a la Plaza Mayor o la Plaza Colón, escaparon por el amplio ventanal, abierto desde que también las noches se habían hecho cálidas en aquel mayo madrileño.

Sentados en la butaca enorme que el bueno de Fernando había puesto en la sala para ver la televisión acostado, quedaron callados por un tiempo largo, como dejando correr los años atrás, mirando la noche que cubría los techos color ladrillo de los edificios más cercanos bien distintos a las tejas rotas, desteñidas por la lluvia y el solano, que acostumbraban a mirar en aquellas noches de Santiago de Cuba cinco años antes.

No sabe cómo empezó: ahora, justo cuando espera que sirvan el insípido y frugal almuerzo de Cubana de Aviación, aprovechando para volver a mirar al mar desde su ventanilla y ver los últimos vestigios de una Portugal que hubiera querido conocer en este viaje, no recuerda qué fue primero: si el olor o el llanto. Sí sabe que le pareció un melodrama. Un perfecto melodrama que escrito en un cuento nadie creería, porque nadie sería capaz de imaginar que no se dijeron una sola palabra hasta aquel preciso momento porque realmente querían encontrarse, como si conocieran de la existencia de un convenio escrito de antemano entre los dos: hablar era lo mismo que volver a abrir heridas y algo superior a ellos, lo reconoce, les hizo quedarse mudos, y huir para estar solos, completamente solos, como nunca pudieron estar en Cuba.

El aroma, mezcla de incienso y almendras tostadas y tierra recién mojada por la lluvia, volvió a golpearle los sentidos, llenando la habitación, quizás naciendo en algún lugar del mundo que sólo echaba a producir aquel olor cuando estaban juntos. Una vez lo había dicho: ha-

cían el amor entre los naranjales inmensos que rodeaban la universidad cuando aquel aroma los detuvo, obligándolos a respirar, atrapar todo el aire con la seguridad de que disfrutaban el aroma de su sexo. «Se me queda en la piel mientras no estás», le dijo entonces y ella lo miró y lo hizo hundirse en aquel negro profundo de sus ojos y en ella misma, con una fuerza que no había sentido en ninguna de sus relaciones anteriores. Desde entonces supo que sería único, esas cosas que pasan en la vida una sola vez. Cuando la abandonó, un año antes de que ella aceptara salir del país con aquella boda premeditada desde mucho tiempo atrás por toda su familia, se dijo que le hacía una canallada, tan contenta como la veía comprando las cosas para la boda, los adornos para el cuarto donde vivirían en casa de la madre de Loretta, lo indispensable para una pareja joven que se había sublevado a los designios que para la niña de la casa tenían los abuelos y la madre y el padrastro y toda la plana mayor de los Ruiz Zamora. Pero también se jugaba su futuro. El tedio de una relación de cuatro años lo hizo pensar entonces que una mujer, en aquel país tan promiscuo, podía aparecer en cualquier esquina, pero era bien cierto, como le habían dicho sus amigos de la capital, que si se quedaba a vivir en aquel pueblito de provincias jamás sería ni siquiera un escritor de medias tintas y tendría que conformarse con que alguien lo recordara por haber escrito los chismes de viejas de un sitio tan lejano de La Habana. Sus años capitalinos, aunque realmente lo convirtieron en uno de los escritores más respetados de su promoción y del país, le demostraron que mujeres como Loretta aparecen una sola vez en tu camino y que los chismes de viejas de los pueblos de campo resultaban verdaderas historias a contar por el más insignie de los narradores.

Loretta vino a despedirse una tarde de junio cinco años atrás y cuando Marcos vio al avión guardar su tren de aterrizaje, ya levantando el vuelo y bien alto en el cielo, sintió en el pecho el dolor del que pierde para siempre algo que, hasta aquel preciso instante, no sabía tan valioso.

Pero no recuerda. Realmente no recuerda. Sabe del llanto, primero sólo unas lágrimas rodando por la cara de Loretta, luego un quejido reprimido, que ella intentaba apagar y se convertía en hipido, hasta que estalló en un llorar como de cine mudo. Nunca la había visto llorar y sólo entonces supo que era ella la causa de aquel aroma que los envolvía cuando estaban medianamente solos. De tierra húmeda el olor. Siempre afrodisiaco, cálido efluvio que despertaba su instinto paternal.

La abrazó y la sintió estremecerse en su pecho, estallando a veces en una crisis de llanto que lo hacía apretarla más y besar su cabeza y su pelo y decirse, o recordarse, que realmente había sido un tronco de hijoeputa, que realmente merecía no haber encontrado aún a ninguna mujer que lo hiciera tan feliz y pleno como deseaba. Quizás, hablan-

do como en melodrama, se dice mientras mastica el panecillo que ha untado de mantequilla, aquella era la única mujer que le tocaba plena, totalmente.

Después, el amor. Madrid de noche y ellos que se desnudan. Las ventanas abiertas y ellos que se acarician. Su cabeza buscando entre los muslos siempre firmes, duros, de Loretta el sentido perdido en aquellos años, la maraña de su sexo, la eterna posición de las serpientes: unidos, vientre con vientre, ella, agarrada a sus pies, absorbiendo los jugos de su sexo; él, hundiéndose su lengua en un mundo de algas y cavernas y olor a sándalo y a mar, y el estallido: dos cuerpos que se estiran, convulsionan y caen en un segundo de total calma que rompen una vez, otra vez más, tantas veces que no recuerda. Siempre distinto. Con el resto de las mujeres era lo mismo: demoraba la eyaculación mientras podía, por suerte para su hombría bastante, pero cuando se vaciaba ocurría eso: se vaciaba y se perdía en el vacío, total, irremediable. Con Loretta el amor duraba un tiempo largo, inexplicable, y cuando los sorprendía el estallido final, luego de muchos estallidos siempre distintos y compartidos que los hacían abrazarse casi con furia, se sentía vacío, sí, pero lleno de una paz celestial que lo equiparaba a Dios.

Por eso, mientras entrega al sobrecargo la bandejita con los recipientes vacíos y vuelve a colocarse el audífono para escuchar el concierto de Enya que lo ha transportado al recuerdo mientras mira al océano, inmenso, quieto y terrible allá abajo, recuerda las últimas palabras de Loretta después del amor, como cierre de las historias que le escuchó sobre lo sucedido a la muchacha en aquellos cinco años. Aún el aroma a incienso, almendras tostadas y tierra recién mojada por la lluvia, entonces mezclado con el dulzón olor del sudor y el semen, flotaba sobre la habitación.

—Este aroma me sigue mientras no estás —le dijo ella—. Ojalá te vuelva a ver en cinco años otra vez.

Poco después, ya de madrugada en Madrid y algo de frío que lo hizo levantarse y cerrar las ventanas, se quedó dormido. Cuando despertó, Loretta no estaba.

SI ALGUNA VEZ LUIS SEPÚLVEDA llegaba a leer aquel cuento, si es que realmente Marcos se decidía a escribirlo por su eterna resistencia a que su propia realidad se convirtiera en literatura, seguro diría que estaba tratando de ganarse puntos para que lo premiaran en algún concurso donde hubiera al menos un socio del chileno, pero tiene que confesar que hace un rato, cuando devoraba con miedo, expectación, rabia, las últimas páginas de *Un viejo que leía novelas de amor*, en la bella edi-

ción de Tusquets, él, amante de los finales felices, fervoroso defensor del melodrama como el viejo Antonio José Bolívar Proaño, maldecía a ratos a Sepúlveda si al final el tigrillo se zampaba al viejo y anduvo así, imaginando un final triste, desgarrador, como dicen por ahí que deben tener las grandes novelas, hasta el mismo momento en que Antonio José Bolívar Proaño matara a la hembra del tigrillo y llorara luego envilecido, sintiéndose perdedor, se quitara la dentadura postiza y sin dejar de maldecir a los culpables cortara una rama y, usándola de bastón, echara a caminar hacia El Idilio, donde lo esperaban novelas que hablaban del amor «con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana». «Tronco de novela», se dijo para no llorar como una vieja maricona y hasta pensó que si tuviera al genio de Sepúlveda delante se lo comería a besos aunque después los socios de Cuba le colgaran el cartelito de pajarraco.

«Y todavía hay quien habla del melodrama», piensa y mira a un viejo español que lee con una fruición casi enfermiza las páginas económicas de *El País*. «No sé cómo pueden», vuelve a decirse y mira al océano. Descubre otro barco, al parecer petrolero, que deja una estela blanca mientras avanza muy lentamente y va quedando atrás, muy atrás, hasta desaparecer convertido en un punto. «Mi vida es una historia de melodrama».

Cuba, la isla bella que anunciaban los posters turísticos en tantas agencias de viaje en España, lo esperaba ahora en otra imagen bien distinta: esos posters no decían que en muchos lugares los escombros comienzan a crecer en las esquinas como yerbas malas, que las paredes se cuartejan y van dejando al desnudo sus ladrillos antiquísimos y sus hierros viejos y oxidados, que las calles se llenan de baches que crecen y crecen como amebas que se extienden por el asfalto y el cemento y joden las gomas de los carros y los amortiguadores y van a pudrir las más flamantes carrocerías que ya vienen heridas de salitre y sol. Una ciudad llena de negros, chinos, blancos, mulatos, indios que asumen su vida bajo una cotidianidad que a veces aturde.

Esa Cuba lo esperaba: la otra, la de los posters, era sólo para los turistas o aquellos pocos cubanos que tenían acceso al dólar. Él, un simple escritor (como diría un amigo, sería mejor decir excretor) pertenecía a una clase social de muertos de hambre de la que habían escapado Leonardo Padura y Abilio Estévez, aún permaneciendo en Cuba, gracias a la suerte y a Tusquets. Otros de los triunfadores favorecidos por el poderoso Caballero que tanto vapuleara Quevedo en su poema vivían en el exilio y, aunque criticaran la calidad de su literatura, envidiaba tremendamente a Lichy Diego, a Zoe Valdés, a Daína Chaviano, que se podían dar el lujo de escribir sin la penuria de las colas para comprar la

ración diaria de pan ni las limitaciones del peso cubano, aunque tuvieran otras, porque él mismo había descubierto que la vida allá afuera no era del hermoso color rosa con el que muchos la pensaban y soñaban. Sólo Cabrera Infante, se decía a sí mismo, tenía salud, dinero y amor ... y buena literatura, aunque Marcos no acabara de entender el odio rabioso contra Cuba que marcaba la vida de aquel real monstruo de las letras cubanas.

—EL EXILIO ES TRISTE —y escuchó otra vez la voz entre el ronroneo uniforme y monótono del avión. Había quedado solo con el hombre, sentados sobre la tumba de Cortázar. Una voz que no lo dejó levantar la cabeza, como venida de ultratumba, pero que sabía material porque podía ver junto a las suyas las piernas del otro, enfundadas en unos cuidados pantalones negros. También estaba su sombra: enorme, de cabeza grande y quijada rematada en una barba que imaginó negrísima, como el pelo del que hablaba.

—Lo peor de la nostalgia es la culpa —volvió a decir—. Una culpa que descargamos con odio sobre otros, sobre otras cosas que pasaron allá de donde venís y que te obligaron a salir. Un día notás que el odio se ha tragado a la nostalgia y entonces ya es tarde.

Sólo así levantó la mirada. Sí, tenía el pelo negro y los ojos negros, muy tristes. Miraba a una muchacha rubia poner un ramo de flores en una esquina de la tumba: «Me llamo Karla Suárez», dijo ella a las letras con el nombre de Cortázar y la fecha de nacimiento y muerte, «soy escritora»,

—¿Ves? —dijo de nuevo—. Ella es latina, mirá el temple. Mirá sus ojos y verás la nostalgia. A los escritores nos hace falta lo nuestro, ¿entendés? , aunque sea una perfecta cochinado, una mierda.

Y TAL VEZ ESO LE OCURRÍA a Loretta: llenándose de él, Marcos Ojeda, exnovio al que quizás realmente recordara, no se llenaba sólo del antídoto contra la melancolía sino que cargaba todos los tanques del alma con esencias humanas de esa lejana Cuba que ella intentaba desterrar para siempre.

La cama vacía, el perfume tibio de su cuerpo desnudo, siempre hermoso y perfecto, aun entre las sábanas, la permanencia tozuda del incienso, la almendra y la lluvia mojada, esparcida en todos los rincones y, lo confiesa, la posibilidad de empezar una nueva vida, allí, en España, con el gran amor de su vida, para decirlo al modo de los novelones radiales, le llenaban el alma de esa alegría extraña, de esa

sensación de triunfo que sólo recuerda haber sentido con Loretta hace ya unos años.

Pero no volvió a verla. Imaginó que regresaría esa tarde al Congreso y pasó toda la mañana intranquilo, nervioso, con un salto en el estómago que no lo dejó disfrutar de los espaguetis que preparó con todos los ingredientes, como hacía años no podía hacer allá en Cuba: el queso era un lujo y la salsa de tomate, que sólo aparecía en las tiendas en dólares, bastante cara por cierto, no podía despilfarrarse en platos como aquellos si querías sazonar bien la comida del resto del mes.

No vino esa tarde, ni la siguiente. Cuando Iñigo dejó clausurado el Congreso con palabras rimbombantes que sólo corresponden al director de una Casa de América como aquella, supo que Loretta no vendría a él y decidió hacerlo al estilo Mahoma: la montaña no venía, tendría que ir a la montaña.

Lo terrible, se dice ahora, es que las montañas por lo normal se ven desde la distancia (aunque le quedaba un mes en Madrid, con algunas salidas ya planificadas a Barcelona, Jaén, Sevilla y Toledo) y Loretta no había dejado ninguna señal del sitio donde vivía, salvo un detalle: el pajarito que compartía el apartamento con ella era dueño o algo así de un bar pub para gays, y se asqueó sólo de pensar en andar por toda la ciudad nocturna a la caza de los sitios de reunión gay, sin contar con que nada podían saber el resto de los cubanos con los que se había reencontrado en España, para evitar habladurías y jodederas. Se consideraba un machito cubano en toda la extensión de la palabra, y eso no lo pondría en juego por nada del mundo. Cosas del machismo nacional.

Pero, y de nuevo atravesando esta vez una autopista larga de bahes aéreos que hacen estremecerse al avión, piensa que lo decidió la misma fuerza que le hizo abandonar a Loretta en el pueblito de campo y perderse para La Habana en busca de gloria. Aún en el apartamento se justificó diciendo que eran cosas del destino: estaba escrito que él dejara a Loretta para que ella se decidiera a irse del país y que luego pudieran encontrarse en Madrid para que él se quedara con ella que ya estaba ubicada en aquella magnífica ciudad para un escritor. Lo perfecto hubiera sido que viviera en Barcelona, se dijo esa vez, pero tampoco se le podía pedir tanta perfección al destino.

Recordó que uno de los cubanos que vivían en España, el poeta Alberto Lauro, gustaba frecuentar ciertos lugares nocturnos a los cuales lo había invitado «para que veas la otra vida de esta ciudad», le había dicho esa vez, y sin pensarlo mucho, levantó el teléfono. Lauro, como si fuera un perfecto inglés y no un informal cubano, estuvo en el apartamento a la hora adecuada y Marcos le contó de un tirón todo lo que pensaba.

—Una perfecta historia de amor —respondió cuando Marcos terminó de contarle—. Y mira que la gente habla mierda de las telenovelas. Ahí estás tú: protagonista principal de una de verdad.

—Lo mismo digo —le contestó Marcos con una mueca de sonrisa—. Pero respecto a lo de esta noche, ya sabes.

—Claro, claro, señorito Marcos... soy una tumba... —y quedó sonriendo, lanzando una mirada rara que hizo a Marcos mirarlo muy serio—... cerrada, Marquitos. Una tumba cerrada.

Y la tumba cerrada y Marcos se vieron caminando el Madrid de noche porque el desgraciado de Lauro estaba en tantos problemas que ni una bicicleta podría comprarse, según le dijo, aunque habían reducido el campo de búsqueda, que era más amplio de lo que Marcos pensó, por un cuento hecho por la propia Loretta: en el bar del pajarito no sólo había que ser homo para entrar sino que había que ir disfrazado de alguna de las grandes mujeres de la historia. Eso reducía la cosa, pero no tanto como pensaba Marcos. Había en Madrid más de diez pub que hacían lo mismo, con mayor o menor lujo y exigencia según el local y el dinero del dueño.

Lo encontraron ya bien tarde en la madrugada, después que tocaran a la puerta de un pequeñísimo bar cercano a la plaza de Colón y asomara la cara la mismísima Lady D: «¿Buscan diversión, chicos?», preguntó en voz melosa, agresiva, que Lauro frenó: «De eso nada, Lady, buscamos al dueño», con un tono tan varonil que hasta Marcos hubiera podido jurar que algún jodedor le había cambiado un Lauro por otro. «Todo va por mí, Marquitos», le dijo el poeta, quitándose unos segundos la capa de Don Corleone, cuando Lady D cerró la puerta y los dejó solos un instante.

Al aspecto de hombrecito siniestro que esgrimió delante de Lady D, Lauro unía esa noche un chaleco negro, largo, que lo semejaba mucho a esos matones de las películas americanas y Marcos se miró a sí mismo buscando un acople con la imagen que Lauro seguiría dando: él podía pasar por un señor escoltado por aquel guardaespaldas casi enano pero con cara de asesino: en definitiva, los mejores venenos vienen en frasco pequeño.

El dueño se presentó como Gumersindo Cabrera, alias Gummy La Poderosa, y resultó más blandita que un merengue en medio de una estampida de búfalos. Lauro, siempre fiel a su papel, lo atacó apenas vio que asomaba la cabeza. Empujó la puerta ante los ojos asustados del otro y pasaron a un recibidor pequeñísimo desde donde podían verse las mesas repletas de mujeres ilustres: «El señor anda buscando a Loretta», dijo, «y tú sabes dónde estás». Marcos sintió cierta resistencia en los gestos todavía asustados de Gummy, una resistencia que se vino a tierra

en un santiamén: «¿Tú has oído hablar de Nerón, Doña?», dijo Lauro y vio asentir al pajarito otra vez con los ojos muy abiertos: «Pues canta rápido la dirección de Loretta», siguió diciendo, «canta, doña, que me gustaría ver arder una pajarera. Me encanta el olor a pluma quemada».

Una hora después estábamos sentados en un show para hombres cerca de la Plaza de España. Loretta, desnuda, meneaba sus grandes nalgas excitándose con un tubo alrededor del cual bailaba al puro estilo de las puras putas. Marcos creyó de pronto vivir, además del melodrama, una película americana, y siguió viviendo en la película cuando la música terminó y Lauro le hizo una seña para que lo siguiera. Entraron a los camerinos y fueron directo al del Loretta, como si se conocieran el camino desde siempre. Lauro se quedó afuera, esperando. «Yo velo», dijo.

Loretta, totalmente desnuda, se peinaba frente a un espejo. Marcos seguía creyendo estar en una película y sólo despertó cuando ella lo sintió y se volvió, cubriéndose los senos. Bajó los ojos de golpe unos segundos, después levantó la cabeza y lo miró.

—¿Qué vienes a buscar? —agresiva, distante, nada que ver con la Loretta de días atrás, menos con la que dejó abandonada en Cuba.

—A ti —dijo él—. Tenemos que hablar, ¿no crees?

Ella quedó en silencio, mirándolo. A veces, Marcos creía que algo flaqueaba en el fondo de aquellos ojos negros, profundos, pero Loretta volvía a una mirada muerta, seca, que lo desarmaba.

—Cuando te fuiste, nunca fui a buscarte —dijo—. No quería que supieras, pero ya estás aquí. Ahora vete.

—Tenemos que hablar —respondió él—. No creo que te guste esto.

—Cada cual tiene el destino que merece, ¿sabes? En algún libro Dios escribió que yo fuera puta y aquí estoy. ¿Te basta con eso?

—Puedes ir a la embajada y regresar —balbuceó entonces Marcos—. Seguro entienden.

Otra vez el silencio. Unos segundos. Loretta volvió a fijar la mirada en las losas del piso y al levantar los ojos la agresividad era aún mayor.

—¿Ves? Tampoco me conoces —dijo—. Cuando jodiste todo lo que soñé y decidí salir de Cuba, rompí con todo. Para serte franca, prefiero ser puta y vivir bien aquí, que licenciada y estar comiendo porquería y viviendo como un animal allá. Ahora —y siguió hablando con la cabeza baja—, aquí las reglas están claras: si quieres templar conmigo, paga; si no, vete. Este es mi trabajo. No quiero volver a joderme por tu culpa.

LA HABANA, UN TERCER MUNDO anhelado en todo este tiempo por Marcos, ciudad por la que apostó contra el exilio y la nostalgia y con-

tra Loretta, que de pronto no sabe cómo ni por qué lo hicieron dudar, comienza a crecer abajo mientras el avión desciende. Recostado a su asiento, puede ver por la ventanilla cómo crecen los cañaverales que rodean al aeropuerto, cómo los carros pasan de hormigas a monstruos de metal, cómo la gente en bicicleta se hace visible en las carreteras, junto al tráfico de autos modernos y máquinas viejas y camiones despintados y le recuerdan que ya ha llegado a Cuba, que sus días y noches madrileñas y Loretta y el Congreso y los nuevos amigos escritores de América, han quedado atrás y sólo el email o Internet los podrá mantener unidos, salvándolo de pertenecer a esa raza a veces gris a veces luminosa que llaman exiliado.

—En *Rayuela* —le había dicho el hombre, aún sentado sobre la tumba de Cortázar, en París—, en una escena donde La Maga arrulla al Bebé Rocamadour, descubrí que luchamos contra la nostalgia por tozudez. *Un día descubrí también que Cuba me traicionó.* No la culpes entonces. Ni Loretta, ni Cuba tienen la culpa.

A esa hora de la noche, cuando partió del cementerio hacia el aeropuerto para regresar a Madrid, en la tumba de Cortázar un grupo de jóvenes argentinos descorchaban botellas y cantaban un viejo tango de Gardel donde un caminito era borrado por el tiempo y un hombre padecía mordido por el bicho triste de la nostalgia, recuerda Marcos y respira profundo —parado en lo alto de la escalerilla del avión, mirando a los que se bajan y caminan hacia los ómnibus— el aire que en España se confundió con un ahora lejano aroma de incienso de sándalo, almendras tostadas y tierra mojada por la lluvia; un aire que, de pronto, bañado por el calor sofocante de esta tarde de julio le hace jurar que alguna vez escribirá una historia, como pedía Sepúlveda en el Congreso a los latinos que no habían olvidado contar historias desde que lo hicieran sus ancestros; una simple historia de amor, se repite en voz baja y comienza a descender por la escalerilla, una historia de dos donde la nostalgia, ese bicho que muerde las esquinas más débiles del hombre, fuera mucho más que un viejo y olvidado tango de Gardel.

La Habana, julio y 1999

Hoy almorzaremos con El Duque

*A Demetrio Ruiz, que murió en Boston,
huyendo de sus fotos de pelota,
todavía hoy pegadas a la sala de su casa, en Miami.*

Un comemierda. De eso tiene cara: de perfecto y gran comemierda, y en esas fotos aparece siempre a un lado, o al fondo, como un manchón que una mano sucia, misteriosa, invisible, hiciera al cuadrado de papel brillante donde su cara de Don Nadie aparece abrazado al viejito que es, días antes de morir, el Gran Hurtado; o sonriendo casi como dos soldados, marciales y en una postura que le sigue recordando lo forzada que resultó aquella foto en el Latino junto a Braudilio Vinent mientras una Habana llena de orientales a grito puro, a euforia pura, a pura mala palabra limpia: *¡¡¡pinga, ganamos, habaneritos!!!*, celebraba la victoria del equipo Santiago; o pareciendo un guiñapito delante de esa mole con pinta de guajiro que le ha pasado un brazo sobre el hombro, con la puerta del estadio Genaro Melero a la espalda, y sonríe, bonachón, compasivo quizás, mientras recordaba las veces en que botó la pelota de aquel campo, como sucedió esa noche, segundos después de que él preguntara a un amigo común: “¿crees que Muñoz querrá tirarse una foto conmigo?”.

En todas esas fotos es un muchacho con cara de comemierda, piensa, “y ahora eres un verraco viejo comemierda”, se dice, con cierta rabia, como para ratificar esa extraña sensación de pequeñez, de insignificancia que siempre se le mete bajo su pellejo duro y ya arrugado cuando se ha sentado en esa pieza de su casa a mirar las fotos que adornan las paredes, pegadas allí, año tras año. Lo hace muy poco. Siente miedo. Un escalofrío que lo va vaciando lentamente, mientras su vista guía al cerebro de una foto a otra, rememorando siempre su papel de fan idiota que vive de las glorias ajenas.

Ahora le parece idiota. Por eso rehúye mirarlas, aunque por una molesta fuerza a la que no logra imponerse las sigue poniendo allí, en los espacios aún vacíos de la sala, y aunque todavía siga explicando al curioso que llega, se sienta, mira y pregunta, cómo tuvo que anotar al hijastro de Marian, su mujer gringa, todavía tan putísima y amante de todo lo cubano como la noche en que la conoció, en un curso de pitcheo carísimo para que le fuera fácil retratarse en el mismo campo de entre-

namiento con Arocha, el maestro; o cuánto disparate tuvo que hacer para colarse en el Captain Tony's donde otro fan comemierda como él daba esa fiesta en honor a Minnie Miñoso y Sandy Amorós en la que aparece al centro de los dos peloteros, dueños ya de todo el dinero y todas las arrugas que no llegaron a tener en Cuba; o el modo en que, por una simple cortadura en la mano que recuerda aún por esa herida tan visible entre sus dedos pulgar e índice, el azar le puso delante a José Ariel Contreras, acabadito de firmar por unos cuantos millones para los Medias Blancas de Chicago, de visita allí, en Mercy Hospital para ver a un familiar de Miami que había chocado su coche y estaba enyesado “hasta el culo, bróder”, le escuchó, afable, jura que triste, sin imaginar que terminarían posando luego para esa foto que sigue desde ese día junto a la lámpara de pie, en un costado del sofá cama de la sala.

Le parece idiota haber vivido tanto tiempo disfrutando las glorias ajenas como si fueran suyas, en un vicio que ahora, pasados tantos años, considera una forma inocente de autoaniquilarse, pero no ha logrado resistirse y, quizás por la costumbre, de nuevo le ha dicho a Marian que invitó otro pelotero famoso a comer en casa, allí, donde ya habrían unas tres o cuatro mil fotos de grandes peloteros junto a las suyas con algunos de ellos, en lo que muchos cubanos ya conocían como “El templo del Béisbol”.

—Hoy almorzaremos con el Duque —le dice, y la ve sonreír, siempre con esa cara de gringa putísima por la que supo que, bien ensartada en una cama, aquella hembra malcriada, hija de padres ricos, le garantizaría un futuro tranquilo, sin tener que regresar a las fastidiosas y asqueantes noches limpiando mariscos en el Mambo Café.

—¿Cómo lograste llegar a él? —preguntó ella.

—Cosas de Dios —le dijo—. Alguien le comentó que no podía irse de este viaje a Miami sin visitar mi templo.

Y allí estaba, más blanco que en Cuba, sentado con una humildad que lo bajaba, desde el pedestal donde muchos lo situaban, a la altura de un mortal como él, Demetrio Ruiz, ahora su anfitrión, que tuvo de golpe en aquella mesa la cara de su padre, y sus palabras, dichas muchas veces: “los negros, cuando viven como ricos o se van de Cuba, blanquean hasta la piel”, aunque también muchas veces lo escuchara decir: “o no sé si es que uno se acostumbra tanto a verlos vivir como animales, hacinados en cuarterías, acostumbrados a la mierda, que cuando se los encuentra viviendo como personas es uno mismo quien los ve más blancos”. Típico racismo.

—Leí eso que dijeron de ti —le comentó al Duque cuando vino a sentarse, después de un paseo detenido ante cada foto, como quien recuerda.

—¿Qué cosa? —le oyó decir—. Salieron tantas cosas acá...

—Me refiero a las de allá —precisó y tuvo que bajar los ojos: no sabía cómo el hombre tomaría su atrevimiento—... a eso de que eres un traidor.

—Tuve que prepararme, no creas —y fue el Duque quien bajó la cabeza y concentró su mirada en la espuma de la cerveza en la copa—. Con Cuba siempre es así: nadie la entiende.

Vio que la frente del negro se arrugó ligeramente y sintió la mano de Marian bajo la mesa, como indicándole algo que no llegó a entender, concentrado en la cara del Duque. Algo le dijo que debía esperar, no preguntar, no decir una sola palabra. La inquietud del pelotero al tomar la copa y dar un ligero sorbo que resultó sonoro ante tanto silencio, demostraba el nerviosismo típico que antecedía a las palabras.

—Te exigen como pelotero que llegues a lo máximo —otra vez la voz, ruda pero reflexiva, como quien hurga y hala palabra a palabra cada frase—. Y no reconocen que las Grandes Ligas son lo máximo para un pelotero... vaya, que están hechas para que los cubanos brillen de verdad, ¿no es algo enredado?

Movió la cabeza, o algo así, para afirmar. En la sala flotaba un aire que lo confundía, una especie de humo, de niebla tristonera que se removió todo el tiempo bajo las palabras del Duque. No sentía esa niebla desde los primeros días de su llegada a Miami.

—Y a ti —le escuchó decir—, ¿cuándo te cogió el bichito de la pelota?

Como a todos los cubanos, de vejigo, soñando mientras jugaba que era uno de los grandes y la botaba del estadio como Fermín Laffita o lo entrevistaban en la tele como a Capiró, Vinent o Cheito Rodríguez. Es algo en lo que prefiere ni pensar. Era malo. Una peste. Lo peor que haya conocido como pelotero, aún cuando le siga pareciendo hermoso, bajo las brumas de la distancia y los años, el rostro de su padre detenido en la puerta del cuarto, con un bate, un guante malo y una pelota que consiguió comprando a otro padre el juguete básico que le tocó al hijo de tres años, porque cuando llegó el turno 113 en la larga cola de padres que esperaban por comprar los juguetes normados del año (uno básico, siempre el más importante, el más lindo; uno no básico y otro dirigido, feos, chiquiticos, de mala hechura y más baratos) para el niño Demetrio Ruiz sólo quedaban en la tienda muñecas, juguetitos plásticos de cocina y trompos metálicos; y aún cuando le duela que su novia de entonces jugara pelota mejor que él y le gritara *ñame con corbata* ante cada ponche, que el flaco Tataí le llamara *Demetrio la coladera*, o que ninguno de los capitanes de equipo lo quisieran como jugador ni siquiera porque era quien ponía una pelota, un guante y un bate de verdad que su padre le había comprado a alguien que había tenido mejor suerte en aquella lotería nacional que era la venta de juguetes cada año.

—De niño, como todos —simple la respuesta.

Pancha, la criada mexicana, trajo el asado. Había puesto ya sobre la mesa el plato de yuca con mojo, “hecho con ajo que mi hermana mandó desde Cuba”, le precisó Demetrio al Duque. En una esquina humeaba el congrí, aromático, desgranado, apetitoso, custodiado por una fuente de tomate y lechugas. Cuando la negra se retiró, le hizo una seña a su invitado para que se sirviera a gusto.

—¿Como viniste a dar aquí?

Tampoco quería hablar de ello. Hubiera preferido ser él quien preguntara. Obtener confesiones del Duque Hernández, el gran pelotero, una de las glorias de los Yankees de Nueva York, de quien se decía que iba a firmar por ocho millones los dos años con los Medias Blancas de Chicago, y no estar respondiendo con frases cortas porque había querido olvidar, porque no le hacía bien recordar el polígono y las formaciones y las marchas y las maniobras contra un enemigo invisible en Jejenes, cerca de Pinar de Río, adonde se escapaban alguna que otra vez para ver los juegos de la Serie Nacional. No le era grato. La nariz abollada del sargento Peré, su frente partida, rajada al medio, con la herida oculta bajo el manto negruzco de la sangre, y los otros gritando: *¡estás loco, Demetrio!, ¡lo mataste!, te van a fusilar*, como si para ellos nada significara la humillación recibida de aquel bestia: *Demetrio, si la puta de tu madre te ve jugar pelota así se caga en la hora en que se singó a tu padre para parirte, o Maricones, van a estar corriendo pistas hasta que se me olvide que jugaron como putas* cuando perdían con otras unidades, o *Demetrio, tres meses en el CEIS*, pidiéndole a Dios que lo librara de las 20 horas de marchas y los ejercicios y otra vez las marchas y los ejercicios y las cuatro horas de sueño y el espagueti blancuzco en el desayuno, el almuerzo y la comida, en aquella cárcel bautizada como Centro de Entrenamiento Intensivo del Soldado, *para que aprendan que los hombres tienen los cojones bien puestos y el Servicio Militar es un honor, so mierdas*. Se resiste a recordarlo. Y ahora, de pronto, por la imbecilidad de haber invitado a esa gloria nacional que engulle un trozo de carne de puerco asada, todavía jugosa, la mente le juega esa mala pasada y le ciega los sentidos, pone el bate en sus manos, un estrai, otro, el tercero cantado, limpio, sin que llegara a moverse, a hacer *swing*, justo en el juego final que significaba la bandera de Mejor Unidad en el Deporte, las bases llenas por primera vez en todos los *innings*, dos *outs*, al final del octavo, ganando los de Vaca Muerta-Gran Unidad de Tanques tres carreras contra una.

—En el 80, cuando el Mariel —se limitó a decir—. Fui uno de los Marielitos.

No dice, como piensa, *me ofendió tanto que no supe dónde estaba, ni qué hacía*, como dijo en el juicio. Tampoco dice de los años en la prisión militar de Ganussa, del respeto ganado por haber matado a un hombre en una cárcel donde el mayor delito era el robo de una caja de makarov para venderla en Centro Habana a los delincuentes a 200 pesos cubanos, pura ganga. El que mata a un hombre ha de ser un desalmado, piensan todos, y no supieron nunca del miedo, del asco ante la sangre en la cabeza del sargento, de la oleada de vómito que lanzó su estómago sobre el cuerpo ya muerto de aquel bestia que, luego del ponche, esperó a que llegara al banco, en medio del juego, y lo lanzó al suelo de una bofetada: “te voy a hacer sangrar el culo por esta mierda, maricón”, le gritó delante de todos, segundos antes de la ceguera, del bate empuñado con una rabia que aún le hace doler los nudillos, del ruido de sus pasos caminando hacia la bestia, asombrada, asustada quizás: “¿que-qué cojones vas a hacer, puta?”, le oyó decir. Luego el batazo en la frente, el bate que se parte, las patadas al cuerpo encogido en el suelo reseco del estadio, frente a las gradas, la sangre manando, manando, manando ahí, en el recuerdo.

—Cumplí tres años —dice, decidido ya a terminar el juego del recuerdo en su cabeza—. Vinieron a decirme que si quería la libertad tenía que irme en una lancha por el Mariel.

—De algún modo —fue la respuesta del Duque—, todos estuvimos presos alguna vez, por algo.

Demetrio notó que comía más ensalada que carne, como si se cuidara, y que había dejado de tomar cerveza para servirse un vaso grande de jugo de naranja, con el que acompañaba, a sorbos pequeños, algún que otro bocado. Seguía flotando sobre toda la sala la misma niebla y se dijo, apenas sin darse cuenta, que aquella velada comenzaba a resultarle incómoda, algo jamás imaginado cuando la voz de un amigo le dijo “el Duque está en Miami, Demetrio, y me preguntó por tu templo; va y te cae por allá”.

—¿No te ha pasado que, cuando las miras, es como si Cuba estuviera aquí?

—¿Las fotos? —quiso saber.

—A mi gente les dije que me enviaran las fotos que se quedaron allá —le escuchó al Duque—. Es algo raro, ¿sabes? Las miré, todas, una vez y me juré que no volvería a verlas. Te hace sentir lejos, ¿no te pasa?

Hasta ese momento no lo había notado. Simplemente las colocaba en las paredes, pegándolas a la superficie blanca con una cola que las eternizaría allí, hasta que el paso de los años o un terremoto, o un ciclón devastador lanzara la casa a la mismísima mierda. Pocas veces las miraba. Y sin embargo, no podía negarlo ahora que el Duque se lo hacía saber, se lo aclaraba, siempre había tenido la sensación de que, estando

allí, en la sala, pues no le ocurría en otras piezas de la casa, Cuba quedaba a mil años luz, en un rincón difuminado de la memoria, hundida en la neblinosa indefinición de la nostalgia.

—Seguro te dicen que estás tratando de traer a Cuba contigo —siguió diciendo el Duque, y su voz era pausada, casi doctoral—. Es un disparate. Un chino se va de su país, comienza a coleccionar lámparas de papel y le dicen que eso es bárbaro, que así las tradiciones se conservan, toda esa basura. Un cubano se va y comienza a coleccionar cualquier cosa, cucharitas de plata, bolígrafos, piedrecitas, lo que sea, y entonces se bajan con el lío ese de la nostalgia.

Se lo habían dicho. Incluso uno de esos que los miraban comer y conversar desde su atalaya sagrada en la pared. Después de la fiesta en el Captain Tony's, Minnie Miñoso quiso venir a ver el templo. Estuvo un buen rato. Se paraba delante de las fotos más viejas, a veces masculando algo ininteligible cuando algún rostro le era conocido, o cercano, o íntimo, y luego pasaba a las más recientes, y decía en voz alta: “ah, ese es el tal Víctor Mesa”, “caray, mira qué viejo está el negro Linares, ¿y este es el niño Linares?”, o cosas así.

—Es un modo chévere de echarte a Cuba en el bolsillo —dijo antes de irse.

También había sentido esa niebla pegajosa que el Duque le hiciera notar, luego de que él se resistiera a reconocerla, aún cuando la sufría más que nadie, año tras año, desde esa tarde lluviosa en que se bajó de la lancha que lo trajo vía Mariel—Miami; una niebla agudizada hasta convertirse en una nata asfixiante la noche en que comenzó a sacar las fotos acabadas de llegar de Cuba con un amigo escritor y decidió pegar la primera encima de la simulación de chimenea antigua que el constructor de aquellos apartamentos había colocado justo al centro de la sala .

—Pero dan tristeza, compatriota —agregó Miñoso esa vez.

—Es un disparate —vuelve a decir el Duque y bebe el sorbo final del vaso de jugo—. No nos pueden quitar la memoria, pero Cuba sigue allá. En buen cubano: nos han jodido, compadre.

Hablaron mucho de pelota, de los tiempos antiguos en el béisbol cubano cuando jugar en las grandes ligas era fácil si se daba todo en el terreno y se demostraba la madera de gran pelotero, de las temporadas a partir del 59 y las escasas posibilidades de ascender las cimas del reconocimiento y el dinero a un mismo tiempo, de las jugadas inolvidables y los juegos más espectaculares o difíciles.

—Cuando me quedé —comentó en voz muy baja, las palabras marcadas por una tristeza muy cercana al dolor y a la impotencia—, un come mierda dijo que dejaría de ser cabeza de león en Cuba para convertirme en cola de ratón acá, en las Grandes Ligas. Se cogieron el culo con la puerta.

—¿Quién lo dijo? —preguntó Demetrio y vio que el Duque esquivaba su mirada.

—Ya eso no importa —le escuchó decir—. Es un gran pelotero. Más me duele que también dijo eso..., lo de la traición..., yo mismo lo vi en la televisión de acá, entrevistado por la CNN.

—Hay de todo en la vida —fue a decir a modo de consuelo.

—Uno va descubriendo la mierda que se come —lo interrumpió el Duque, aún cabizbajo, dando ligeras vueltas al vaso vacío—. Muchos se quedaron afuera cuando viajábamos a competir. Los hacíamos talco criticándolos, llamándolos traidores.

Señaló a la fotografía donde Minnie Miñoso sonreía junto a Demetrio y a Sandy Amorós.

—Ese que ves ahí me dijo una vez que los cubanos nos hemos pasado la vida dividiéndonos, atacándonos, en vez de intentar comprender que cada uno tenía sus razones, sus sueños. Tiene razón. Supe en carne propia lo jodido que es que un hermano te llame traidor por equivocación o conveniencia.

—Sí, es bien jodido —lo apoyó Demetrio.

Un flan de leche cerró el almuerzo. Luego el café, “mi madre hablaba muy bien del café Pilón allá en Cuba”, dijo el Duque mientras olía el humillo que escapaba de su taza, “pero qué va, compadre, como un café de la Sierra no hay en el mundo”.

—¿Me guardas un secreto, Demetrio? —le soltó sacándose de un bolsillo las llaves del auto.

No tuvo necesidad de contestar. Sabía bien que el tono de la pregunta indicaba una sola cosa: la confesión vendría de todos modos.

—Todavía lloro como un cherna cuando el equipo Cuba gana un torneo contra los americanos —dijo el Duque, y sonrió, bonachón, tímido.

Se despidieron en la puerta con un adiós que a Demetrio le siguió pareciendo triste, jodido, y se mantuvo en el portal viendo cómo el corpachón del Duque se escondía dentro de su coche, lujoso hasta el escándalo, cómo el motor ronroneaba, primero quedamente, luego impulsado por una fuerza divina, hasta adquirir ese tono parejo que llega a ser inaudible en los carros modernos como ése. Entró a la casa cuando lo vio perderse en la esquina más lejana y fue a sentarse en el sofá, casi acostado, para quedar mirando fijamente foto a foto, todo lo pegado por años en aquellas paredes. Supo que debía irse de allí, de aquel barrio, de aquella ciudad, ya que no podría irse del país, o regresar, y a fin de cuentas, Cuba seguiría allá, a más de noventa millas, anclada en el mar.

—Tienes razón, compadre —dijo—. Nos han jodido.

La Habana, enero y 2005.

El desesperado amor de los ahorcados

Vine a Comala porque me dijeron que aquí encontraría a mi padre.
Juan Rulfo.

A BMD, que dice que la vida es un melodrama.

Vine a este rincón de los barrios pobres porque me dijeron que aquí encontraría a Celene. Ahora está frente a mis ojos. Me mira y baja los suyos, que se pierden detrás de toda esa máscara de llagas casi sanguinolentas que le cubre la frente y se hace un bulto purulento sobre los pómulos donde ya no quedan cejas.

Desde que descubrí a lo lejos las chimeneas lanzando su humo ne-grísimo, compacto, hacia esa otra oscuridad caliente y pegajosa que flota siempre sobre esta ciudad, me dije que ya todo era distinto, no había vuelta atrás. La algarabía de las calles (donde tropezaban a mares millones de personas; donde se movían los carros libres ese día del NO CIRCULA impuesto para mantener el nivel de mierda que se pegaba al cielo; donde los taxis ecológicos manchaban de verde las avenidas esquivando la congestión cotidiana del tráfico; donde los gritos de los vendedores se estrellaban contra las paredes y las caras de la gente; donde la luz era *LA LUZ*, inmensa, radiante, cálida y se esparcía en derredor impregnándolo todo de la claridad de las cosas limpias) había sido sustituida por aquellas otras calles donde caminaban rostros grises cargados del polvo y el hollín de las chimeneas; donde sólo circulaban camiones ahogados de polvo hasta en las tuercas; donde el único grito era el chirrido metálico y descompasado de las cadenas de esas fábricas que han ahogado su color bajo esta inmensa capa de polvo que se traga la luz y deja un amargor molesto en la garganta.

Un viejo estaba sentado en la tierra reseca del jardín cuando me detuve frente al edificio polvoriento donde debía encontrarla. Tenía los ojos perdidos, sepultados en un mar de arrugas que se movió igual a una ameba gigante cuando levantó la cabeza para mirarme. Sus dedos larguísimos y también arrugados, manchados de nicotina o tinta o churre, con uñas negrísimas y largas que me parecieron garfios herrumbrosos, se extendieron como tentáculos que quisieran atrapar me y se recogieron de golpe para formar ese pegote de hueso y pellejo y trapos raídos y sucios que vuelve a encogerse y a bajar la cabeza para contar las monedas cuando vacié el contenido de mi bolsillo (menudo siempre

destinado al Metro) en el sitio donde imaginé que debía estar la palma de aquella mano.

Las escaleras con barandas rotas, con escalones donde se amontonan los papeles cagados que despegaron en un vuelo raro cuando abrí la puerta, y bolsas de nylon con basura y pedazos de cajas de pizzas de champiñones y camarón de tamaño familiar y otra vez, como afuera, mucho polvo: en los pasamanos, los quicios de las paredes, los adornos imitación de candelabros, y las lámparas del techo. Siempre el polvo. **Se asen consultas pirituales**, decía el cartel: un papel que quizás fue blanco tiempo atrás, ahora manchado de grasa, en uno de los bordes telado por una arañita de culo grande y patas largas que pude ver escapando por una de las rendijas cuando sacudí el polvo acumulado en otra de las esquinas, ahora despegada, del anuncio, así, automáticamente, como quien hace algo para que el tiempo pase, en mi caso, esperando después del toque.

—¿Es usted Carlo? —me dice la vieja. También arrugada: voz que sale de esa cara pálida, “*polvorienta*”, pienso. Su mano se aferra al pomo de la puerta y ella misma, escondida entre ese vestido viejo, ancho, de tela negra y gorda, atravesada en el dintel. Un mechón de cana, gris, se deshace en hebras sucias sobre su frente escapando del pañuelo de cabeza, también negro.

Digo que sí con un gesto y entonces se aparta.

—Me pidió que lo llamara —siento la voz, como un murmullo a mis espaldas.

Una habitación sencilla: la cocina en un rincón donde humea un caldero con algo que se riega en ese vapor que salta del agua borboteante y va a cubrir como una nata hirviente casi todo el techo y me hace parecer que camino por el pasillo oscuro y asfixiante de una sauna; una mesita donde descubro varios vasos con restos de leche y un tazón donde aún queda un poco de fideos y papas y un pequeño trozo de algo que parece carne; una ventana cubierta por una cortina de un blancuzco grisáceo que se mece de cuando en cuando con esa misma brisa que ha llenado todo del mismo polvo que pulula afuera. Celene está en un camastro de sábanas grises, manchadas y con un olor insoportable a moho que crece mientras me acerco.

DE GOLPE ME VIÑO la imagen de sus senos. Senos continentales. Siempre lo mismo: cuando alguien la mencionaba, varios años después de su muerte, lo único que llegaba como un foganazo era aquella mancha que dividía claramente el nacimiento de sus pechos: dos montículos medianos donde sobresalían dos pezones que siempre me parecieron

raros: en aquella parte de su piel, justo en la corona del pezón, el color era de un rojo sangre extraño y a un mismo tiempo excitante, del mismo tinte de esa mancha en el que siempre me había parecido encontrar una reproducción casi fiel del continente americano.

—Son senos continentales —le dije una vez, y comencé a marcar con la punta del dedo el sitio que ocupaba la Colombia de la cocaína y García Márquez, el Perú de los Tupamaros y Vargas Llosa, el macizo territorial de la libertina Brasil de las favelas y Jorge Amado, la tierra de Timossi y Carlos Gardel: sitios donde el mal y el bien se daban la mano, cuidada por los Andes que mucho tenían que envidiar a la tranquilidad maternal de aquellos senos.

Ahora la imagen llegaba con las palabras, casi al paso, de Manelo:

—Te llamó una muchacha —me dijo, poco antes de cerrar la puerta del carro que siempre lo conducía a la Embajada—. Creo que se llama Celene.

Y pensé que era un yerro, una fatal coincidencia, una equivocación de marca mayor porque Celene estaba muerta. ¿Quién me lo dijo? No recuerdo. Pero la noticia llegó con la naturalidad de las cosas que se saben ciertas: *ella estaba muerta*, así, como podría escribirse en cualquier novelón radial: *en el estómago de algún tiburón que desandaba el Golfo de México en busca de una nueva balsa con comida grande y jugosa bien diferente de esos desechos con sabor metálico a viejo que arrojaban los barcos; quizás pudriendo sus carnes de grandes prominencias en un arrecife o arena de un cayo, mientras los macaos cebaban su hambre con sus fibras tiernas, o tal vez había ascendido “como un susto en el estómago”, decía ella, hacia Dios, y ahora estaba parada en las puertas mismas del paraíso*. A fin de cuentas, muchas historias de cubanos parecían perfectos melodramas y en todo aquello había una clara verdad: estaba muerta y esa que me había llamado no podía ser “ella”.

Sin embargo, la mancha de sus senos, sus senos mismos, aquella única parte del cuerpo, siguió conmigo toda esa tarde. Tenía que dormir. Había decidido dormir después de dos días trabajando en aquella campaña de publicidad que me ocupó más allá de quince horas cada día, bajando sólo a Presidente Masaryk cuando el hambre se retorció como una lombriz en mi estómago y me hacía saltar del asiento frente al ordenador. Cuatro tacos y un par de cocas de botella bastaban para reavivar mis fuerzas y calmar el Alien que sólo el café adormilaba hasta el nuevo receso para la merienda o la cena. Esa tarde no pude dormir.

Manelo regresó a eso de las siete. A esa hora la Casa Amsterdam era un oasis de silencio. En la cocina, Alina y las otras mujeres preparaban la cena y Manelo vino a sentarse junto a mí en la sala. Encima de

nosotros, en la pared, uno de los auténticos gallos de Mariano miraba a esas dos mujeres que se entraban a trompones y patadas en medio del ring del canal de los deportes.

—¿Seguro que te dijo *Celene*, Manelo? —pregunté.

Pareció no entender, pero luego de un silencio breve y confuso, su rostro cambió.

—Celene —me dijo con seguridad—. Ese mismo fue el nombre.

—¿Una nueva amante, *Don Juan* Carlo? —soltó Alina entrando en la sala con un plato de chicharritas de plátano y otro de uvas moradas—. Tomen, vayan haciendo boca.

—Ni Dios lo quiera —contesté sin pensarlo—. La única Celene que conozco ya no está entre los vivos.

Alina me miró, también confusa. Puso el plato en el centro de la mesa y volvió la espalda.

—Pues mira —dijo antes de salir por la puerta, aún sin volverse, “*buenas nalgas*”, pensé al mirar su trasero, como nacido de esa libido cabrona que todo hombre lleva adentro, más si una mujer como aquella se paseaba en ese short por toda la casa—; piensa bien, porque hace una hora volvió a llamarte.

—¿Así, con ese nombre? —ahora ya no la imagen, sólo el nombre.

—Sí, Carlito —respondió Alina, volviéndose un poco más allá de la puerta—: *CE-LE-NE*, así se llama.

Y ERA ELLA. Dos días después su voz en el teléfono, rescatada de un olvido en el que nunca estuvo. Había pensado que sí, que después de siete años, no recordaría cómo hablaba. Pero allí estaba su voz, y de golpe, como mismo me llegaba su imagen, aquellos senos continentales, tuve la certeza de que su voz había permanecido en un rincón de mi cerebro como esperando aquel momento.

—¿Eres tú?... ¿La Celene...? —no sé cómo pudo escucharme. Apenas yo me oía.

—La misma que conociste —dijo—. ¿Me creías muerta?

—Bueno... —pude decir, algo más calmado, después de un silencio en el que creí sorber todo el aire de la oficina—. Es que dijeron...

—Que estaba en la panza de un tiburón, ¿no?

—Algo así...

—Es mejor —dijo entonces—. Así podré saber cómo es morirse dos veces.

Y después, el acuerdo de vernos. Ella iría vestida de negro. “*Me gusta mucho el negro, ¿recuerdas?*” y desde su llegada a México, porque Miami era la misma mierda que Cuba pero sin carencias, se había

gastado un buen dineral en comprarse ropas de ese color, muy buenas por cierto, me dijo, *que en los Estados Unidos cuestan un ojo*.

—Nos vemos en Xochimilco, ¿quieres?. Me encantan esos canales. —dijo, y soltó el mismo “*Chau, Carlito*”, de otros años.

XOCHIMILCO TAMBIÉN ME GUSTABA. Me había acostumbrado a visitar aquella especie de Venecia indígena en el único sitio en las afueras del DF donde aún sobreviven las milpas de los aztecas. No hay casonas de antiquísimas arquitecturas, ni puentes para suspirar, ni góndolas con remeros que cantan: sobre las milpas, los descendientes de los indígenas todavía cultivan flores y hortalizas que luego venden en la ciudad; en los muelles, a veces improvisados en lugares donde es necesario amornar la marcha de las lanchas, venden lo inimaginable: una flor rara, una escultura de obsidiana o cerveza tecate; en las barcazas, la gente asume su pose de turista y come tacos, bebe cerveza o refresco y pide rancheras a los que conducen. El canal es sucio, pestilente, con ese color indefinible del agua estancada y pútrida por los siglos de los siglos.

El tráfico desde la oficina en Masaryk hasta el mismo comienzo de Xochimilco había estado imposible, aún cuando había tomado el Anillo Periférico Sur que se suponía hecho para hacer más rápido el trayecto. Celene estaba allí. Parecía un ángel negro posado sobre el asiento de la barcaza.

—Monta, Carlito —dijo esa vez, haciéndome una seña desde el asiento en la popa—. Esta va a ser nuestra Arca de Noé..., hoy se acaba el mundo.

Y era su sonrisa. Marcada por los años, por un algo que luego supe triste y desolador y que en ese instante la hacía un ser extraño, manchado, como una foto sobre la que se derrama, al descuido, algunas gotas de esperma. Pero era la misma forma de reír que sorprendí por primera vez en ella, doce años atrás, a pocos días del inicio de nuestro noviazgo, cuando me dijo “*quiero dártela toda, vaciarme con rabia en ti, para sentir que toda esa leche se la tiro a Nerio en la cara*”, para luego acostarnos y hacer el amor contra aquel padraastro que mucho después supe la manoseaba de niña y que más tarde, cuando su cuerpo tomó forma de mujer, la fizgoneaba y no dejaba ni por asomo que tuviera novio. “*Como el perro del hortelano*”, me dijo por esos días, “*como no quiero que me tiemple, no me deja templar*”. Y a pesar de lo crudo de la frase, de lo soez que me resultaron sus palabras, la fui perdonando por ese odio que descubriría detrás de sus historias cuando se confesaba. Al principio había sido así: aprendí a templar con alguien y contra alguien, y lo hacíamos con odio, como en desquite, con una rabia animal que

nos dejaba sin fuerzas y que sólo nos permitía vestirnos, salir del cuarto, callados, cabizbajos, para regresar cada uno a nuestras casas. Después, meses después, vacía su entraña de tanto rencor, pudimos hacerlo de otro modo, como si al unírnos naciera el mundo.

—No lo crees todavía, ¿verdad? —dijo, y le extendió un billete al remero que abrió una nevera y preguntó con un gesto: “*Coca Cola*”, dije.

—Sí —le respondí—. Me parece un sueño...

—O una pesadilla —cortó ella—. No olvides que estoy muerta. Ahora te voy a llevar a un canal cerrado, oscuro, tétrico, y me comeré tu rabo como una salchicha.

Lo había dicho con una voz tenebrosa, imitación de folletín radial de terror. Buscaba mi sonrisa y se la di. Tuve que dársela, aunque notaba que aquello que me estiró el rostro me nacía de un lugar dentro que no podía precisar. Ella lo supo.

—No estás feliz, ¿verdad? —dijo, bajando la mirada a sus manos. Pude ver sus anillos.

—¿Sigues casada? —solté, evitando el tema.

—Eso no importa aquí —soltó, incorporándose—. Sé cómo te sientes. También estoy así.

Me gustaba Xochimilco. Los fines de semana, cuando no íbamos de almuerzo a las pirámides o al Bosque de Chapultepec, viajábamos en grupo a pasear en bote por aquellos canales donde podía sentirse, pese a la mierda acumulada por los siglos, el espíritu mágico de los aztecas, como una paz que nos llenaba hasta el mismo instante del regreso a nuestra casa en la Colonia Condesa. Pero ese día algo me impedía oír, oler, palpar, como si la magia se hubiera escondido ante el despertar de recuerdos de aquel encuentro.

—Jamás me respondiste aquella vez —dijo. Sus ojos cayeron de pronto sobre los míos. Tuve que desviar la mirada: una vieja desdentada sonreía enseñándome “*una flor para la señorita, señor*”, como un eco repetido desde uno de los muelles que fue quedando detrás mientras la barcaza avanzaba.

—Nunca quise herirte —respondí.

Entonces tomó mis manos. Sentí sus ojos clavados sobre mi pelo y comencé a pasar mis dedos sobre sus anillos. Ella se los miró.

—Es sólo un recuerdo —dijo—. Los llevo para no olvidar, para seguir odiando...

—Siempre esa palabra —corté, y fui yo quien levanté los ojos para mirarla fijo, duro, como quizás debí haberla mirado mucho antes, en Cuba. La vi bajar la vista, volverse pequeña de pronto, como una ave-cilla bajo un vendaval y obedecí a ese deseo que me revolvió las tripas desde que escuché su voz y supe que era *ella*: ahora la sentí plegarse,

acomodarse, buscar el lugar de acople perfecto, como hacía muchos años atrás, cuando la abrazaba.

—Un día descubrí que detrás de ese odio por Nerio había una necesidad de amor que yo no podía darte.

Levantó la cabeza y sentí en su mirada algo parecido a la rabia, un rayo conocido y odiado por mí hasta que creí enterrarlo en un olvido en que tampoco estaba.

—¿Por eso me dejaste? —dijo.

—Por eso —respondí—. Me sentía una mierda. Pensaba en tu padastro y me sentía ridículo. Necesitaba huir.

Quedó en silencio, mirando pasar otra barca donde unos charros cantaban “*si Adelita se fuera con otro*”. Luego sonrió.

—Otra mentira —dijo, y le hizo una seña al remero. El hombre, un indio cabezón, de grandes brazos casi negro, le alcanzó una cerveza, ya destapada—. Desde que te fuiste a La Habana, sabía que no volverías. Santiago era muy chiquito para tus sueños.

Tenía razón. ¿Cuánto lo había pensado entonces? ¿Cuántas veces se descubrió colgado de la ruta diez, rumbo a la universidad, fabricando historias, siempre habaneras, de progreso y fama? ¿Valdría lo mismo su obra escrita desde esa área verde que era Santiago, a pesar de los consejos del viejo Soler y de Guillermito? Ahí estaban sus casos: Soler ni muerto era valorado como merecía y de Guillermo, ni hablar, a pesar de sus panes dormidos y sus matariles. Por eso había decidido quedarse. Y porque Heras lo decía: “*si estás en La Habana lo escuchas todo; allá, en provincias, sólo sentirás el eco*”. Y apagado. Un eco apagado.

—Es verdad —contesté—. Ana Margarita era mi tabla de salvación...

— Y te aferraste a ella, pese a todo —cortó Celene.

Los canales estaban abarrotados de barcazas. El remero de la nuestra parecía concentrado en ese hundir y sacar la pértiga con la que nos conducía sobre el agua, más turbia aún por el accionar de las quillas y las otras pértigas. Yo sabía que escuchaba. Si alguno de aquellos barqueros salía escritor podría coger un Nobel con las historias que allí oía. ¿Cuántas habría escuchado en sus años aquel hombre?

Celene le hizo otra seña, apuntando a un muelle que se acercaba y el hombre asintió. Nos bajamos y el remero ató la barca a la orilla y se sentó a mirar otras barcas. Caminamos sobre la milpa. Nunca lo había hecho, a pesar de las tantas veces en que había ido allí y lo había pensado. Creía que sobre aquellas moles de tierra se estaría inestable, como flotando, a merced de cualquier vaivén del agua, casi listo a hundirse en aquel fango que guardaba quién sabe cuánta mierda de los siglos. Una mujer, también india, con cara de yucateca, nos vio caminar hacia unos canteros de flores que quedaban justo frente a uno de los canales y vino

hacia nosotros. “*No queremos flores*”, le dijo Celene, sin dejarla hablar, “*diez pesos si nos dejas sentarnos ahí*”, y señaló a un espacio vacío en una esquina del cantero. La india tomó el dinero y volvió a su casucha. Yo sentía que nos miraba.

—Es sordomudo —me dijo Celene cuando estuvimos sentados, señalándome al barquero—. Siempre que vengo aquí lo alquilo. Los demás son muy gritones.

LA MONJA TENDRÍA UNOS CIENTOS AÑOS y una peste a guardado del carajo. Abrió la puerta y nos dejó pasar, mirándome fijamente, como queriendo adivinar quién sería.

—Es casi ciega —me dijo Celene y me señaló la butaca a un costado de la habitación—. Regreso enseguida. Tengo que arreglar el cuarto.

Otra monja, con la única diferencia de tener menos arrugas que la vieja, me trajo un vaso con jugo natural de naranjas. Le di las gracias y agradeció con esa forma tan típica en las hijas del Señor de asentir bajando levemente la cabeza. Luego fue a conversar con la otra, que permanecía de pie junto al arco que conducía a los pabellones. Desde mi asiento podía ver casi todas las puertas. Celene apareció en el fondo y vino a buscarme. Caminamos por el pasillo hasta una de las últimas puertas.

—Esta es mi casita —dijo de pronto, ya dentro de su cuarto, sentándose en una esquina de la cama.

De un sólo pase de vista podía abarcarse todo: una cama ancha, de gruesos colchones, cubierta por sábanas blanquísimas y olorosas; una mesita de noche a un costado; una cómoda de varias gavetas y un espejo grande y un escaparate empotrado a la pared, abierto esa vez, donde colgaban muchas perchas, todas con ropas negras. También un crucifijo encima de la cabecera de la cama. Celene se puso de pie y fue a cerrar la puerta.

—Siéntate aquí —dijo, tocando la cama, a su lado—. No pienso violarte.

La cama era blanda y se hundió bajo mi peso. Celene volvió a tomarme las manos, me las volteó hacia arriba y quedó mirando mis palmas.

—Tu camino del amor se interrumpe muchas veces, ¿ves? —dijo y tocó allí donde se truncaba una de las líneas digitales.

—¿Como llegaste a Miami? —corté. No quería caer de nuevo en aquel asunto. No sabía qué, pero una cosquilla me corría desde la cabeza y terminaba en mis gúevos, provocándome rápidas y esporádicas erecciones que, por suerte, quedaban a medias.

Se recostó en la cama, sacó una almohada inmensa, también blanca, debajo de la sábana y se abrazó a ella sin dejar de mirarme. Yo continué sentado en el borde contrario; ella, tirada hacia la cabecera.

—Fácil —respondió—. Creo que estuvimos tres horas en la balsa. Apareció un barco puertorriqueño y nos llevaron a un lugar, Aguadilla se llamaba. De ahí, unas dos semanas después, rumbo a Miami.

—¿Y el anillo?...

—De Roberto. Ese que se parecía a ti.

—¿Y él está en Miami?

—Estaba. Un año después de casarnos en Santiago, lo invitaron a Suecia y se quedó. De ahí saltó a Miami y allí nos encontramos.

—¿Y dónde está ahora?

—Bajo tierra. Hace más de tres años que los gusanos deben haber dado buena cuenta de ese hijoeputa.

En aquella parte de la ciudad se sentía el calor con una fuerza aplastante. Desde que Celene cerró la puerta había comenzado a sudar. Ella también tenía algunas goticas de sudor sobre el labio, se las secó y caminó hacia una de las cortinas gruesas, también blancas, que cubrían los ventanales de cristal. Metió la mano detrás de una y enseguida el ruido me anunció que allí tenían aire acondicionado. Después volvió a sentarse.

—¿Entonces lo de mi padastro era un pretexto?

Asentí. Después que puso el aire había ido hacia el escaparate para colgar el sobretodo negro que había usado esa mañana en Xochimilco. Quedó con una saya corta, una blusa negra, transparente, que permitía ver sus ajustadores también negros. Se quitó la gorra azabache que traía y desplegó su pelo negrísimo sacudiendo la cabeza. Seguía siendo bella. La única diferencia eran aquellas manchas blancuzcas en la piel de su cara y sus brazos. Ahora que los podía ver, descubrí que también tenía los muslos manchados. No obstante, volví a sentir el escalofrío que bajó de la cabeza y se me clavó entre las piernas en una erección que no pude evitar cuando volvió a acostarse y abrió ligeramente los muslos.

—¿Hacemos el amor? —me dijo entonces. Y decirlo y que un latigazo me hiciera saltar hacia ella fue la misma cosa. Y que empezara a besarla en el cuello, en los hombros, en los brazos, mientras mis manos desabrochaban uno a uno sus tres grandes botones y zafaban el ajustador y buscaban detrás de su cintura el cierre de su saya, hasta dejarla desnuda, blanquísima, despojaba de ese negro que la hacía triste, bucólica, marchita, para devolvérmela a mí mismo como aquella Celene de los primeros años: bordear la cumbre de sus senos continentales; marcar beso a beso cada país de la mancha entre sus pechos como el más

fanático chovinista de los latinos; detenerme allí donde antes intentaba chupar esa sangre que bullía en los canales aún cerrados de sus pezones; después bajar hacia el vientre; lamer lentamente cada centímetro de piel; oler despacio el vello blanquísimo, casi pelusa, que nacía debajo de su ombligo; redescubrirla, paso a paso, por la misma ruta mil veces recorrida años antes; saber que a unos centímetros, bajo la espesura oscura y olorosa de su montaña cálida, latía, vibraba, seguía naciendo el mundo. Ella se removía bajo mis besos. Hurtaba el cuerpo como una serpiente que intenta escapar y no puede y se ahogaba en suspiros y quejidos de placer que me sabía de memoria, que se había escondido en un rincón oculto de mi cabeza como temiendo ser descubierto y que yo lo aplastara, lo exiliara. Pero seguía allí, y volvía a tocarla, como guiado por una voz que llegaba desde aquellos años, en los mismos sitios que sabía le gustaban, con las mismas caricias que la enloquecían, seguro de que la entrada a la cueva de los milagros, al paraíso encontrado sobre la tierra, al nacimiento del mundo, estaba cerca, que sólo habría que pronunciar el ábrete sésamo de un beso y las piernas se abrirían en columnatas enormes para que yo descendiera allí, primero a robar sus jugos, a saborearlos, a tocar con mi lengua la campanilla que hacía brotar la fuente de los milagros y llegar al estallido final después de ese “*entra en mí, lléname toda*”, que tanto conocía.

—No puedo —dijo, separándose de pronto, justo cuando iba a buscar bajo la maraña entre sus piernas.

Otro latigazo. La erección me ahogaba, subiendo desde mis piernas hasta el pecho, clavándose en mi cuello en una bola ardiente que apenas me dejaba respirar. Volví a tirarme sobre ella. Volví a buscar su cuello y quise besarla. No lo había hecho. No había sentido sus labios, la humedad de su lengua, esa rara mezcla de ternura y rabia que me transmitía en cada beso.

—No quiero —soltó, empujándose—. No puedo hacerte daño.

Entonces me detuve. Sentí que la rabia iba bajando, alejándose. Que algo me decía que no debía insistir. Los años no habían pasado por gusto. Como diría alguien, nosotros, los de entonces, ya no éramos los mismos. Tampoco el amor. Si es que algo quedaba del amor.

—Tienes razón —le dije—. Esto nos hará más daño. Tú tienes tu vida y yo..., yo regreso a Cuba el mes que viene...

—No es eso —respondió con la cabeza baja. Aún desnuda—. Estoy enferma.

—¿Enferma?

Se cubrió con la sábana y de nuevo abrazó la almohada. Recordé que antes lo hacía. ¿Cómo pude olvidarlo? Entonces no lo recordaba todo de ella. Habían lagunas, sitios oscuros.

—Roberto murió de SIDA —dijo—. Cuando fui a buscar sus papeles para enterrarlo, lo vi escrito.

Ni siquiera atiné a mirarla. Algo me obligaba a permanecer así, los ojos clavados en los mosaicos del piso y sintiendo que algo comenzaba a molestarme en el pecho.

—Por eso estoy aquí —escuché su voz de nuevo, esta vez más baja—. Como no puedo volver a Cuba, quiero morir en un lugar donde por lo menos se hable mi idioma.

Sólo entonces pude levantar los ojos hacia ella. Una mueca de sonrisa en sus labios.

—¿Entiendes por qué te dije que sabría cómo es morir dos veces?

Parálisis es la palabra. No podía moverme. Y el pecho: como a punto de reventar. El corazón latiendo como el badajo de una campana inmensa, enorme, metiéndose en mis oídos, resonando en el cerebro como mandarrizos contra una pared de acero. Y ella frente a mí.

—Anda —me dijo—. Cuenta cómo fue mi muerte para mi madre, para los de Cuba...

ESA NOCHE SENTÍ que las luces me aturdían. La Avenida Insurgentes me pareció interminable, larguísima, bulliciosamente estruendosa; la Casa Amsterdam, un manicomio. “*No voy a cenar*”, le dije a los demás que ya estaban en la sala jugando el dominó de todos los días y fui a encerrarme en mi cuarto. ¿Tendría que concluir el capítulo México de mi vida con aquella tragedia? ¿Toda esa luz que me llenaba en aquel país tendría un cierre tan gris? No quería, no podía dejar que la realidad de aquella historia me apabullara. Era verdad. El mundo es tan pequeño como la cabeza de una aguja. Venir a México para encontrarse de pata-da y porrazo con una historia que pensaba cerrada, muerta, siete años antes. Y después decían que era cosa de novelas. La vida es una novela. ¿Cuánto había hecho para borrar de mi cabeza el abandono en que dejé a Celene cuando decidí que debía unirme, casarme, pegarme a la tetona de Ana sólo con el deseo de quedarme en La Habana, la Meca del triunfo? ¿Cuántos sueños había suicidado con aquella traición al único amor limpio en mi vida? Nunca, hasta el mismo momento en que ella me confesara su enfermedad, había sabido cuánto daño le había hecho a Celene, cuánta mierda había echado sin saberlo sobre mi propia vida, cuánto amor había desperdiciado.

También era cierto: la quería. No había podido olvidarla, sepultarla en ese estercolero que ya iba creciendo mientras sumaba los años a mi fichero personal de frustraciones. Aquella era una más. Y por eso no supe (aún no sé) si fue esa frustración, la misma rabia que crecía como

un alarido en mi pecho o el simple deseo de terminar algo interrumpido lo que me hizo empuñar el miembro como algo ajeno aunque sólo al roce de mis dedos se tornó tieso, madero enhiesto, rígido, rugoso de venas, mientras mi cabeza buscaba allá, en el pasado, una de esas ocasiones en que descubrí el nacimiento del mundo naciendo entre las piernas de Celene. Simplemente no pude. No podía recordar ni un detalle de su cuerpo, ni siquiera un borrón de ese cuerpo blanco que se desnudó ante mí esa tarde, salvo sus senos continentales y la gran América dibujada justo en el medio de su pecho.

—LLÉVAME A XOCHIMILCO —me dijo por la mañana y ahora estamos aquí, en la misma barcaza, con el mismo remero. El aire es pesado. La contaminación hoy alcanza niveles absurdos. Descubro de golpe que eso, el gorrión de todas las noches, la mierda que también pulula en esta ciudad luminosa, me ha demostrado que no puedo vivir fuera de Cuba. Soy un animal autóctono de esa isla que he comenzado a soñar de un modo terrible, molesto, angustioso, desde que apareció Celene.

Ella está aquí. Mientras bajaba las escaleras del edificio en aquel rincón alejado de la zona industrial, cargándola por la cabeza y los pies, tuve que aguantar para no vomitar sobre ella. Hiede a muerte. Cuando la dejé en el asiento del taxi que nos trajo hasta este rincón ahora triste, sentí en mis brazos algo pegajoso y no quise tocarme: cuando me bajé y pagué al taxista, que me miraba como si anduviera conmigo la mismísima muerte, me limpié los pellejos podridos y pedazos de postillas purulentas que se habían desprendido de una de sus piernas y los tiré sobre la tierra, limpiándome con el pañuelo antes de montar en la barcaza y acomodarla en el asiento de popa.

La abrazo. Siento que vuelve a encogerse, a plegarse, a buscar el acople exacto de nuestros cuerpos. Xochimilco hoy está vacío. Apenas pueden verse unas cuantas barcas. Veo que Celene levanta la vista y mira a una de las barcas: unos turistas, puros americanos, aplauden al charro que casi grita que “*de piedra ha de ser la cama*”, y los újuleeee de uno de los cantantes la hace sonreír, “*de piedra la cabecera*”, y el ayayayyyyyy de otro le saca una risa y el “*la mujer que a mí me quiere, me ha de querer de a de veras*” coloca de nuevo su cabeza junto a mis costillas.

—Tengo frío —dice, y una tos podrida la conmueve, la sacude y tengo que sujetarla. Cuando escupe hacia el canal, los pececillos corren a comer sus flemas manchadas de sangre.

—¿Cuándo vuelves a Cuba? —pregunta, limpiándose con un pañuelo también manchado.

—La semana que viene —digo—. El sábado.

Ahora sus ojos miran fijo al muelle de la milpa donde nos sentamos entre las flores. Le hago una seña al remero que atraca y me ayuda a bajarla. Otra vez la mujer viene hasta nosotros. Le pago veinte pesos y me siento junto a ella, esta vez entre las flores.

—Ayúdame a acostarme —me dice, y la aguanto hasta que posa su cabeza sobre la tierra. Le quito la gorra y sus cabellos van a unirse en desorden con el verde de los tallos. Queda mirando al cielo. Después se quita un crucifijo de plata, pequeñísimo, y me lo extiende.

—Si vas a Santiago, lleva esto al Cobre —dice—. Dile a la virgencita que cuando muera estaré pensando en ella.

—¿Y de cuándo acá eres creyente? —digo, por decir algo.

—Alguien me dijo una vez que cuando la muerte está cerca, uno piensa en Dios —murmura, los párpados se le cierran, como con sueño—. Ahora sé que es verdad.

Luego saca de su pecho un paquete y me pide que lo abra: ella, desde una foto, lanza un beso al mar. Está junto a Roberto.

—Llévale eso a Mamí. Dile que estoy viva, que estoy bien, que algún día le escribo.

Y no contesto. Ella cierra los párpados. Comienza a respirar más lentamente y de pronto, después de mirar hacia la casucha donde descubro los ojos de la india figsoneándonos, me doy cuenta de que se ha dormido. ¿Será esta la misma Celene que conocí en Cuba hace unos años? ¿La misma que bromeó con su muerte cuando nos encontramos hace apenas un mes? ¿Esa purulencia podrida que estalla en su frente, sobre sus pómulos, en sus cachetes como verdugones quemados, negruzcos, nació de la belleza que antes la marcaba? ¿Por qué precisamente en ella vendría yo a saber cuán rápido se pudre un cuerpo enfermo con aquel bicho de mierda que estaba cambiando el mundo?

Los pájaros silban sobre los árboles más frondosos de la milpa. Las barcazas pasan en su bullicio de tomadera y canturías. Puedo sentir el ulular del agua chocando y filtrándose entre los juncos fangosos de esta tierra que me sostiene. A ratos me parece que estamos flotando, que avanzamos y vamos dejando detrás a esas barcas.

Comienza a caer la tarde cuando descubro que el tiempo ha pasado. Celene sigue dormida. Le hago una seña al remero y la llevo, cargada y abrazada a mí, hacia la barca. Esta vez el tránsito hacia los barrios pobres me parece fugaz, casi un suspiro, aunque cuando nos detenemos ante el edificio de Celene ya las sombras comienzan a caminar sobre la ciudad. En algunos lugares se encienden las primeras luces.

—¿Aviso al necrocomio, señor? —pregunta la vieja cuando ve su cabeza recostada a mi hombro.

“No, señora”, le digo, “*todavía no ha muerto*”. ¿Está tan acostumbrada a la muerte esta mujer que ni un músculo de su rostro se conmueve de dolor? ¿Dónde la conocería Celene después que decidió dejar el sanatorio de las monjas y venir a morir a este rincón? ¿Qué lazos la uniría? No había preguntado eso a Celene: siempre hablamos del pasado. Avanzo por la habitación y la dejo en la misma cama donde la encontré por la mañana. Se revuelve entre sueños, masculla algo ininteligible y luego vuelve a quedar quieta. Su respiración se hace acompañada. La cubro con la sábana hasta los hombros y me alejo hacia la puerta. La vieja está parada junto al fogón. Mira a Celene y me mira y vuelve a mirar a Celene y después, a distancia, sigue mis pasos hasta la puerta. Regreso hasta ella y le dejo dos billetes de a cincuenta. No dice nada, pero toma el dinero.

Cuando abro la puerta, siento en el brazo derecho una humedad pegajosa ya conocida. Me limpio, sacudo la mano y el último pedazo de Celene que siento sobre mi cuerpo va a pegarse contra el piso polvoriento de la escalera. Después me limpio las manos en la pared y termino frotándome los dedos y las palmas con un pedazo de periódico. Las letras que se arrugan anuncian un nuevo descenso del valor del peso mexicano. Afuera me espera el taxi. “A la Calle Amsterdam, en el Hipódromo Condesa”, le digo al taxista y cierro la portezuela. En Ciudad México son las nueve de la noche, hace frío y ha empezado a llover.

La Habana, mayo y 1998.

Celda 23

*Para Eloy Gutiérrez Menoyo y Patricia.
A Samuel, por la leyenda de las ánimas.*

La brisa la despeina. Subiendo la cuesta que la llevará cada día al mismo centro del recinto ferial, descubre que aquí, justo encima de estas colinas donde los españoles edificaron el Morro y la Cabaña, el aire tiene un olor distinto al de esa Habana que se observa hermosa e imponente al otro lado de la bahía. Huele a mar y a piedra húmeda y a musgo, y ese olor le trae confusos recuerdos que no precisa. Por eso camina, el pelo rubio revuelto por la brisa que se cuele caprichosa entre los fosos secos y se estrella contra su rostro y sus espejuelos mientras cruza el puente de aquella fortaleza que permanece altiva, robusta pese a los años.

A esta hora la Feria comienza a llenarse de vida. Le habían dicho que acá se leía mucho y pudo comprobarlo cuando vio a la gente casi desesperada comprando en los stands libros que incluso a ella le parecieron carísimos. Tenía la experiencia de otras ferias en países donde la pobreza, como en Cuba, marcaba el día a día: allá veía, desde su silla en el stand, el desfile de personas que hallaban en la Feria un motivo más para salir a despejar; los observaba retirar un libro de los estantes, hojearlo y luego colocarlo en su lugar, sin preguntar siquiera el precio. Muy pocos compraban, y se había fijado siempre que aquellos que lo hacían dejaban vislumbrar de algún modo, abierto o solapado, un cierto nivel de vida que les permitía dedicar dinero a esas compras; sólo unos pocos, generalmente estudiantes de uno u otro nivel, irradiaban desde la misma entrada al stand el esfuerzo, casi desgarramiento, que significaba la adquisición de alguna obra vital para sus carreras.

Pero en Cuba era distinto. No podía explicarse cómo esa misma gente que se debatía entre el invento y el ahorro para un sobrevivir diario, esa que había descubierto gracias al empeño del buenazo de Travieso en mostrarle “la verdadera Habana”, acudía a comprar libros que volaban de los stands y puestos de venta con más cola incluso que aquellas que vio en las miserables carnicerías donde repartían el picadillo de soya y los seis huevos de la quincena. Le pareció surrealista, como si fuera el loco de Dalí quien estuviera guiando sus pasos por una ciudad

descascarada, anegada de escombros y basuras y mierdas de perros y personas y aguas albañales marcando piscinas en cada calle, que en la única casa adonde entraron “para que sepas qué es el tan mencionado solar”, en la mismísima sala de un cuartucho separado de otro sólo por paredes de cartón tabla, junto a figuras horrorosas de yeso, flores de plástico y adornos fabricados de laticas de cerveza, se alzara, casi majestuoso, un bien surtido librero. “Nada”, se dijo en voz baja mientras salía del solar y regresaba al Lada de Travieso, “que a los cubanos nadie los cambia, pero nadie los entiende”, y sonrió: no perdía la costumbre de parafrasear viejos dichos de su padre, aunque en los oídos también le quedara resonando una frase de alguien que no lograba recordar: “es como comprar un poco de libertad”, le había dicho, “leyendo se sienten libres y por eso compran. Es una forma de evasión”.

Ha dejado atrás la zona de los fosos, ahora cubiertos de césped y matorrales que en algunas partes brotan de las paredes rajadas, y donde alguna vez hubo agua fangosa y maloliente y cocodrilos traídos de las ciénagas del país, pudo ver a los niños jugando, inocentes de que allí, bajo sus pies, bajo el intenso e inquieto correteo de su diminuta presencia, quizás aún permanecieran los huesos de esclavos y cautivos que tiempos atrás eran arrojados a morir y a mezclar sus carnes con la putrefacción del foso.

Una vez que pasa la segunda entrada de piedra, esta que da acceso a los pabellones donde se ubican los stands, el aire se vuelve frío. Ni siquiera los rayos rectos y agresivos del sol logran calentar la humedad escondida por siglos y siglos en esas piedras enormes que forman los muros. Por eso se eriza. El frío se le mete en la piel y la hace estremecerse y se aparta de la sombra y camina por el mismo centro de la callejuela de piedras, buscando el pabellón donde le han dicho que está el stand de su editorial, entre el bullicio de la gente que también acaba de entrar y los gritos de los niños y el altoparlante anunciando el programa cultural de presentaciones de la Feria.

Pero el frío persiste. La brisa que llega del mar también es fría, aunque de vez en vez se mezcla con esporádicos y molestos vahídos de vapor. “Por eso los cubanos son como son”, piensa, sin dejar de buscar el logo de Plaza Mayor en los carteles de las puertas laterales de acceso al pabellón. “Lo mismo hace calor, que frío, que llueve un mar, que no cae ni una gota. Este es un país donde hasta el clima está loco”, y nuevamente el abrazo casi mojado del viento la hace decidirse y entrar para buscar desde dentro su stand.

A esta hora es casi imposible caminar por el pasillo estrechísimo del pabellón. La gente se agolpa frente a las muestras de las editoriales y busca en los estantes y conversa en cualquier sitio y, también siempre,

algunos niños pasan corriendo, serpenteando entre los adultos, con la libertad que les da el alboroto de la Feria. Por suerte para ella, aún no han llegado muchos de los que cada día vienen a buscarla para conversar, intentar hacer negocios, proponerle libros, cortejarla incluso obligándola a poner por delante la mampara de su esposo y sus hijos.

Se ha acostumbrado rápidamente al bullicio de estos cubanos, sólo diferente al de aquellos otros de Miami por la ausencia absoluta de la nostalgia, distinto incluso a esa cubana que ella misma ha visto crecer dentro de su cuerpo precisamente porque su familia conoció bien claro lo antinatural del desapego forzoso de la tierra madre y había erigido muchísimas atalayas para mirar hacia aquella islita, respirando su aroma, oteando hasta en los más raros objetos una posible ruta hacia el reencuentro, y esas razones, y otras que ni siquiera había intentado explicarse, la hacían sentirse más cerca de quienes, por fuerza o elección o destino, habían quedado en la isla, como si desde su sangre brotaran señales que la identificaban con este sitio: una Habana que quizás podría ser su casa y su sueño único si la vida no hubiera alejado a su padre de aquellas tierras.

Su padre. Cuando le dijo que iría a Cuba, pudo descubrir en sus ojos el brillo triste de la nostalgia, el mismo brillo que nada cambió pese a los años, los sueños perdidos, las metas jamás cumplidas de volver renacidas en los pedidos a Dios en las fiestas de cada fin de año, las esperanzas alimentadas y la vejez: una nostalgia que a ella le llegaba cargada con el frío aún más triste de la impotencia en las palabras de aquel hombre tan importante en su vida. “Esperar es una palabra terrible para los que estamos acá”, había escuchado alguna vez, no recuerda si en voz de su padre o de un amigo de la familia.

Le había dicho que iría a La Cabaña, “allí será la Feria”, y otra vez la oscuridad asomó a los ojos del viejo, y hasta pensó que no debió contarle nada porque en definitiva aquellas palabras, y ella tenía muchas pruebas de que así era, lo único que lograban era abrir viejas heridas de traición y odios que él se había empeñado en olvidar y perdonar cuando precisamente los años fueron mermando sus fuerzas para la lucha.

Pero se lo había contado todo, quizás bajo la alegría por volver, ver ese país que él mismo se había encargado de mantenerle vivo en la memoria desde que era una niña. Tal vez por eso este frío le trae su imagen, como si él anduviera a su lado, callado, con su paso cansado y los ojos tristes, rememorando muchas cosas vividas en este espacio ahora luminoso, que alguna vez fue peor que el purgatorio. El frío y la humedad y el olor a podrido y a mierda seca y a orín habían sido palabras comunes en los cuentos que, a veces, escuchó en boca de su padre, y también en las historias de amigos que compartieron o conocieron la

tragedia. Siempre el frío, la humedad, el olor a madera, yerbas y tierra putrefacta: sensaciones y aromas y hedores que para su padre mucho tenían que ver con la traición.

Un griterío infantil, estruendoso pero siempre inocente, tierno, la saca de sus meditaciones: al fondo del pabellón, en el stand de la editorial cubana Gente Nueva, que publica obras para niños, están haciendo la rifa de todos los días. La alegría retumba. Contagia. Y esa oscuridad que todavía escapa por debajo de la cal de las paredes adquiere un matiz menos tenebroso, aunque las manchas de humedad parecen velar desde las vigas de madera del techo, nada dispuestas a renunciar a sus antiguos dominios.

Eso la entretuvo en los escasos ratos de descanso la tarde anterior, cuando uno de los organizadores la llevó hasta el sitio donde había alquilado su stand. Sentada en la única silla que había conseguido gracias a un préstamo en otra editorial cercana, constató de un solo vistazo que la premura de la restauración para la Feria no había alcanzado a los techos. Allá, escondidas entre las vigas y las tejas antiquísimas, creyó descubrir las sombras apagadas, tímidas, de las esperanzas muertas de muchísima gente. Y se dijo, siempre bajo el frío de la noche que llegaba, que podía ser cierto aquello de que las almas vagan sin consuelo en los lugares donde lo siniestro y la muerte eran palabras comunes. Quizás por eso el frío. Un frío sepulcral. Como de muerte.

Ahora recuerda que mientras montaban los paneles del stand se había sentado a pensar en todo aquello y se dice que siempre le sale a flote ese espíritu romántico. “A mí nada más se me ocurre creer en almas muertas”, piensa, y comienza a ubicar los libros en los estantes con una precisión que sabe ensayada feria tras feria, la misma precisión o costumbre o sexto sentido que le hizo notar la falta de uno el mismo primer día. “A estas alturas de mi vida no creo en las casualidades”, le había dicho al Director Ejecutivo del Comité Organizador cuando intentaron hacerle creer que podía ser una pérdida “de esas que normalmente ocurren en las ferias”: Paquito D’Rivera decía en aquel libro algunas cosas molestas, aunque sabía que el hecho de tratarse del propio Paquito era ya un trago amargo para muchos: “un traidor con fama y gloria es imperdonable allá”, dijo alguien cuando ella habló de la idea de hacer aquel libro, cosa que le hizo aún más sospechosa la desaparición del único ejemplar colado por la aduana pese a la negativa de las autoridades de la Feria.

“En Cuba las casualidades no existen”, le había dicho su padre una tarde de lluvia en Miami, muchos años antes. El agua pintaba las calles de una luminosidad acuosa sobrenatural que hacía más placentero su gusto por contemplar los aguaceros, disfrutando sobre todo ese olor a

tierra mojada que le despertaba en su propia sangre el guajiro que alguna vez había sido el viejo allá en la isla. “La palabra casualidad desapareció del diccionario hace más de cuarenta años”, le oyó decir esa vez y no recuerda si fue entonces, o luego, meses más tarde quizás, cuando le escuchó hablar de que un día ellos, los que habían llevado los sueños de libertad hasta su último escalón: la propia libertad soñada por siglos en aquella isleta, comenzaron a descubrir que el poder centralizado, casi monopolio, inteligentemente dirigido, era capaz de escribir, incluso, los destinos de las más pequeñas e insignificantes cosas, aunque la certeza de aquella frase tuviera los oscuros matices de lo malévolo y, en el caso específico de la historia de su padre, poseyera además el aroma rechinante e hiriente de la frustración personal, de la pérdida de esos propios sueños en el instante preciso en que se habían negado a que el poder signara sus destinos.

Por eso repitió la frase: “aquí la casualidad no existe”, dijo, y contempló con tranquilidad fingida los ojos vacíos, como de indio peruano, del funcionario que acudió para atender su reclamo. “Encontraremos su libro, no se preocupe”, respondió el hombre y se alejó conversando con otro de los organizadores, el trigueño retaco, gordezuelo y de finos espejuelos y bolsillo lleno de estilográficas que la noche anterior, ese mismo primer día, en el brindis con los participantes, le había confirmado otra de las “casualidades” que le estaban ocurriendo en aquella Feria.

—Llega a la celda 23 —le pidió su padre por teléfono antes de que volara hacia Cuba—. Tírale fotos. Te harán falta para el libro.

La celda 23: casi un estigma sangriento en las memorias que escribía el viejo y que ella publicaría y traería a La Habana en la Feria del próximo año; una herida que precisó abierta, latente, en la voz que le llegó a través del cable del teléfono.

—Quisiera verla de nuevo, aunque sea en fotos —agregó, y ella supo que aquel reencuentro con el pasado tenía para él muchas connotaciones que ella ni siquiera podía imaginarse.

¿Hasta dónde estaría escrita la verdad? ¿Hasta dónde estaría escondida? Se lo había preguntado muchísimas veces en todos aquellos años. Dialogar con el otro, posibilidad desconocida en una isla donde el criterio único cerraba todas las puertas al diálogo, la había llevado a poseer tantas variantes sobre tantos hechos muy cercanos a su padre que podría escribir cien tomos de mil páginas y quizás se quedaría corta: variantes donde la Historia con mayúsculas era vista desde perspectivas bien distintas, siempre contradictorias, perfilando una verdad también siempre a medias que no la satisfizo nunca y que mezclaba las palabras Revolución, asesino, luchador, tirano, socialismo, corrupción, lanchas piratas, muerte, generalato, absolutismo, crímenes, democracia, y otras tantas,

siempre colgando de una palabra regente, redundante en cualquiera de los bandos posibles: la traición.

Ella había apostado, simplemente, a la manera de los cubanos de raza, hijos absolutos de Félix B. Caignet, por la única respuesta posible: la del corazón, y eso le trajo cientos de recuerdos llegados desde su nacimiento en Miami, su infancia, su adolescencia, que de algún modo la habían convertido en la mujer que era; recuerdos donde siempre un padre ejemplar le hacía saber que cada hombre tiene una verdad, su verdad, por la que lucha y muere. Apostar por el corazón le había permitido perdonar, y hasta olvidar, pues en definitiva ella no tenía ni la más mínima culpa de las tinieblas del pasado, aunque ahora, durante su estancia en La Habana, descubría que la capacidad del perdón ni siquiera había logrado agarrar una de sus minúsculas raíces en el polvo de aquella tierra.

Los ojos del hombre le resultaron enormes, como de sapo, detrás de sus finísimos espejuelos, y hasta podía jurar que estaban marcados por un nerviosismo raro cuando ella lo abordó en medio del brindis, después de las palabras de bienvenida del Director General de la Feria.

—Sí —contestó en voz baja, fingiendo mirar el reflejo dorado del vino dentro de su copa—. La celda 23 está en ese mismo pabellón.

Le había preguntado a boca de jarro, mirándole fijo a la cara, que si la celda 23 estaba en el pabellón en la que a ella le habían alquilado su stand.

—¿Sabe que mi padre estuvo en esa celda? —le dijo, mirándolo tomar otro sorbo de vino—. Ahí fue donde perdió el ojo..., por las torturas, sabe.

—También lo sé —respondió el hombre con nerviosa sequedad.

Comenzó a intuir algo, tal y como se lo había dicho una vez su padre: “allá puedes oler la trampa, el peligro; incluso adivinarlo, percibirlo, pero nunca precisarás desde qué sitio caerá sobre ti”. Por eso volvió a la carga.

—Necesito saber el lugar exacto —pidió entonces, siempre observando al otro—. Quisiera hacer unas fotos para llevarlas al viejo.

La noche fría permeó el silencio del hombre. Lo vio mirando lenta y discretamente hacia los lados, deteniendo la vista en aquellos sitios donde se hallaban algunos jefes.

—¿Cree usted en las casualidades? —le escuchó decir.

—No —respondió—. Nunca he creído en las casualidades.

De nuevo el hombre sorbió un trago de vino, esta vez largo, casi hasta vaciar la copa, sus ojos como al acecho de la llegada de alguien.

—Es hora de que crea en ellas —dijo—. Su stand está en la celda 23.

DESDE ENTONCES COMENZÓ a verlo todo con el prisma de confusión de la paranoia. Tomando unas cervezas con uno de sus nuevos escritores, un joven narrador ganador de un premio importante en Alemania con la novela que ella publicaría, le confesó que se hallaba bajo un efecto paranoico que la traía estresada, molesta. “No te sientas extraña”, le contestó el muchacho, “la paranoia es la peor enfermedad de los cubanos de acá. Una enfermedad que tiene un solo síntoma: el miedo”.

Ella, al menos, le dijo él, podía sentirse libre de ese síntoma. Desde ese punto de vista, su paranoia sería teatral, nada corrosiva: una vez que el avión la regresara a su San Juan querido, todo quedaría en el pasado y sería otra cosa más a perdonar ayudada por el cariño de los suyos. Para los cubanos, simplemente, seguiría siendo algo que cobraba vida diariamente en la cotidiana y natural supervivencia.

—Si me preguntas dónde se halla la verdad —le había dicho el muchacho cuando hablaban sobre las versiones acerca de su padre—, no podría contestarte... Mientras existan las razones para el odio, ni los de allá ni los de acá sabremos dónde se halla esa verdad.

Pero la paranoia no la abandona. Ahora, sentada en el stand mirando a la hija de Travieso conversando con una señora mayor en la misma puerta de la celda, mientras observa también a la gente que pasa y se detiene frente a sus estantes, fijándose específicamente en esa bella colección de temas cubanos, más llamativa aún por esa bandera cubana que ribetea el lomo con sus vivos colores, y apenas escuchando, como llegadas desde una brumosa lejanía, las palabras que a veces le dirigen algunos de los que pasan, se ha dedicado a detallar la celda 23, de pronto embargada por una emoción que la aturde, esa emoción que siempre la conquista en sus remansos de paz durante los agitados días de su agitada vida.

Precisamente frente a ella, en esa esquina, habría dormido su padre en las terribles y frías noches de su encierro. ¿Pensando en qué? Nunca se lo había dicho. Imagina que en esas madrugadas el viejo se dedicaba a escuchar el rugido del mar batiendo contra los arrecifes en la misma base de aquella fortaleza convertida en presidio. Justo al centro, en ese arco que da acceso al pasillo del pabellón, donde ahora está parada la hija de Travieso, estaría la puerta que lo separaría de la libertad por la que tanto había luchado, en su caso una libertad ajusticiada. No recuerda, no acierta a recordar si fue su padre quien le contó de los fusilamientos. Siempre la noche y las descargas. También eso escucharía su padre, quizás imaginando su turno cercano. Lo sucedido con él, pese a su historial y su nombre, no le hacían nada imposible que aquello sucediera.

Imagina al viejo tirado en un rincón, mirando las vigas del techo quizás, quizás tratando de descubrir entre las sombras el silencioso paso

de las ratas, la multitudinaria procesión de las cucarachas, el lugar exacto de nacimiento de la música monótona de los grillos. Lo imagina pensando en la muerte y ahí todo se detiene: No logra configurar claramente a nadie tan vital pensando en la muerte. Le habían contado que allí fusilaban a la gente justo a las nueve, como para que la descarga fuera apagada por el cañonazo que se disparaba a esa misma hora, costumbre que anunciaba a la ciudad intramuros que las murallas debían cerrarse. A veces, también le contaron, la ceremonia del fusilamiento sufría algún percance y se retrasaba y entonces la descarga seguía al cañonazo y removía los cimientos de las celdas y los huesos de los prisioneros.

¿Cuántas muertes habrían ocurrido entre aquellas paredes? ¿Desde qué siglos andarían vagando por allí las almas? ¿Podrían esas almas adivinar que ella sabía y creía en su presencia? O lo más importante: ¿Podría alguna de ellas contarle la verdad vivida por su padre en aquella celda? Cree escuchar un cambio extraño en el silbido del viento sobre las tejas del pabellón cuando descubre el rostro familiar del hombre. ¿Qué buscaría?

Lo había visto por primera vez la tarde anterior, justamente cuando dos de los armadores de la Feria levantaban los paneles del stand. Había entrado, encorvándose, por la puertecilla lateral que comunicaba la celda 23 con la de la izquierda, donde otros empleados armaban la exposición de la Universidad de Puerto Rico. Era muy alto, muy blanco, con una mirada muy triste. Estuvo mirando al techo, luego caminó hasta una de las paredes recién pintadas con cal y le pasó la mano como quien acaricia algo bien cercano. Después avanzó hacia el lugar donde los otros dos hombres trabajadores alzaban el panel central para engarzarlo con uno de los laterales. Intento pasar por detrás de la plancha blanca recostada a una de las esquinas, en el espacio reservado en la parte posterior del stand para guardar cajas y otros utensilios de los expositores, pero las cajas de libros que ella había dejado allí se lo impidieron. Segundos después desapareció por la misma puertecilla.

Llegó a pensar que se trataba de algún trabajador de aseguramiento de la Feria, alguien que tendría que ver con el estado de los pabellones, un inspector de montaje quizás, aunque siguiera llamándole la atención algo raro en su actitud mientras miraba el interior de la celda, y hasta un cierto grado de desesperación cuando las cajas le impidieron el paso hasta la esquina. No era la molestia de quien no puede supervisar bien el trabajo por algún escollo. No. Y hasta puede jurar que creyó ver un nuevo matiz de tristeza en los gestos del hombre, pero finalmente se dijo que ya era demasiada su sensiblería.

Aturdida por los trajines del montaje, por las cajas de sus libros que no aparecían, por las cosas contratadas y pagadas en el momento del

alquiler que tampoco acababan de llegar al stand, más el estupor que le produjeran las casualidades de la desaparición del único libro conflictivo de su colección y de que le hubiera tocado la mismísima celda en la que había estado encerrado su padre, se había olvidado del hombre, hasta el preciso instante en que salió del brindis y decidió pasar por el stand para ver si ya, por fin, le habían dado los toques finales.

Todo estaba a oscuras en el pabellón, salvo el pasillo que comunicaba a las celdas, iluminado por una tenue y amarillenta bombilla de luz incandescente. Respiró profundo, con un alivio casi absoluto, cuando pudo ver entre las sombras los paneles blanquísimos y los estantes, ya engarzados y listos. Incluso habían colocado las dos bombillas que ella pidió, porque la ubicación de aquella celda mantenía el stand a oscuras, según había comprobado esa misma mañana: mientras afuera el sol seguía erosionando las viejas piedras de la fortaleza, allá adentro parecía de noche.

Caminó a tientas hasta el sitio donde le habían dicho estaba el interruptor de la luz y cuando la celda se iluminó, escuchó ruidos de alguien que pisotea apurado cajas o papeles y vio salir al hombre, aún más azorado que ella, que había quedado tiesa y muda del susto, hasta que desapareció por la puertecilla del pasillo, sin atinar siquiera a detenerlo.

Aquello reforzó su estado paranoico. Estuvo hasta casi una hora después revisando cada caja, cada objeto de los que le habían dado, cada papel que no fuera suyo, en el rincón de la esquina, detrás del stand, imaginando cosas horribles. ¿Serían capaces de ponerle algún explosivo?, ¿se trataría, simplemente, de un ladrón?, ¿querrían incriminarla colocándole allí algo que la comprometiera para expulsarla del país?, pensaba mientras la autopista panamericana, las luces del túnel de la bahía y la Habana Vieja, imponente de tanta luminosidad, pasaban fugaces ante sus ojos, ya cansados, desde el asiento trasero del taxi que la regresó al hotel Parque Central, frente por frente a la mencionadísima Acera del Louvre. Y aunque se había propuesto caminar esa noche por el Prado, buscar una experiencia memorable de la que mucho le habló su familia en el exilio, decidió acostarse y tratar de conciliar el sueño. Había sido un día bastante duro y agitado.

Por eso ahora, mientras el silbido del viento sobre las tejas adquiere un sonido metálico, finísimo, y no sabe por qué cree que frío; mientras lo ve venir enfundado en una guayabera muy blanca y apretada, caminando hacia el stand con un paso evidente de guajiro tímido, se dice que es hora de aclarar aquel asunto y se pone de pie para interpelar al hombre que baja la cabeza cuando ve que ella avanza resuelta a su encuentro.

—¿Usted de nuevo? —suelta ella, y apenas escucha el “Perdone, compañera”, casi masticado por el hombre.

—¿Qué debo perdonarle? —sigue ella al ataque—. Explíqueme, a ver si puedo hacerlo.

El hombre se mantiene en silencio, siempre con la cabeza baja, y ella puede percibir en el nerviosismo de sus dedos un estado de confusión que también la hace sentirse confusa. Tan acostumbrada como está a descubrir el peligro, la agresión ajena, y no alcanza a recibir ni una señal en aquellos gestos de azoro y timidez. Finalmente, el hombre alza la vista.

—¿Cree usted en Dios?

Sí, desde niña, quiso decir, pues de buena sangre le venía su veta religiosa, pero se contiene. Algo le dice que no debe ser ella quien responda ni esté a la defensiva.

—Todos somos cristianos, ¿no? —prefiere contestar.

—Entonces entenderá — dice el hombre.

—¿Entender qué?

Era una historia muy larga. Después de preguntarle si tiene algo de tomar, “Agua, aunque sea. Este lugar me mata. Soy asmático, ¿sabe?”, y cuando ya está sentado junto a ella en el stand, con la mochila que traía colocada ahora entre sus pies y bebiendo a sorbos el refresco de cola que ella le ofreció, con una amabilidad que todavía tiene mucho que ver con una calculada estrategia para llegar al fondo de aquello, el hombre le confiesa que iba allí todos los años por esos días, buscaba la celda 23 y justo en aquella esquina donde esta vez habían colocado el espacio para almacenar las cosas, el se tiraba en el piso a rezar.

—Antes era más fácil —dice—. Este pabellón ni siquiera era parte del museo y yo podía colarme hasta aquí y rezar todo el tiempo que quisiera. Desde el año pasado inventaron lo de la feria, y hasta en la misma fecha.

—¿Y para qué rezas?

—Por mi padre.

Eso era. Por eso las maneras de aquel hombre le parecieron extrañas desde el primer momento. Ni siquiera podía imaginarlo tirado en el piso, rezando. Nada tenía que ver su enorme cuerpo, sus largos y nudosos brazos, su espalda anchísima, con esa postura de desamparo que siempre se ve en los que rezan. Aunque quizás sí. Pese a su enormidad y su apariencia de seguridad, era de una timidez aplastante. Y la timidez tiene mucho que ver con la humildad postrada de quien reza.

—¿No te parece de locos venir a rezar así a una celda?

—Me han dicho que sólo así podré encontrarlo —responde.

No entiende. Cree que realmente aquel hombre está loco y se propone empezar a cerrarle el lazo para cortarle la conversación y echarlo, “para colmos, un loco”, piensa, cuando le escucha decir:

—Nos dijeron que su ánima vagaba por aquí. Una leyenda, ¿sabe?

—¿Una leyenda?

—Aquí mataron a muchos —dice—. Hay gente que ha encontrado a los suyos rezando aquí.

—Y tu padre ¿murió en este lugar?

Eso le dijeron. Averiguando supo que había estado en aquella celda, la 23, y que un día lo habían fusilado. Pero nunca vieron el cadáver y desde entonces su madre jura que él volverá.

—Tiene 84 años y hace más de veinte que lo espera —continúa, ahora mirándose las manos, nerviosas, inquietas sobre los muslos—. Dicen que rezas en la fecha de su posible muerte y en sueños el ánima te dice dónde está el cuerpo.

Siente lástima. Aunque el mismo primer día tuvo momentos de sentimentalismo en los que creyó sentir la presencia mágica de los muertos entre aquellos muros, se resiste a pensar que la leyenda pueda ser cierta. No sabe qué la hace sacar un cigarro, prenderlo y ofrecérselo al hombre, que lo toma sin mirarla y le da una fuerte chupada. El humo sale por un costado de su boca y se desvanece lentamente en el aire frío de la celda.

Quizás por arte de magia o por azar a esa hora muy pocos llegan a su stand, aunque los ve pasar por el pasillo y percibe cómo el bullicio inunda los stands de las celdas laterales. No obstante, el tono de la conversación es bajo, calmado, marcada de pronto por una complicidad que siente flotar entre ellos.

—¿Y averiguaste por qué lo fusilaron? —pregunta después que lo ve soltar otra bocanada de humo.

—Es del carajo —responde el hombre—. Como si la vida estuviera riéndose de uno.

—¿Por qué lo dices?

Otra vez el silencio. Lo ve bajar los ojos al piso, tirar la colilla cerca de uno de sus pies y aplastarla con cierta fruición.

—Alguien le escribió a mi madre cuando lo fusilaron. Un oficial, creo. Dijo que descubrió la inocencia del viejo cuando lo tenían en el paredón y le pidieron dijera su último deseo.

—¿Qué dijo?

—Que a él le habían dicho que estaba preso por culpa de la tía, que no sabía qué tía era ni qué había hecho esa cabrona, pero que se cagaba en su madre.

Lo ve bajar la cabeza, como intentando que ella no descubra las lágrimas que ya le ha visto. Siente cómo el hombre traga en seco y respira larga, profundamente.

—En la carta contaba que eso lo dijo el viejo llorando. El oficial se intrigó y empezó a preguntar. No era por la tía. Al viejo lo acusaban de

dar alimentos a los alzados. Le dijeron que estaba preso por ayudar a la CIA y él entendió así. A la verdad que era muy bruto.

¿Otra casualidad? Era posible. Incluso en esta sí creía y podía asegurar que nada ficticio ni malévolo había detrás de aquella historia. En una parte de las memorias que su padre estaba escribiendo, mientras ella las revisaba para la futura edición del libro, había leído algo muy parecido: todo el tiempo que el viejo pasó en la celda 23 con un guajiro bruto que decía estar preso por culpa de la tía, anécdotas que en un instante renacen ante sus ojos, pero nada quiere decir al hombre.

—¿Cuántos días te faltan por rezar? —Pregunta entonces.

—Ayer terminé —dice, ahora mirándola—. Hoy venía a poner estas flores —y saca un ramo de rosas amarillas de su mochila—. ¿No le molesta?

Dice que no con la cabeza y lo ve ponerse de pie y meterse hacia el rincón donde ella lo descubriera la noche anterior. Se ha quedado parada afuera y observa cómo el hombre coloca el ramo en el suelo, justo en la esquina de la celda, y cómo traza una cruz de tiza delante de las flores.

—Muchas gracias, compañera —dice cuando sale y recoge la mochila para colgársela del hombro como un colegial—. Tengo que irme.

El gentío se traga su enormidad y ella queda sola, nuevamente sentada en el stand, donde ahora hay un muchacho, regordete y con cara de universitario, hojeando el libro de cuentos *Paso de los vientos*, de Antonio Benítez Rojo. Aún se siente aturdida, pero decide preguntarle al muchacho si busca algo específico cuando ve regresar al hombre que se acerca otra vez con la cabeza baja.

—Vea usted, compañera —dice—, es que no quiero que me tome por loco, ¿sabe? Es que... el viejo era un buen hombre, ¿sabe?, muy humano, ¿sabe?... y uno no se resigna a que un error joda así la vida de tanta gente, ¿no cree?

Asiente, pero no agrega nada. Sabe que el otro necesita desahogarse.

—Muchas cosas serían distintas si viviera el viejo, ¿sabe?, o si uno pudiera enterrar su cuerpo, ¿no cree usted? Quizás la vieja compruebe que está muerto y se cure, ¿verdad? Porque el viejo era un buen hombre, compañera. No merecía morir así.

No encuentra qué decir. Ni siquiera tiene conciencia de si es o no necesario que diga algo. El hombre, sin embargo, parece convencido de que debe explicarle todo aquello y el nerviosismo de sus gestos le hace ver que no está seguro de haberla hecho entender. No se percata, incluso, de que el gordito universitario lo mira, intrigado, y también escucha sus palabras, todavía con el libro de Benítez Rojo abierto entre las manos.

—¿Y sabe qué es lo más triste? —sigue diciendo, secándose la frente del típico sudor perlado de quien está muy nervioso—. Que nunca se sabrá que era un buen hombre.

Y nuevamente, sin esperar a que ella responda, lo ve dar la espalda y esta vez con mayor celeridad, a grandes zancadas, volver a perderse en el gentío y el bullicio del pasillo.

Ella queda en silencio, de pie, sintiéndose observada a momentos por el muchacho que finge leer el libro de Benítez Rojo. El frío de la celda ha cambiado desde hace un buen rato por un vapor casi asfixiante que la decide a salir para tomar un poco de aire y le hace señas a la hija de Travieso que todavía sigue conversando en la puerta con la señora mayor, al parecer, alguna amiga.

—Voy a tomar una cerveza —le dice, recoge su bolso de mano y sale del pabellón.

Cuando va camino al barcito, en una de las callejuelas cercana a la plaza del cañonazo, pasa por la entrada de la fortaleza y descubre a lo lejos, ya pasando el puente de salida, la mochila de colorines del hombre que camina despacio, volviéndose a momentos para mirar hacia los pabellones a su espalda. “No se preocupe, compadre”, se dice en voz muy baja, “alguna vez se sabrá quién fue su padre. La verdad, al final, siempre se sabe”.

—Una cerveza no —masculla en voz más alta, segura de que nadie la notará hablando sola, y acelera el paso por la calle de adoquines que conduce al barcito.

Cuando se sienta, mientras se acomoda el pelo que el aire ahora agradable y con olor a mar y a piedra húmeda y a musgo le tira sobre la frente, ve venir al mismo camarero que la atendió la tarde anterior, las dos o tres veces que fue hasta allí a tomarse unas cervezas.

—Ponme un doble de Havana Club a la roca, muchacho —dice y sonrío—. Hoy necesito algo fuerte.

La Habana, abril y 2001.

Laura

*Quizás no se llamaba Laura,
pero algo la nombraba de ese modo.*

Puede jurar que tiene el sexo más dulce del mundo y aunque sintió que fingía el placer como la más hábil de las putas, se dijo que pocas veces antes había disfrutado tanto el cuerpo de una mujer.

No tenía unos senos descomunales, ni caderas voluptuosas, ni nalgas desafiantes, y mucho menos un pubis que desbordara de lujuria a quien lo acariciara; todo en ella era diminuto, casi insignificante: hasta sus ojos. Y ella misma, con sus maneras y su modo de hablar y de reír, esas raras veces en que la vio hacerlo, era de una timidez que molestaba.

¿Cómo empezó todo? No recuerda. Entre el marasmo del alcohol y la cerveza que se mezclaron en su cabeza como una droga no puede definir cuál de sus dos colegas, mientras disfrutaban del ambiente fresco por el aire acondicionado y miraban las volutas de humo que subían a estrellarse contra el blanco imperfecto y manchado por la humedad en el techo, soltó de pronto, todavía mascando las palabras que sonaron enredadas: “*hay que ir al teatro, Vigo, no podemos quedar mal con esa gente*”, y que minutos después anduvieran corriendo detrás de un camión que finalmente cogieron: “*vamos, un peso por persona*” y el Vigo que saca tres pesos y lo deja en la mano del hombre que casi al momento grita “*¡para en el teatro, Nene!*” y Nene que frena y ellos se bajan, “*permiso, señores, permiso*” y el teatro que se alza horrible y majestuoso frente a ellos.

Cuando llegan, ya los esperan y encuentran al gordo sentado en una de las mesas y diciendo “*se perdieron lo mejor*” y lo mejor es un mulato y una negra que estaban fajados a cursilerías estilo Pimpinela y Vigo piensa que menos mal que llegaron tarde. Ahora está animando el cantante del grupo que los ha invitado y Hugo, soltando algunas plumas, dice que mejor sigue cantando y deje los pujos porque hay que ser cara de guante estando tan pendejé y tan rico para hacer esos papelazos y La Cagona ríe y el Rolo enseña sus dientes que no dejan dudas de la verdad del cuento de la oscuridad y el negro.

Víctor sonríe: “¿vieron qué bueno es?” y otra vez los dientes del Rolo les descubre su rostro que se acerca a ellos: “¿y la botella de ron?”, para que La Cagona: “¿y la botella de ron, Víctor?” y el Vigo, “¿y la botella de ron, Víctor?” y Hugo recuerde que había apostado a que todo era un cuento y mire, buscando entre las mesas y la oscuridad y la gente, y no vea a Víctor que se ha ido y aparece en un rato con los vasos: “vayan haciendo boca”; llenos de ron los vasos, y él, sonriente, mirando al escenario: “ahora viene lo mejor”, dice.

Hugo, siempre soltando plumas, suelta que el trompeta está como para chuparlo y Rolo asiente y suelta “buen comienzo” cuando el timbal se esparce solitario, en un quejido uniforme, por todas las mesas y se va quedando al fondo cuando entra el tres y la guitarra y las tumbadoras y esa trompeta que suena como tocada por un ángel. “Parece un ángel”, dice el Vigo y Hugo lo corta: “es un ángel... está...” y se besa los dedos y entonces quedan en silencio y escuchan. El son se riega, se va colando entre las mesas como una niebla uniforme que sube desde el piso, conquistando los zapatos lustrados de punteras finas que empiezan a moverse, marcando el compás, las rodillas que sirven de muelle y también marcan el ritmo de la clave, las manos que comienzan a tamborilear primero tímidamente y luego casi en disparpajo sobre las mesas, los hombros que buscan un bamboleo rítmico y esas cabezas que acompañan al cuerpo que ya se estremece todo con la música. “De verdad que son buenos”, repite el Vigo y asienten los tres: La Cagona, que ha dejado sus dolores de barriga de la comelata de estos días, y ahora mira a una rubia flaca y borracha que trata de cantar la letra estropajosamente y de pronto se para a bailar cayéndose de lado, Hugo que sigue mirando al trompetista y dice “si lo cojo, lo mato” y el Rolo que se hace guiños con un mulato que también lo mira desde una mesa cercana sin apenas sentir que la muchacha a su lado le acaricia la mano con esa rara ternura de los recién casados.

El Vigo lo veía todo lleno de estrellitas: su mesa cubierta de luces que trataba de coger y eran los vasos, brillitos que salían de otras mesas y que al fijarse era una temba con espejuelos o un gordo con cara de guajiro que no se quitaba su gorra de la NBA con las letras en dorado o los aretes de las mujeres o los cintos de los hombres que se paraban para ir a la barra o al baño o las camisas fosforescentes de la orquesta, y hasta puede jurar que de momento veía a La Cagona y a Hugo y al Rolo como vestidos con lentejuelas y entonces miraba y descubría que no, mientras los sones se escapaban por las vigas de acero del teatro y se iban a recorrer la ciudad y ellos seguían sentados bebiendo de los vasos que se fueron vaciando y otra vez La Cagona: “¿y la botella, Víctor?”, para que Víctor se parara y volviera otra vez

con los vasos llenos y los hiciera chocar sobre la formica: “*es que no se puede tener botellas en la mesa*”, dice, y nadie le hace caso. El Vigo ahora descubre que la mujer del que mira al Rolo tiene unas orejas preciosas y responde que **no** cuando llega La Cagona invitándolo a que baile con la rubia loca. “*Para loco estoy yo*”, suelta, y ve que La Cagona se pierde entre la gente mientras el Rolo se llega hasta el grupo donde está el mulato que lo ha mirado para invitar a bailar a una de las mulatas que están en la mesa. Cuando termina la pieza regresa: “*es bailarín el tipo*”, dice bajo y Hugo bromea, plumas mediante: “*adivina adivinador*” para que el Rolo suelte: “*no jodas, me lo dijo la mulata*” y que el tipo andaba buscando pincha. “*¿Pincha solamente?*”, insinúa Hugo y Rolo dice “*sí, Hugo, pincha, ¿entiendes?, P-I-N-CH-A*”, deletrea, aunque se nota su deseo de cambiar la **CH** por la **G**.

Vigo no sabe cómo de pronto el Rolo baila con la mulata cerca del bailarín que da vueltas de disco con su mujer que se pega a su esposo enamorada y no descubre lo que él mira: el Rolo que choca sus nalgas con las del tipo y el tipo que lo mira socarronamente y baja los ojos y mira a su mujer que levanta la mirada y sonríe y él también sonríe y la abraza y tapa su cabeza con la mano, a propósito lo hace, se ve a las claras, y aprovecha que su mujer no puede verlo y vuelve a mirar al Rolo y le hace un guiño ahora más descarado.

Mirándolos bailar, el Vigo se ha despejado y tiene la cabeza clara, las cosas no tienen tanto brillo ni le dan vueltas, cuando llega Hugo y secretea: “*el Rolo necesita un favor tuyo*”, y como otras veces se imagina ya durmiendo en la saleta. Fastidiado dice “*está bien*” y se resigna: aquel guiñeteo entre dos machos le olía claro a cama y ya sabía que su cuarto era el único con aire acondicionado, bien libre de mosquitos tipo avispa que anduvieran jodiendo por la noche, como esos que Víctor conocía, ahí en el otro cuarto.

Por eso cuando Hugo le pide que adelante y prepare los cuartos y espere en el de al lado, se dice que esta vez lo jodieron, que para otro viaje tratará de empatar para que ellos sean los jodidos y se caga en la puñetera madre de todas las mujeres por esa resistencia que ponen para irse a la cama con un hombre. ¿Cuántas veces había salido con Hugo y con el Rolo? No recuerda. Y siempre La Cagona y él tenían que perderse para las peores camas porque los otros dos ligaban hombres como moscas, templaban como gallos hasta en los portales y después venían con sus amantes ocasionales a sacarse los jugos recalentados a las habitaciones, mientras ellos alguna que otra rara vez habían podido desquitarse con una buena hembra. ¡Y después dicen que los hombres son los más promiscuos!

En eso piensa cuando siente que la puerta de la sala se cierra, hay un risoteo y después el portazo del otro cuarto y unos pasos que se acercan y Hugo que asoma la cabeza: “*La Cagona se fue con Sara para su casa, ¿ok?*”, y seguido, casi sin respirar, como apurado, “*te traje compañía*”, y lo ve halar suavemente a la muchacha de las orejas *sexys*, “*dice Norge que se la trates con cariño*” y le da un empujoncito para luego cerrar la puerta a sus espaldas. Después, Vigo siente la carrerita hacia el otro cuarto y otra vez un portazo.

La muchacha queda parada junto a la puerta mientras Vigo la mira sin saber qué hacer o decir, sin moverse siquiera, aún con el libro abierto en aquella página donde el Rolo desenredaba algo la madeja de la poesía cubana más reciente y de la que sólo ha podido leer un párrafo, molesto por su incapacidad de conquistar a una de esas putas que en el regreso lo confundían con un extranjero, por sus ropas y sus maneras raras de entrar a la barra del hotel para comprar cigarros. No sabe qué lo hace volver a mirarle las orejas, único lugar que sigue viendo apetecible en aquel cuerpo frágil, semejante a una hebra de hilo en la cual destacan, también únicamente, unas nalguitas paradas y redondas que la saya corta apenas cubre.

Ella, la cabeza algo ladeada, baja, las manos cogidas al frente, frotando una con otra en un gesto continuo y nervioso, arrinconada aún en la esquina que hace la pared y el marco de la puerta, lo mira con unos ojos muy abiertos, temerosos, y hace que el Vigo se diga: “*pobre tipa*” y comience a sacudir las sábanas con los pies para indicarle que se siente, tranquilizarla y decirle que nada pasaría y tratar de explicarle que algunas veces esas cosas suceden, aunque moverse y que ella saltara como un lince desde su rincón fuera la misma cosa y apenas tenga tiempo de ver cuándo se acerca, cómo lo empuja contra la cama y busca bajo la pata del short el miembro de Vigo que sólo al contacto con aquella mano pequeña y de dedos finos se eriza y crece. Lo ve perderse en la boca de la muchacha que succiona y lame y da pequeñas mordidas y se frota los labios con el glande rojísimo que se hunde en su garganta cuando ya ha cerrado los ojos mientras piensa que se había equivocado: “*una puta la muy zorra*” y sonríe de placer creyendo que por fin esta vez nada envidia a La Cagona que ahora mismo quizás fornique a Sara y le abra sus nalgas flacas y blancuzcas repletas de lunares buscando el hueco que ha humedecido con su lengua como también ahora hace esta muchacha con su miembro. Cuando abre los ojos ya ella está desnuda y sigue lamiendo mientras se pasa la mano abierta entre las piernas y respira como un animal agitado y contorsionista para que Vigo piense “*experta la muy puta*” que de pronto suelta el falo que brilla lleno de gotitas de saliva bajo la anémica luz de la

lámpara y se acucillle sobre él y hace que Vigo sienta que su vientre se hunde en una humedad cálida y desesperante y quieta y maternal hasta que ella comienza el frote: caderas sin carnes que rotan, pubis casi ralo que se une a ese otro monte negrísimo, muslos endurecidos ante cada cuclilla ahora que cubre y descubre la columnata que parece reventar de tanta vena y que la hace sofocarse y gritar y bufar y apretarse los senos y morder un grito más fuerte entre sus labios para luego salir, decir “ven” y apoyarse sobre rodillas y manos y esperar a que Vigo la penetre y otra vez ese frote, largo, largo y virarse de pronto frente al Vigo, sentarse entre sus piernas, sobre el miembro y moverse otra vez, fuerte, tan fuerte, que Vigo siente que la rompe, que la quiebra, mientras escucha que grita y cómo bufa y esa mueca-dolor ahí en su rostro y apretarla muy duro: ¡ya!, y eyacula.

La muchacha otra vez se minimiza. Vigo la percibe engurruñándose a su lado y cae de espaldas y mira al techo que luce amarillento con los destellos tristes de la lámpara. Siente que flota. “*Lídice es una mierda*”, piensa, y se dice que con toda su experiencia de cientos de extranjeros y su fuego uterino y su lujuria aquella primera puta de su vida no lo había hecho gozar como esta otra. Ahora comienza a vestirse. Vigo la ve estirar con cuidado cada prenda y sonríe mirándola de espaldas, contemplando el costillar de esa yegua que lo ha cabalgado como nadie: los huesos de sus caderas, la delgadez de sus muslos, y sonriendo se repite que si no fuera por aquel sexo tibio, por aquellas nalgas redondas que caben en sus manos, por las orejas que mordió hasta el hartazgo (si hubiera acordado con otros socios para que figonearan, como otras veces en otros eventos), pudiera alguien pensar que se templaba a un mosquito.

La muchacha deja de acomodar la ropa a los pies de la cama: “¿lo harás otra vez?”, y espera. Vigo la mira fijamente y dice no, moviendo la cabeza y entonces ella se viste en casi un pestañazo y queda sentada en una esquina del colchón, de nuevo frotándose las manos, los ojos asustados, ahora mirando al piso.

Vigo no habla. ¿Qué tenía que ver esa muchacha con aquella que casi lo violaba? ¿Era cierto ese miedo? ¿Ese temor que la hace estremecerse, temblar como una telaraña al viento mientras la mira? ¿Por qué gozaba sabiendo a su marido gozando más allá de esa pared? No lo entendía. ¿Era ciertamente una puta? Tenía que serlo para quedarse tan tranquila ahora que sentía los gritos de su esposo atravesar las paredes y llegar hasta ellos, no percibidos antes porque también gritaban y bufaban y ella le decía esa misma obscenidad que escucha ahora en voz de su hombre y que sólo masculla el que es poseído.

—¿Cómo te llamas? —lo dice para distraerla y que no escuche.

—Laura —responde ella, aunque sigue con la cabeza baja y las manos, frotándose una a la otra, brillantes ya por el sudor que titila con la luz.

Vigo la mira: es muy bella. Tiene el cabello suelto y negrísimo y le cae sobre sus hombros huesudos, descubiertos por el corte de la blusa. Recuerda sus pechos: dos pezones grandísimos que ocupan casi todo el seno y apenas insinúan una elevación breve que ahora se pierde bajo la tela en el mismo sitio adonde ha ido a parar la punta del cabello. Los ojos achinados, casi inexistentes, mustios, vuelven a crecer mientras miran a Vigo.

—Se lo dirás, ¿verdad?

Y él no contesta. ¿Qué puede contestar?

—Decir qué cosa...

—...que te sentiste bien..., aquí, conmigo.

Y tampoco contesta. Laura casi suplica y en sus ojos hay un susto que a Vigo le parece terrible.

—¿Se lo vas a decir? —repite ella—. Que te lo hice bien..., que hasta gozaste.

Y se queda a la espera. Del otro lado, los gritos han cesado y ahora se escuchan risas y palabras y pequeños griticos. Laura baja los ojos. Vigo cree descubrir que eso que brilla en la mano de la muchacha es una lágrima aplastada sobre la piel ligeramente velluda cuando se seca la cara con el dorso.

—¿Es la primera vez?

Su voz ha llegado hasta Laura casi quebrada, tímida y hace que la muchacha aspire las lágrimas y responda que no con la cabeza y vuelva a secarse las mejillas, esta vez con la palma de la mano. Vigo tiene el libro del Rolo entre las piernas. Se ha sentado, aún desnudo, tapado con la sábana el sexo y mirando las páginas sin fijarse en ellas.

—Si llego a saber que te hacía daño...

Quisiera que ella dejara de ser esa y dijera “*no, no importa, gocé como una yegua y quiero más*”, pero no habla. Ni siquiera intenta levantar la vista de sus manos y deja que las lágrimas rueden y entonces se entretiene ampliando la manchita húmeda sobre la tela de su saya o sobre sus muslos.

—Contigo fue distinto.

Y piensa, ahora sí, ya se suelta, va a decir “*quiero más*” y a quitarle ese peso que le ha metido en el pecho esa fragilidad cabrona, esa mierda resignación de puta por destino, de ramera por encargo; a llevarse bien lejos esa imagen de niña desvalida que no busca consuelo y sólo espera. Espera.

—Lo hiciste con ternura.

Y se seca las lágrimas, se para, camina hasta el espejo y se arregla el maquillaje con los dedos y comienza a recogerse el pelo en un gran moño. Luego se vira.

— Se lo dirás o no? —ahora desafiante.

Y él no contesta. Le sostiene la mirada, confuso pero firme, y descubre que Laura, esa que quiso volver a ser la misma que lo violó hace un rato, retadora, liberal, desprejuiciada, se va desplomando desde el fondo de esos ojos abiertos que no aguantan, que empequeñecen lentamente, perdiendo la fiereza fingida que ha esgrimido, hasta volver a posarse sobre los mosaicos blancos del piso.

—Tienes que decirle —en voz muy baja.

Vigo descubre ahora una súplica clara en sus palabras. ¿Qué resuelve con decirlo? Las risas que atravesaban la pared nada tenían que ver con esta tristeza y comenzaba a sentirse mal. Nunca le había gustado ser paño de lágrimas y ahora le parecía que aquella mujer sentía el derecho de convertirlo en su confesor, en el cura que diría *“reza un cojonal de avemarías, una montaña de padrenuestros y serás perdonada y tu maridito volverá a ti para templarte y olvidarse de su afición de ser templado”*, pero algo lo hace mirarla con ternura, esa que ahora se le clava entre pecho y espalda como un trago de acero fundido y lo hace moverse incómodo en la cama y acomodar la almohada contra la pared y recostarse sin dejar de mirar a Laura.

—Cuéntame cómo fue...

— ...¿Cómo fue...?

—La primera vez que hiciste esto.

Queda quieta unos minutos. Traga en seco y Vigo se pone de pie y le sirve un vaso de agua que ella vacía de una vez. Cuando termina, Vigo está de nuevo recostado en la cama.

—¿Se lo vas a decir?

—¿Cómo fue? —insiste Vigo.

La ve tocarse los dedos, nerviosamente, como quien cuenta, y entonces respira profundo y se arregla la blusa sobre los hombros.

—Fue con unos reclutas.

Y deja caer los hombros, casi hundiéndose en el borde de la cama, siempre la mirada en los mosaicos del piso, siempre la cabeza gacha.

—Norge los conoció. Se fue a una alcantarilla con el rubio y me dejó con el otro..., un animal.

—¿Un animal...?

— Era la primera vez que me lo hacían por detrás..., fue como siete veces..., todas por ahí...

—¿Estaba cerca Norge?

—Fue en un marabuzal. Yo siempre en cuatro patas y el tipo ahí, bufando.

Ha estado mirándose la palma de la mano. La abre ante los ojos del Vigo que puede ver un costurón deforme que la atraviesa recorriendo de esquina a esquina la línea de la vida.

—Un recuerdo de esa noche — dice.

Y Vigo siente deseos de tomar esa mano que ella aparta y coloca entre sus piernas encogiéndose como un títere al que cortan los hilos y cae sobre el escenario que es esa cama y ese cuarto y ese Vigo que ahora se extiende la sábana sobre las piernas.

—¿Por qué lo aguantas?

Laura ha quedado quieta. Vigo se ha puesto el libro del Rolo abierto sobre el miembro cubierto por la sábana, que no sabe porqué se contrae cuando mira a los ojos de la muchacha y apenas puede escuchar la voz que sale de ese ovillo inerte que es ella hace un rato y que contempla desde su trono inventado entre cama y pared.

—Se quedó dormido, borracho, en la cabaña, en la luna de miel...

Vigo separa la espalda de la pared para acercarse a ella. Casi no la oye.

—Al otro día me dijo que la luna de miel iba a pasarla con un hombre. Que yo tenía que dormir en el cuarto de al lado.

Se ha corrido un poco para poderla oír y ya está junto a la muchacha que sigue ovillada y moviendo sólo los labios.

—No podía creerle. Soy católica y aquello me parecía un sacrilegio..., nos casamos ante Dios...

—¿...él es católico?

—Desde chiquito, dice... Esa noche se encerró en el otro cuarto. Yo sentía los gritos..., esos mismos —dijo señalando a la pared donde ya sólo se oían risas aisladas—. Por la mañana salió del cuarto con un muchacho alto y bajó a desayunar.

—¿Y al otro día?

—Fue toda la semana.

Una risotada seca llegó desde el otro lado y los hizo mirar hacia la pared unos segundos. Luego bajaron la vista, ella a mirarse nuevamente las manos, él a hojear el libro. ¿En pleno siglo veinte podían pasar estas cosas? Algo tenía que existir que la hiciera soportar todo aquello. Las Penélopes no eran cosa de este siglo y el masoquismo... Porque le parecía masoquismo, aunque nada tuviera que ver esta muchacha con esas mujeres que gozan cuando sus maridos le abofan un ojo o le ponchan un seno a golpes. Dejó de hojear el libro.

—Dios no te permite dejarlo, ¿verdad?

—Nada tiene que ver Dios.

—¿Entonces, por qué...?

—¿Se lo vas a decir? —insiste ella.

Otra vez esa súplica, ese susto en el fondo de sus ojos, esa manera de hacerse diminuta, de encogerse en sí misma, de ovillarse.

—Lo que hablemos aquí, entre los dos...

—¡No!, que te hice gozar como ninguna...

—¿De qué te va a servir?

Mira a todos los lados y a ninguno, estira los hombros hacia atrás, enderezando la columna y luego vuelve a encogerse, se restriega las manos en la saya.

—Me deja si no gozas.

—No entiendo...

—Me prometió dejarme y yo no quiero. Si le dices que yo no me moví, que no te hice gozar, me deja sola.

Vigo ha enrollado el libro y ya lo estruja y le da vueltas sin notarlo entre sus manos, sin dejar de mirar a la muchacha que se ha puesto de pie, aún llorosa.

—¿Lo hacemos otra vez? — dice.

—¿Nunca has gozado?

Y Laura no contesta.

—¿Nunca lo has hecho con Norge?

Y ella dice que no, la vista baja, el moño coronando su cabeza, apuntando hacia el techo que se apaga de pronto y ahora es negro, un gran manto oscurísimo que no los deja verse cuando Vigo apaga la luz y va hacia ella que se ha puesto de pie y ha ido a arrinconarse junto al baño. Vigo la toma de la mano y la lleva hasta la cama y le susurra: *“ahora piensa en tu Norge”*. Hay silencio. Desde el cuarto de al lado nada llega. Vigo zafa ese moño y va estirando cada hebra de pelo entre sus dedos partiendo de la nuca. Una mano recorriendo los cabellos, la otra rozando el cuello hasta los hombros. La siente que se eriza y continúa. Sus manos que bajan desde el hombro hacia la espalda y sueltan los botones de la blusa y acarician la columna hasta el mismo comienzo de las nalgas. Ya desprenden la saya. Luego el bluser. Ya Laura está desnuda. La acuesta bocabajo y con sus dedos va regando una caricia por sus nalgas, después entre sus piernas, luego el muslo que comienza a morder primero afuera, más tarde en la cadera y en las nalgas. La siente estremecerse, removerse y encogerse en un espasmo si su lengua serpea ese camino entre los glúteos. La oye suspirar. Después la vira. Muerde suave su cuello, tras su oreja, la curva de sus hombros, sus pezones, le besa el vientre y acaricia el pubis y finalmente se esconde entre sus piernas. Ya Laura que suspira, saborea, mastica las palabras, se retuerce, respira acelerado hasta que Vigo la siente endurecerse y

estirarse y decir ¡aydiosmíoaydiosmío! y decir ¡ven, ya, ven! y es que Vigo la penetra y la cabalga y luego de una forma y luego otra y después sobre la cómoda, en el piso, de pie y en la pared y ella que llora y ríe y ríe el Vigo y ella grita y habla ¡aydiosmío! y luego llora y ríe y no se paran y es mucho tiempo así, después así, más tarde de esta forma, y de esta otra, siempre juntos los dos, sudando juntos, gritando al mismo tiempo ¡aydiosmío! y sentir que el vacío va llegando.

Laura se corre a un lado, lentamente. Bocarriba los dos, mirando al techo, o a las sombras que arriba serpentean. Él se para y abre las ventanas y la brisa fría de la madrugada trae a su cuerpo una humedad fresca, refrescante. Ella no se ha movido y con la luz de afuera Vigo cree descubrir un brillo en sus mejillas.

—¿Estás llorando? — pregunta, aunque lo sabe.

—No me gusta la lástima... —dice ella.

—No es lástima. Quería que sintieras.

Laura se vira. Vigo le cubre las nalgas con la sábana. Después la ve mirar hacia las ramas de los árboles que asoman por la ventana y siente su voz, otra vez queda, tímida.

—La única vez que lo hicimos fue por atrás —y deja extenderse un silencio que Vigo no rompe—. Cuando se venía, nombraba a un hombre.

El viento arrecia de pronto y hace silbar las hojas de los árboles y Laura se tapa con la sábana hasta los hombros. Vigo va hasta el closet y la cubre con una colcha.

—Hoy hace frío —dice—. Pero si cerramos, nos comen los mosquitos.

Ella agradece en voz baja. Tiene los ojos cerrados y Vigo puede ver el brillo de su pelo negrísimo entre las sombras del cuarto, destellando a ratos con la luz que entra desde las lámparas de neón de la piscina que se ve algo más allá a través de la ventana.

—Dios no tiene nada que ver en esto —dice ella en voz baja—. Dios lo perdona todo. Hasta Norge va a ser perdonado. Yo se lo pido a Dios.

—¿Le has pedido por ti?

—Todos los días. Que me dé fuerzas para seguir amando a Norge como lo amo. No le pido otra cosa.

Se acurruca y aprieta la almohada contra su pecho.

—Tengo frío —dice, y Vigo se acerca a ella y la abraza.

La brisa fría sopla ahora fuerte y mueve las cortinas estampadas de pollitos y flores a los lados de las persianas y el aire huele a lluvia. Laura se acurruca más, casi hasta hacerse un ovillo, y Vigo trata de adaptarse a la forma tomada por su cuerpo para poder abrazarla. Piensa que algo paternal lo une a esa muchacha y queda mirando hacia la ventana, tratando de respirar suave para que Laura se duerma.

—¿Se lo vas a decir? — escucha.

—Sí..., duérmete.

De nuevo el silbido de las hojas de los árboles, las cortinas ondeando hacia el espejo, a un lado de la ventana, el aire frío. Del otro cuarto sólo llega silencio.

—¿Qué le vas a decir? —otra vez ella.

Mantiene los ojos cerrados. Un hombro se le ha descubierto y Vigo vuelve a cubrirla con la sábana y la colcha, casi sin tocarla. Respira antes de contestar.

—Que eres una mujer maravillosa —dice.

La Habana, diciembre y 1996.

Cirios, rostros grises y una flor en la solapa

I

Mi padre ha muerto y no siento deseos de ir a su velorio.

Es sencillo: Un padre puede ser algo así como un animalillo fastidioso que se pasa su vida molestándote y que un día puedes arrojar al rincón más triste de la casa. Quizás alguna araña panzuda de cuenta de sus viejos huesos, pensé entonces.

En un rincón del alma.

Ciro dice desde la puerta *“tu padre ha muerto”* y es como si hubiera dicho *“el tiempo amanecerá tranquilo y habrá frío y posibilidad de chubascos y turbonadas”*. El parte del tiempo es lo más idiota que existe. También es idiota que pretenda hacerme creer que mi padre se ha muerto. Si sus palabras hubieran sido *“tu padre ha decidido morir”*, entonces le creería.

Ciro no lo sabe. No puede saberlo. Para él, vestido de una falsa tristeza que le mancha su uniforme, mi padre está real, efectiva, tácitamente muerto. Es crédulo como todos los policías cuando se enfrentan a la muerte. La credulidad de los policías tiene que ver mucho con el azul de sus uniformes. El paraíso es azul, dicen. El cielo, al menos en su parte visible, es azul. Y al paraíso o al cielo se van los que mueren. O su alma. Habría que determinar si ese cadáver que encuentra un policía es la verdadera víctima o si no es él mismo el amo de toda la culpa de su muerte. Preguntarse si no fueron ellos mismos quienes decidieron apostar por un mundo signado por la cabellera negra de la Parca. Los policías, igual que las viejas chismosas, siempre piensan que los muertos son irremediablemente buenos. *“Tan bueno el pobre”*, mascullan las viejas y se dicen los policías ante el rostro lívido del cadáver.

Ciro es policía. Cree firmemente que la muerte arrebató a mi padre. Hace años Giro fue mi amigo. Mi padre pasaba la mano por su cabeza de greñas duras y decía: *“cará, negrito, igualito a tu padre”*. Y Giro reía, orgulloso. Mi padre lo veía marcharse después de jugar en el patio

conmigo y los otros muchachos del barrio. “*Un trozo de carbón el condenado*”, decía, “*tan burro como su padre*”.

—Apareció ahorcado —dice Ciro. Parece una mancha azul atrapada en el marco carmelita de la puerta.

Entonces le creo.

II

Mi padre colgado por un alambre del cuello, los pies estirados, balanceando sus callos rugosos y prietos, la cabeza tirada a un lado y la lengua saliendo por un costado, como un perro muerto, nada tiene que ver con su persona. Sólo el alambre, las púas del alambre ahora manchadas de sangre coagulada, verifican que es mi padre ese pedazo de carne fría y tiesa que aún cuelga de la viga del techo. La silla que presidía las comidas está tirada de lado cerca de sus pies desnudos, todavía malolientes. Nadie ha notado el detalle. Sólo miran al muerto. Lo bajan y no aparece una pinza para cortar el alambre. Se ha enterrado en su garganta y deja escapar grumos negruzcos de sangre cuando tratan de removerlo. Sólo por el alambre sé que es mi padre ese bulto ante el cual se persigna Amalia cuando lo ve pasar en la camilla. Hay hombres que hasta para morir se son distintos. Otros optarían por el artificio común: una soga nueva, maciza, fuerte, que sólo partiera la nuez de Adán y adiós aire. Los menos buscarían los cables forrados de nylon o plástico: únicamente quedaría la marca fina de la presión en la parte cortada del cuello. Un alambre de púas no es siquiera una opción, salvando el hecho de que nunca aparece en las ciudades.

El alambre cortó y trozó, las púas se hundieron en la carne y los ojos de mi padre se salieron de sus órbitas, felices, siempre verdes. No hay lumbre en el metal. El óxido de días de lluvia y hasta esas trazas de resina vegetal hacen pensar en su inseguro origen: mi padre caminando por una guardarraya, acercándose a la cerca de árboles unidos por cuatro líneas viejas, herrumbrosas, de alambre de púa, sacando una pinza que corta un pedazo y lo desenreda del tronco. De regreso a casa, Amalia habrá de preguntarse qué hacía el viejo Norge, hundido en su impecable guayabera blanca, con un pedazo de alambre sucio en las manos y los ojos llenos de una luz muy rara.

—¿Desde cuándo vive sólo su padre? —pregunta el policía que ha estado hablando con el otro que lleva una bata de médico, abierta y descuidada.

—Desde que vino al mundo —le digo.

La ambulancia se abre paso entre el tumulto. Su sirena se aleja.

Una flor en la solapa

En la foto, rasgada en su misma mitad, aparecen Mamá y mi padre. Ella parece un ángel vestida de blanco. Mi padre tiene los ojos verdes. Sonríe. Ella también sonríe.

Si se mira detenidamente la foto se encontrará un detalle que podrá servir para entender porqué no siento deseos de ir al velorio: mi padre tiene los ojos verdes, ya lo dije. Debo agregar: mi padre tiene los ojos verdes, vacíos.

Un día mi padre regresó a casa con el hueco de un tiro que le había atravesado el hombro. Sangraba. Mamá lloró mientras curaba su herida y él la veía hacer, recriminándola por sus lágrimas. Lloró toda la noche. De madrugada quise verla y me fui de puntillas: la lamparita encendida, el trasero blancuzco de mi padre bajando y subiendo, Mamá con las piernas abiertas, los ojos perdidos en un sitio impreciso del techo, mi padre jadeando, su espalda atravesada por una tira blanca, sangrante allí donde el tiro abrió el agujero, ella callada, mi padre bufando, ella sin dejar de mirar a las vigas, mi padre gritando “*me vengo, cojones*” y quedándose quieto y apartándose, ella secando su entrepierna con el blumer y virándose de lado. Luego la oscuridad.

—Nos vamos a morir—dijo Mamá desde una esquina de la mesa. Mi padre bebía a sorbos el café con leche.

—La vida es sacrificio—respondió mi padre—. Siempre supiste que para mí lo primero es lo otro. Deberían entenderlo.

Le gustaba vestir de blanco. Mamá lo conoció en un baile del pueblo. Llevaba una flor en la solapa que ella conservó dentro de un libro hasta mucho después de su muerte. Los pétalos eran grises cuando abrí aquellas páginas y un olor a cosa muerta, podrida, se regó por todo el cuarto.

Si hubiera mirado la foto detenidamente, quizás podría responder muchas preguntas. Estuvo años encima de la mesita, protegida del tiempo por el grueso cristal. Como un adorno. En las casas no deberían existir adornos. Uno no los mira. Cuando los coloca en el sitio justo que elegimos, allí donde se piensa dará más vida a la casa, no se sabe que alguna vez serán como paredes, que se saben ahí y no se miran. Hay fotos que se colocan para ser miradas en sitios bien visibles y es como si se guardaran en el cajón más seguro. Alguien llega un día diciendo “*¿fue en la boda?*”, y entonces descubrimos su presencia. Debería decir: “*redescubrimos su existencia*”.

Si hubiera mirado la foto detenidamente; si hubiera descubierto ese rostro que sobresale en el fondo, junto a los testigos que miran a los novios; si años después otra vez al lado de mi padre, en las fotos de los periódicos y las noticias de la nueva era, hubiera descubierto aquella misma nariz, aquella misma mirada de ojos leoninos, aquellos mismos gestos altaneros, quedarían respondidas muchas preguntas.

Veía a mi padre en la prensa, escuchaba su nombre en los noticieros radiales, disfrutaba la blancura de sus guayaberas blancas y de sus trajes en los programas de la tele. A veces, alguna noche, sentía sus pasos descalzos rumbo al cuarto de la criada Aurora. A veces, en el desayuno, entre tostadas y jugos de naranja y el eterno vaso de leche cargado de mucho café, sus ojos verdes se clavaban en mi nuca.

—Le echas de menos a tu madre, ¿verdad?

Nunca respondía.

—Yo también la echo de menos —decía—. Era una santa.

Siempre con su guayabera blanca. O sus trajes en los días de grandes eventos. La flor en la solapa.

Lorna encontró la frase en una vieja revista. Salvador Dalí se tensaba sus bigotes y sacaba la lengua. Estaba viejo. Vestía un amplio traje negro que le hacía parecer un monje:

Picasso es un genio,

YO también.

Picasso es comunista

YO tampoco.

—Tiene que ver con nosotros, ¿verdad? —dijo, mirando de medio lado el recorte.

—No mucho —contesté— ¿Lo escribimos a nuestro modo?

—¿Qué pondrías? —preguntó.

Le dicté y quedó colgado en la pared de mi cuarto.

Lorna llegaba por las tardes y Aurora nos servía emparedados de jamón y queso y refrescos de cola o malta con leche. A veces helados. Lorna se desquiciaba con las almendras escondidas en el chocolate y apostábamos al que más hiciera crecer su lomita de almendras rescatadas de aquella crema achocolatada.

Lorna tenía los ojos negros, profundos. Los cabellos negros, lacios, brillosos. El pubis era una pendiente suave de cerdas olorosas y alocadas que se retorció y marcaba el centro justo de su bajo vientre en sus

ataques de epilepsia. “*Por eso te gusto*”, dijo un día, “*no conocerás a nadie que se viene con epilepsia y todo*”. Le encantaba pescar las almendras escondidas en las bolas frías del chocolate, sacándolas finamente con sus dedos pulgar e índice, antes de hacer el amor. El ganador colocaba las almendras en el cuerpo desnudo del otro y comenzaba a morderlas, chuparlas, besarlas.

Creo que ya dije que mi padre tenía los ojos verdes, vacíos. Esa tarde los trajo repletos de rabia. Sentimos su hedor en el pasillo y aún así continuamos lamiéndonos. Lorna maullaba. Confundía mi glande con una enorme almendra y lamía y maullaba. Mi glande se erizaba, ennegrecido, tornándose la almendra que ella degustaba. También yo maullaba.

Para hacer honor a la verdad debo decir que mi padre nunca molestaba. Sentíamos sus pasos de un lado a otro del pasillo. Maullábamos. Oíamos el hedor de su rabia colándose por las rendijas de la puerta cerrada. Maullábamos. Finalmente se escuchaban sus pasos hacia el cuarto de Aurora y después los gritos, los jadeos y un “*me vengo, cojones*”, gritado, alto, atravesando las paredes y llegando a nuestra cama. Entonces hacíamos silencio. La paz comenzaba a inundar como una bruma el espacio antes explosivo de la casa.

Lorna tenía mi almendra en su boca. Yo maullaba. Habíamos sentido los pasos de mi padre en el pasillo. Cesaron de golpe. Las nalgas de Lorna quedaron quietas, abiertas, entre mis manos, hundido mi deseo hasta el último centímetro en su agujero negro mientras mis dedos se perdían en su vagina empapada. Maullaba quedamente. Mi padre bajó las escaleras y retornó al frote, al taladrar incesante sobre aquellas nalgas. Lorna maullaba. “*Ahora sé qué se siente al ser Dios*”, le dije y ella me espetó: “*¡clávame más!*” Y al clavarla, maullaba y se retorció con pequeños griticos.

Lorna tenía mi almendra en su boca cuando mi padre entró. Se podía oler su rabia. Los ojos verdes, aún vacíos, pero llenos de lágrimas.

—¡Puercos de mierda! —gritó—. Respeten esta casa.

La escena detenida. A veces, en las películas, el director detiene la cámara en el rostro de la gente, para lograr una quietud explosiva que enriquezca la trama. Poca gente sabe que esas escenas, casi repetidas, recurrentes, también en la vida pasan.

Luego sus ojos. Vacíos. Húmedos. Dalí sacándole la lengua desde una pared. Los duros trazos de la letra de Lorna, la huella sobre el papel de lo que le dictó la tarde en que encontró el recorte, la negra claridad de mis palabras:

Mi padre no es un genio,
YO también.
Mi padre es comunista
YO tampoco.

III

Dicen que ese hombre más allá del cristal una vez fue mi padre.

Ahora yace extrañamente quieto. Los ojos cerrados. Aurora me dice que ha visto un brillo húmedo en uno de sus ojos. Algo como una lágrima. Sé que no es cierto.

Está canoso. Ese hombre que yace tendido sobre la tela blanca del ataúd nada tiene que ver con el que aparece en la foto de la sala. De pronto entiendo: Nunca pude recordar su rostro. Cuando lo veía en las noticias, un raro halón de la vista me hacía fijarme en sus eternas, limpiísimas, aristocráticas guayaberas blancas. De su cara sólo perfilaba el brillo metálico de sus espejuelos, el destello de algún flash sobre sus cristales.

Aurora señala a las coronas: “¿viste?, *menos mal que se acordaron*”. Una chica, de una redondez dudosa y flores mustias, de rosas de un rojo podrido, oscuro: *A Norge, de sus vecinos, que jamás lo olvidan*. Una bandera de flores: *Norge, la muerte es sólo un paso hacia el pecho eterno de la patria*.

Y los dolientes: ¿él?, ¿Amalia? ¿Aurora? ¿Ciro, el policía? ¿El viejito que siempre fue su pareja en el dominó de la esquina? Las sillas vacías. Una risotada que entra desde el parqueo de las carrozas fúnebres. Los gritos de esas mujeres que velan en la otra capilla a lo que alguna vez fue su padre. Todas las sillas llenas. Gente de pie como en los grandes conciertos.

Y de pronto los versos, ¿por qué los versos? Una voz que me taladra el cerebro:

*Han hecho bien en quitar la bandera de la caja,
porque si está la bandera, no sé, no podría estar.*

—Aurora —le digo. Está llorando. Levanta la vista y puedo ver una nube gris en el fondo de sus ojos—. Por favor, que quiten esa corona.

El país de las sombras largas

Ciro, en su credulidad de policía, cree firmemente que mi padre es un héroe.

Según la psicología, en sus estudios sobre el influjo de la modernidad en el comportamiento del hombre moderno, el suicidio se produce en momentos de obnubilación extrema. Según el diccionario, suicida es *el o la que se mata voluntariamente*. No ha de creerse ni a psicólogos ni a lingüistas.

Si un hombre común, un ciudadano con número de identidad como todos, pero un hombre común al fin y al cabo, sin otras resonancias, se tira en la línea del tren, la gente dice que estaba loco. Si el suicida se encierra en su cocina y abre la llave del gas y es conocido por algunos, pero también con poca o simplemente alguna resonancia, entonces es un pobre diablo. Si es alguien querido, conocido, importante en su entorno, junto a los “qué lástima”, comentan que tuvo los cojones bien grandes y lo rodean de una aureola heroica. Por el contrario, si es alguien notorio, de esos que deciden destinos humanos, que salen a diario en las noticias y siempre son noticia, y se levantan la tapa de los sesos de un magistral pistoletazo, entonces es un cobarde.

Visto de ese modo, ese señor de cara blanca y canas amarillas que duerme bajo ese cristal que se opaca de cuando en cuando con las únicas lágrimas de Aurora, es decir, mi padre, es un cobarde.

—Tu padre está solo —me dijo Aurora, la frente arrugada, las canas cubriéndole a mechones el pelo—. Está viejo y solo.

—Nació solo —contesté.

—Tu padre está solo —me dijo Ciro—. Lo han dejado solo. Aurora vive ahora con sus hijos.

—Se hubiera sentido contento de ser el único hombre en el mundo —dije.

“*Mi padre está solo*”, pensé. Como un esquimal, lo han dejado en su iglú y esperan a que muera. Lo esquimales, se dice en *El país de las sombras largas*, entienden como algo natural que la gente, cuando se hace vieja, se convierte en un estorbo. Al saber que ha muerto, van hasta el iglú apartado de la aldea o hasta la cueva donde ha vivido el difunto, la sellan, y encomiendan el alma del muerto a los espíritus.

“*Tu padre estaba solo*”, dice Lorna. Viste toda de negro. Entró a la capilla y vino a sentarse a mi lado. Tiene los ojos negros, el pelo también negro, lacio, brillante. Le gustaba el jugo de naranja y las tostadas en la mañana, el helado de almendras y chocolate. En el cuartucho adonde fui a vivir cuando mi padre me botó de la casa, donde aún vivo,

no había tostadoras ni heladeras, ni dinero para comprar naranjas, pan y helado. Lorna ya tiene barriga de mujer parida.

—Desde la ida de Aurora —dice—, iba a verlo por las tardes. Me encerraba en tu cuarto y me pedía maullar. Se masturbaba con mis maullidos. Así pagué la comida que alimentó a su nieto todos estos años.

IV

Huele a orine y a flor podrida. Es decir, apesta. En un rincón, en lo que fue un urinario para hombres, se amontonan dos hileras de coronas, dejando libre, justo al centro, el espacio de una taza ahora partida. Flores negras, secas. El piso también cubierto de viejas coronas.

Lorna tiene los ojos negros, profundos. Su pubis es una pendiente de cerdas enredadas. Huele a pescado. La masturbo mirándola a los ojos. Siento su clitoris grande, largo, distinto a la pepita casi invisible de aquellos años. Cierra los ojos. “*¡Mírame!*”, le digo y vuelve a abrirlos. Siento que se viene. Mis dedos se embarran de una pasta caliente que se endurece en unos segundos como el almidón. Entonces se arrodilla. Sus manos hurgan, bajan mi cremallera y de nuevo su boca aprisiona la almendra violácea que muerde y lame mientras ronronea. La aparto bruscamente. Sus ojos. El asombro. Mi mano apretando un glande que escurre su jugo sobre las coronas del piso.

Lorna entra en el urinario, se acomoda entre las dos hileras de coronas y me abre sus nalgas. Su agujero negro esparce sus lazos y me atrapa. Coloco el glande sobre la abertura oscura y empujo y siento que me hundo. Mis dedos buscan su vagina empapada y también hallan fondo. La taladro. Lorna maulla y afuera alguien pregunta qué pasa, porque está cerrado el baño de los hombres. El hedor me excita. Flor podrida. Orine. Pescado. Semen. “*¡Clávame fuerte!*”, y la clavo. Maulla. La clavo. Un maullido largo. La clavo y me aprieto contra ella. Maulla. “*Oigan, qué coño está pasando*”. Me vengo. Los toques en la puerta. Lorna que se estremece, maullando. “*Me vengo, coño*”, dice, y hay espuma en su boca. Se estremece. Su boca. Sus ojos que se viran. Me desclavo. Un espasmo. Lorna que cae al piso, convulsiona. La puerta: “*¡abran ahí!*”. La espuma. Un alarido de Lorna. Mi glande bota el semen. Lorna tiembla. La sujeto. La espuma de su boca. Un alarido. *¡Abran!* La lengua... se la traga. La patada en la puerta. Las coronas que caen. Mi mano tras su lengua. *¡Abran!*: otra patada. Mi cuerpo sobre Lorna. No le suelto la lengua. *¡Abran, carajo!*. ¡Mierda!, suelto: Y es Lorna que me muerde. Mi cuerpo sobre el suyo. Mi mano ahí en su boca. Mis dedos en su lengua. Las convulsiones. *¡Abran!*... La puerta que se abre.

Cirios, rostros grises

Ciro, en su credulidad de policía, piensa que me ayuda haciéndose responsable. Sus colegas se han marchado detrás de la ambulancia que se ha llevado a Lorna. En sus ojos descubrí su deseo de meterme en una celda. Primero retiré la bandera, ahora esto. ¿No me daba vergüenza? Mi padre, el héroe, donde quiera que estuviera, seguro había oído el escándalo. La gritería de Lorna en el baño mientras la clavaba. Siento ganas de decirle que si lo hubiera oído realmente, ahora se estaría masturbando. Estoy tentado de pedirle que destape la caja para que vea las manchas de semen en la tela de la tapa, allí, adonde apunta el rabo de mi padre.

Por primera vez en toda la mañana, la capilla está repleta de curiosos. Tienen los rostros grises, los ojos brillosos, burlones. El ataúd de mi padre permanece aislado, olvidado, en el mismo rincón adonde lo pusieron los funerarios. Cuatro simulacros de cirios velan el féretro. Los presentes me miran. Mascullan en voz baja. Aurora otra vez se ha ido a llorar junto al cadáver y nadie la mira. Amalia dormita en un sillón con la boca abierta y nadie la mira. Ciro clava los ojos en la lycra apretada de una conserje que ahora limpia el baño de los hombres. Nadie lo mira.

Un tufo a pescado muerto sube desde mis manos. Huelo mis dedos. Es el olor de la vagina de Lorna. Fuerte. Insistente. Siento los dedos como si hubiera comido un helado y me los hubiera embarrado: Pegajosos.

—Dame un cigarro —le digo a Ciro.

Aspiro el humo y el olor a pescado se aleja. La gente me mira y masculla. Amalia llora quedamente junto al ataúd. A las diez lo entierran.

V

En la foto, Mamá y mi padre parecen decir que se amarán para siempre.

Si se mira la foto detenidamente podrá observarse que mi padre tiene los ojos verdes, vacíos. Debiera decir además que Mamá está contenta. Sería injusto olvidar que mi padre también sonrío.

Los dos sepultureros bajan el ataúd al hueco. Aurora deja caer una flor que arranca de la corona. Amalia reza en voz baja y Ciro me pasa el brazo sobre los hombros, compasivamente.

Ciro, en su credulidad de policía, sigue creyendo que mi padre es un héroe. Cuando tiro sobre el ataúd la foto donde Mamá y mi padre parecen jurarse amor eterno, me mira intrigado. La foto va cayendo len-

tamente, flotando en su trayectoria, y se cuela hacia el féretro húmedo, negro y casi podrido que hay al lado del ataúd donde yace mi padre. Un sepulturero se desliza por el hueco, los pies a los costados de la caja, y se va a inclinar para colocar la foto donde entendió que yo hubiera querido.

—Déjela donde está —lo detengo—. Ese es el sitio que Dios le dio.

Abandonamos el cementerio: Ciro de bastón de Amalia, Aurora siempre a mi lado, el compañero de juegos de mi padre caminando de último. Un carro de cristales oscuros entró por el portón cuando salíamos. Frenó lentamente a pocos metros de la tumba de mi padre. Ciro, Aurora y yo nos detuvimos a mirarlo. Dos hombres se bajaron. Traían la bandera de flores y la colocaron, parada, hermosa, sobre la tapa de la sepultura.

Ciro me miró y bajé la vista. Quiso volver. Había un brillo raro en el fondo de sus ojos. Lo agarré por un brazo.

—¡Déjalos! —le dije—. De todos modos, ellos le deben ese homenaje.

El humo de las chimeneas de las fábricas ennegrecían el cielo. Una capa uniforme de nubarrones oscuros, grises, sepultaba todo el azul. Un aire húmedo se arremolinaba y levantaba las hojas de las calles del cementerio mientras salíamos a la ciudad.

En la foto, ahora cobijada bajo la tierra por un calor ajeno, Mamá y mi padre juraban amarse para el resto de sus vidas. Si se mira detenidamente la foto podría decirse que mi padre tenía los ojos verdes, vacíos. Podría entenderse también que Mamá estaba muy feliz. De cualquier modo, la felicidad es algo tan fugaz que a veces resulta un secreto eterno para los que, a pesar de que siempre se dice lo contrario, aún creen en ella.

La Habana, septiembre y 1998.

Una dama de negro, los autos, las gaviotas...

A Sarai... su historia.

Vestía de negro y tenía los ojos verdes más hermosos que he visto. Me detuve a mirarla. A esa hora de la tarde, mientras el sol se hundía lentamente en el horizonte, anegando el mar de un tibio color dorado, el malecón comenzaba a poblarse de quienes nada tenían que hacer en una ciudad donde nada hay que hacer. Es decir, se llenaba de gente. Y quizás por ello, acostumbrado a mis ya usuales carreras desde la fortaleza de La Punta hasta la altura del Hotel Nacional, en un trote diario sosegado que me permitía entrar en contacto con aquella fauna humana, fue mayor la impresión de verla allí, parada frente al muro, mirando al mar y lanzando a las olas más cercanas, con gestos que me parecieron escandalosamente teatrales, unos papeles garabateados por una letrilla diminuta que logré distinguir desde donde fui a sentarme para poder observarla mejor, intrigado.

“Una hermosa mujer”, me dije, y observé bajo su saya negra el contorno perfecto de las nalgas. Pude ver sus piernas también perfectas. Y aprovechando que a ella sólo le importaba lanzar aquellos papeles hacia el mar, dueña de una mágica precisión que colocó cada hoja arrugada sobre la cresta de las olas, pude detener mis ojos en sus senos regios, como dos pequeñas colinas redondeadas, bajo el oscuro manto de la blusa.

Era joven. Y me empezaba a preguntar qué carajo hacía una muchacha tan bella aplastada bajo tanto luto, cuando vi el grupo de negritos que salía de uno de los solares del otro lado de la avenida, atravesaba a la carrera la doble vía, esquivando los carros con una ligereza evidentemente aprendida día tras día, y llegaba hasta ella. “¡Loca, loca!”, le gritaban, intentando distraer su atención, haciéndole la rueda, empujándola a veces contra el muro, hasta que dio la vuelta y se paró frente a ellos, con una mirada glacial, vacía, absurdamente triste, que me congeló de sólo mirarla.

Fue entonces que vi sus ojos, verdísimos, raros, como de gata en la más negra oscuridad.

También los negritos se congelaron. Dejaron de gritar y rompieron el círculo para verla abandonar el muro y caminar hacia la avenida, en

silencio, enigmática, y quedaron como yo, aturcidos, cuando dijo, acariciando al paso la cabeza del más sucio de todos ellos, “¡qué Dios los bendiga!”, bajo, triste.

Pasé todo el día pensando en la mujer. Me seguían sus ojos. La soledad de mi cuarto se me antojó enorme y me impedía concentrarme, como otros días de mi rutina ya gastada, en la lectura del último libro que me traje desde España, o en la fabricación de nuevos matices con las tintas que mi amigo Noa, también pintor, me trajera de Suiza en su viaje más reciente. Mucho menos logré cocinar algo que valiera la pena y tuve que conformarme con freír un par de huevos y echar mano al pan viejo de tres días que dormía su siesta, ya ácido y esponjoso, en una jaba de nylon sobre la nevera.

“Ponte a pintar, Don Juan”, me dije, y repetí en voz alta: “a pintar, Alonso”, y me hundí otra vez en aquel cuadro donde quise pintar un ánima sola flotando sobre el mar. Quería escaparme. De algo necesitaba escapar, mas no sabía, y comencé a regar la pintura sobre el cuadro, allí, donde el mar quieto lamía como una bestia milenaria la arena de la orilla. Se fue armando la mujer, vestida de negro, y las gaviotas, y al fondo unos autos perdidos que pasaban hacia algún sitio desconocido.

Descubrí su rostro entre la niebla. Lo fui sacando a la luz, pincelada a pincelada, y volví a congelarme con la imagen que obtuve: allí estaba su busto sensual, sus caderas de guitarra moldeando el vestido negro, sus pies diminutos, descalzos, mojados por una ola que detuve sobre sus dedos; allí estaba la mujer, los pómulos blancos, la frente altiva, el cabello negrísimo flotando sobre el lienzo, batido por esa brisa invisible que también rizaba las olas del mar y alisaba, en el cielo y sobre las aguas, las plumas de las pequeñas gaviotas. Y sus ojos, vacíos. Las cuencas de sus ojos vacías, como una calavera.

No lograba pintarla. Estuve un par de horas mirando aquel rostro y sentí que algo faltaba, que esta vez mi pericia de fisonomista, mi entrenada percepción que me permitía recordar cualquier cara, “émulo de un Da Vinci”, me jactaba ante mis amigos, por alguna razón desconocida me estaba jugando una mala pasada. “¿Qué coño te pasa, Alonso?”, me pregunté, en alta voz. “Píntale unos ojos y no jodas más”, respondí. Pero no pude. Una voz me susurraba desde la sangre que pintarle otros ojos, no los suyos, los que Dios había amasado para ella, sería el más grande sacrilegio.

Sobre las dos de la madrugada, cansado de hurgar en el recuerdo buscando la perfección verdísima de aquellos ojos, solté el pincel y me fui a dormir.

VOLVÍ A VERLA UN MES DESPUÉS, cuando pensaba que tendría que tirar el cuadro a un rincón: las cuencas vacías de la mujer sobre el óleo le transmitían al resto de las imágenes capturadas en la tela una tonalidad más que mustia, mortuoria. Y por eso casi salto, como un niño que encuentra un juguete perdido tiempo atrás, cuando el trote me llevó, siempre siguiendo la ruta sinuosa del malecón, a la altura del Hotel Nacional, y allí estaba, otra vez parada frente al mar rabiosamente azul, otra vez lanzando sobre las olas unos papeles manuscritos.

Estuve semanas buscándola. Invariablemente, mientras me ponía el mono deportivo y seleccionaba entre los cassettes las grabaciones de Enya, que tanto me gustaban para acompañar aquel ejercicio diario, estuve diciéndome, tarde tras tarde, “hoy voy a encontrarla”, pero sobre el muro, o abajo, en los arrecifes, me topaba sólo con esas especies ya conocidas por mí, que seguro me miraban como yo a ellos, igual que se contempla, indolente, despreocupado, una especie distinta, nada peligrosa: negros jineteros que se pavoneaban con sus putas ante los turistas que observaban, boquiabiertos, la destrucción de la ciudad; vendedores ambulantes “vaya, maní”, “su rosita de maíz aquí”, “compra el caramelo a tu niño, papá”, “abanicos de cartón, su airecito rico”; músicos frustrados que graznaban ante el mar, guitarra destartada en mano, melodías nostálgicas de cuando La Habana era la ciudad de los mafiosos yanquis, las putas y el bolero; niños que se tiraban de cabeza hacia las aguas profundas de la costa, compitiendo en el clavado más perfecto, siempre gritones, despreocupados; parejas que iban a besarse, casi sentados unos sobre otros, con el desparpajo natural de la juventud; borrachos que consumían un ron malo que se olía desde lejos y me miraban con sus ojos cargados de sangre y alcohol, como bestias drogadas.

—Viene siempre el 23 —me dijo una mujer, ya vieja, tan pelada que parecía calva, cuando me vio detener el trote y sentarme sobre el muro, la mirada fija en la vestida de negro.

—¿El 23? —dejé escapar.

—El 23 de cada mes, niño —le oí decir, también mirando a la muchacha, que terminó de tirar sus papeles y quedó unos segundos hablándole al horizonte—. Ya me he acostumbrado a verla. Viene, suelta al mar sus papeles y luego se va.

—¿Por qué lo hace? —dije, aunque lo que tenía en mente era preguntar: ¿por qué viste de negro?, ¿es luto?

—Sólo Dios sabe, niño —me respondió, sacó un pomito de medicina y se dio un trago. Supe que era ron: el vaho del alcohol casi me golpeó el rostro, apestoso, fuerte.

EL SOLAR ESTABA en lo que años atrás debió ser la mansión de alguna familia rica de la *high* habanera. Seguía siendo hermosa, imponente, y a pesar de la suciedad de sus paredes frontales y balcones, de las grietas visibles en las columnas laterales del edificio, y de las montañas de escombros que se acumulaban a un costado del enorme portalón de madera de la entrada, sentí que destilaba hacia mí el aura de una antiquísima alcuña, que parecía sobrevivir, flotando, incólume, sobre aquella carcaza en cuyo interior descubrí una imagen dantesca: cuartuchos alineados en dos plantas en torno a lo que obviamente fue un jardín central y ya era sólo un fanguizal donde jugaban, sucios pero felices, algunos niños, que escandalizaban bajo el aguacero; un oscuro baño colectivo justo a la entrada, que lanzaba a todos, como dardos, desde su solitaria letrina, manchada de sarro y rajada en la base, un hedor rancio a mierda y orín; en un espacio libre al fondo, un cuadrado de viejas tablas de madera y cabillas de acero, unidas con alambre, encerraban un enorme cerdo que parecía ser lo único limpio en aquel lugar: blanca su piel, como lustrada, gruñía feliz.

—Vive al lado del puerco, al fondo —me dijo un negro viejo, apenas sin despegar los labios, ni mover un músculo del asiento improvisado en la escalera de mármol de la entrada, que conducía a la segunda planta.

Uno de los negritos que había visto la primera vez burlándose de la muchacha, me dijo que él sabía dónde vivía.

—Es un solar que se llama Villa Hermosa, ahí en la calle Industria —y bajó los ojos al dólar que puse en sus manos por la información.

Y todavía parado frente a la puerta del cuartucho de la muchacha, sin saber cómo carajo decirle que estaba allí para verle sus ojos, me preguntaba qué cerebro sádico le había puesto Villa Hermosa a esa cuartería indigente.

Toqué, dudoso, con suavidad, y luego de unos pasos que sentí acercarse a la puerta, pude ver el rostro perfecto de la muchacha.

—¿Qué se le ofrece? —dijo.

—Vine a ver sus ojos —solté, porque fue lo único que me vino a la mente.

Entonces sonrió.

TAMPOCO ESA NOCHE logré pintar sus ojos. Miraba el cuadro y no entendía cómo cuadraba esa sonrisa que permanecía anclada, como un pendón de victoria, en mi cerebro, con la profunda desolación que encontré en sus ojos verdes. Me jodía no entenderlo. Y una y otra vez me hundí en las imágenes del cuadro: la muchacha, las gaviotas, los autos,

los escasos pinos de la playa, la arena, el agua azulísima del mar, el cielo... bien lejanos todos de tamaña tristeza.

—¿Cómo se llama el cuadro? —preguntó.

—Una dama de negro, los autos, las gaviotas —dije, y pareció gustarle.

—Ah, siempre el mar —murmuró.

El mar en Cuba es distinto a otras partes, quizás único. Siempre lo he pensado. Nada tiene que ver con las aguas frías de los mares del Norte, por ejemplo, en esa Gijón apacible y nórdica que cada año visito; ni tampoco se parece a la acuosa planicie domesticada del Mediterráneo, como en esas otras aguas que he visto en Barcelona; y mucho menos puede compararse con la manta asfixiante y oscura que forma el océano en aquella muralla de agua que vi alzarse frente a Viña del Mar, en Chile. Acá es un regalo de Dios, aunque algunos excéntricos, como Virgilio Piñera, se la hayan pasado asfixiados, así decían, por la maldita circunstancia del agua por todas partes. Yo amo ese mar. Y me lleno de él cada día, mientras corro por el malecón donde conocí a esta muchacha que, sus ojos clavados en mí, casi susurra.

—Yo odio el mar, ¿sabe? —y se hundió en el silencio.

Respeté su silencio. Observé su pelo negrísimo, suelto, cubriéndole parte del rostro. Y otra vez me dije que no la poseía la tristeza; ella era la tristeza.

—Mi padre adoraba el mar —dijo.

Y ella lo veía salir en su yate, allá, en la bahía de Cienfuegos, y regresar en las tardes. “Un día no volvió”. Y su voz se hizo un hilo, un sonido apenas perceptible con la gritería de los niños, jugando afuera.

—Esos papeles... —me atreví a decir—. Los que tiras al mar...

—¿Te has preguntado por qué para los cubanos el mar es cárcel y libertad a un mismo tiempo? —fue la respuesta.

Jamás lo había pensado. Un día descubrí que mi manera de ir a sentarme al malecón era distinta. Sobre el muro pensaba. Miraba al infinito azul y pensaba en Puerto Rico, España, México y desviaba la vista hacia el rumbo por donde sabía se encontraban esos sitios. El mar era eso: un río pequeñísimo que podía saltarse y que yo saltaba cada año dos o tres veces. Más allá del mar había un mundo lleno de tantas mierdas y tantas luces como las mierdas y las luces que pululaban en esta isleta.

—No es como abuelita dice, Claudia —le oí decir un día a un hombre que paseaba con una niña rubia, de unos cinco años—. El paraíso no está en el cielo... mira —y señaló al horizonte—, el paraíso está allá.

Recordé ese día y asentí. La vi sostenerme la mirada y luego bajar los ojos a mirarse las manos, finas, blanquísimas, con las uñas pintadas

de negro, como sus ropas. Sólo entonces noté que en una esquina, empotrado en la pared, un closet sin puertas permitía ver varios vestidos, todos negros.

—Escapar de la cárcel —dijo entonces, como hablándose a sí misma—. Mi esposo quería escapar.

Ya lo había notado. Sobre la mesita de centro, frente a las dos únicas butacas, donde estábamos sentados, una fotografía encerrada en un marco de madera pulida, enseñaba la sonrisa de la muchacha, abrazada a alguien, que también sonreía a la cámara mientras le halaba, con suavidad paternal, la oreja a un niño de tres años.

—Se fueron en el noventa y cuatro —dijo—. En una balsa que él mismo armó ahí, en los arrecifes, frente al Hotel Nacional.

Un hermano que vivía en Miami lo iba a recoger en su lancha, cuando estuvieran mar afuera, “por eso lo dejé irse con el niño”, y ella los vio alejarse y se quedó sobre el muro hasta que se convirtieron en un punto y luego desaparecieron. El mar era una nata azul, tranquila, seductora.

—Mi madre estaba ingresada, con cáncer —siguió diciendo, cada vez menos audible—. Por eso le dije que me iría luego, cuando él volviera a buscarme.

Su madre murió un mes después.

—DESDE ESA VEZ, LO ESPERA —me contó la mujer—. La pobre..., está loca.

Y entonces comprendí tal irrupción: “Sarai, Celeste quiere verte”, había dicho la gorda, al descubrir mi presencia, y quedó parada en la puerta hasta que la muchacha salió al pasillo y caminó hacia un cuarto cercano.

—Tratamos de que no hable de esa tragedia —dijo—. La tenemos siempre entretenida y lo único que no hemos podido quitarle es eso —y señaló hacia el cuadro, sobre la mesita.

Intenté pintar y no pude. Otra vez quedé frente al lienzo, con las palabras de la gorda nublándolo todo: “cada 23 se va al malecón y le tira esos papeles”. Me tiré en el piso y volví a mirar las imágenes: la silueta caprichosa de la costa, la arena y sus matices de humedad, los pinos y las yerbas cercanas, los autos detenidos en la temporalidad del lienzo, las gaviotas, la muchacha, de negro, sus cuencas vacías, como de calavera.

—Son cartas que le escribe —explicó la gorda.

“Y él las recibe, según ella”, me dijo, y hasta les aseguraba a todos que algún día él vendría a buscarla, la esperaría en el yate, mar afuera, “y escaparían a la libertad, juntos, ella, su marido y el niño”.

Cuando salí del solar, en lo más alto, donde habían grabado muchos años atrás el frontispicio, rescatando las letras de entre la mugre y el hollín, pude leer “Villa Hermosa”. Y sonreí.

MI HERMANA NORA VINO a limpiar la casa, como todos los sábados. Trajo el pan para el desayuno y me despertó: “tengo un chisme”, dijo, y aseguró que “después los escritores dicen que la vida no es una novela”. Intenté concentrarme. Había estado despierto casi hasta las cinco, la madrugada entera, intentando pintar aquellos ojos. Sin remedio.

Jamás volví a encontrarla. Un viaje a España y los trajines de la próxima exposición personal me alejaron de los trotes diarios en el malecón. El cuadro esperaba. De tiempo en tiempo lo sacaba del rincón donde guardaba otros proyectos y trataba de buscar una solución para aquellos vacíos. No quería ni mirar: las cuencas de los ojos de alguien tan hermoso como aquella dama de negro sobre el lienzo me transmitían ese mismo vacío, y con el paso de los meses fui resistiéndome a retomar el lienzo, intentando resignarme a la idea de que sería otro más de esos muchos proyectos que se quedaban inconclusos por razones siempre incomprensibles.

—Apareció una muchacha flotando en la bahía —dijo Nora.

Y un hincón terminó de despertarme. Me paré de la cama y caminé resuelto hasta la cocina, donde mi hermana preparaba el desayuno, en esa costumbre maternal de todos los sábados: “para crear hay que alimentarse, Alonso”, repetía siempre, incluso con las palabras y la voz de mi madre.

—¿Una muchacha? —quise saber.

—Me lo contó Elizet, la del Instituto del Libro, que vive por esa zona —me dijo.

Y que se trataba de alguien muy conocida en el malecón, “una loca de esas tantas que hay por La Habana”. Vestía siempre de negro, “y le dijo a unos niños que el marido la mandó a buscar, se tiró en el agua y empezó a nadar mar adentro”.

Desde donde estaba, pude ver el cuadro. No sería exagerado decir que sentí que el cuadro me miraba.

—Sírveme el desayuno —dije—. Me siento enseguida.

Abrí el caballete y lo colgué. Volví a mirar el lienzo: la muchacha, las gaviotas, los autos, los escasos pinos de la playa, la arena, el agua azulísima del mar, el cielo... todo luminoso de pronto, sin tristeza. Y comencé a pintar, muy lentamente. Y el pincel se escapaba, delineaba, dueño de una rarísima agilidad, poseído, y alumbraba las zonas oscuras de aquella escena: las crestas de las olas, blanquísimas, puras; las agujas de los pinos, tersas, refulgentes; la pintura de los autos, lustrosa,

como encerada; las alas de las gaviotas, centelleantes, cegadoras... y los ojos. Logré ver los ojos. Verdísimos, raros, como de gata en la más negra oscuridad. Y pinté. Sonriendo.

—Ya eres libre, Sarai —dije.

La Habana, junio y 2005.

Una pesadilla tan gris como la muerte

No todo el mundo calza su dignidad intacta.
Felicia Hernández Lorenzo

Soñó que se arrancaba los hilillos de la máscara y la tiraba sobre la yerba. Respiró mucho mejor. El aire batía en su rostro blanquecino y el sol lo cegó de momento. Cerró los ojos ante el golpe de luz, que le pareció el agujonazo de un cuchillo finísimo en la cabeza, para luego irlos entreabriendo despacio, muy lentamente, hasta que dejó de sentir molestia y logró precisar el paisaje: una extensa llanura verde sembrada de girasoles que apuntaban hacia el cielo, azulísimo, manchado de nubes algodonosas. Olía a lluvia. Y sintió el rumoreo acompasado de las gotas estrellándose contra las yerbas y los girasoles y los arbustos de diminutas hojillas con olor a menta. Vio avanzar la cortina de agua naciendo del horizonte, lanzándose hacia la tierra desde una gruesa muralla de nubes negras que una brisa fuerte y húmeda empujaba hacia él, y se dejó abrazar por el aguacero con la frente levantada hacia la inmensidad todavía azul en aquellos sitios que los nubarrones no habían conquistado.

Tras la lluvia, el aroma a tierra mojada; un efluvio grato que se había perdido en los recovecos de su memoria, y le hacía olvidar que alguna vez, allá en su infancia, le gustaba arrebujarse en las sábanas, en las noches de tormenta, para buscar en el viento que se colaba en la casa por las rendijas de los techos, esa emanación dulzona mezcla de polvo humedecido, tierra anegada en agua y monte limpio. Descubrió tiempo después que el musgo olía igual, y siempre, como si sus raicillas casi invisibles se empeñaran en guardar aquella fragancia para liberarla en las próximas lluvias.

Se sintió feliz. Libre. Extraña y amargamente libre. Entre la niebla del sueño pudo precisar que casi se le cuarteaba el pecho, igual que se raja la tierra con la sequía, bajo los golpetazos de su corazón. Le dio miedo. Un miedo terrible y supo que miraba, desesperado, con un terror desconocido, hacia todos los rincones dónde alcanzara su vista. Necesitaba saber. Quería saber si estaban allí. Y jura que escuchó pasos que se acercaban: una marcha rítmica que se le antojó fúnebre, como si fuera su propia ceremonia de muerte.

Abrió los ojos. La máscara estaba en el lugar de siempre: colgada junto a la puerta de salida de su cuarto. Respiró profundo y sonrió ante la certeza de que todo había sido una pesadilla. Se lo dijo en voz alta para terminar de convencerse: “fue una pesadilla, carajo”, y se despegó sobre la cama. Afuera llovía.

—Por eso soñé ese disparate —volvió a decirse.

En los últimos tiempos aquello le pasaba: algo de la vida afuera, en la ciudad, de la naturaleza casi siempre, accionaba un resorte oculto en su cerebro y le clavaba esas horrorosas pesadillas. Despertaba molesto, con un asqueroso sabor metálico en la boca y la cabeza anegada como de una tormenta de humo o arena o no sabe, que le impedía pensar. El miedo lo venció. Estuvo a punto de ir a un siquiatra, pero lo detuvo un detalle en apariencias simple: tendría que confesar aquellas pesadillas y dudaba de la tan cacareada privacidad de las consultas. ¿Quién le aseguraba que su falta no sería comentada por el siquiatra? ¿Podría convencer a alguien de que sus pesadillas eran solamente eso, pesadillas? “De eso nada, Gaspar”, se dijo entonces, “los tiempos que corren no están para ingenuidades”. Y decidió callarse.

Le preocupaba, sin embargo, que las primeras pesadillas hubieran sido grises, con la misma materia neblinosa de la bruma, de modo que ni exprimiéndose el último grano del cerebro lograba atrapar una imagen. Había soñado, estaba seguro, pero no podía acordarse absolutamente de nada. Y eso lo tranquilizaba. Una vez que se hundía en la rutina de la cotidianidad: las cosas de la casa, el trabajo, el transporte hacia los lugares de la ciudad donde desarrollaba su vida, todo quedaba olvidado y no volvía a molestarle hasta la aparición de una nueva pesadilla.

Pero esa última había sido distinta. Recordaba hasta los más insignificantes detalles, como aquel de la abeja posada sobre una margarita, libando de la corola amarilla, o el de las hormigas que arrastraban pedazos de un saltamontes a la lomilla que anunciaba, a un costado de su pie derecho, la entrada al hormiguero. También el olor. Todavía cree sentir el aroma de la tierra mojada. E incluso percibe los estremecimientos del terror que le aflojó las piernas y el bajo vientre.

—¡Al trabajo, Gaspar! —se dice, quizás para detener el nuevo estallido de los temblores.

Retira la máscara de diario del portamáscaras de madera preciosa africana que compró hace unos meses en una feria de artesanías, le pasa el paño de seda que utiliza para limpiarla todas las mañanas y se la ajusta sobre la cara, amarrándose los hilillos detrás de la nuca. Acaricia, pensativo, la máscara familiar, que cuelga junto a la de las actividades sociales y sólo entonces descubre que hoy no ha sentido la algarabía de siempre al otro lado de la puerta: “ya Serena debe haber llevado a

los niños hasta la parada del bus escolar”, piensa, y se lamenta por no haberse despedido de ellos.

Serena ya había servido el desayuno, igual que cada mañana, cuando él fue a sentarse a la mesa del comedor. Se veía hermosa. No sabe porqué nota en sus gestos una sensualidad renovada, cercana a esa aureola que lo atrajo hacia ella casi veinte años atrás, cuando la conoció en un desfile de máscaras considerado histórico desde entonces por los millones de personas que congregó en las calles y por el vuelco que dio a la historia de la nación. “El amor de mi vida llegó junto con la Luz y la Verdad”, se jactaba, en tono que gravitaba entre lo patriótico y lo cursi, sintiendo un orgullo casi asfixiante, sobre todo cuando lo decía delante de su suegro, precisamente uno de esos que habían prometido Luz y Verdad para todos. Su hija, su amantísima hija Serena, había brotado de las pocas semillas que le dejara un torturador de la tiranía que impuso la Sombra y la Mentira: le habían arrancado uno de sus dos testículos, de modo que a ella no le quedó otro remedio que empollar en el sobreviviente y echar a correr desde allí hasta el vientre de su madre en alguna de las muchas cópulas furtivas de las noches aisladas en que aparecía el padre, quizás tomando un breve descanso en los brazos de su esposa para continuar en unas horas construyendo los nuevos tiempos. Y quizás por ese esfuerzo que hizo el espíritu aún nonato de Serena para ver el mundo resultó una mujer hermosísima, de sensualidad inusual, sexualidad aplastante e inteligencia fuera de lo común para la época.

Cuando ella viene a darle el beso de todas las mañanas, con la taza de café humeando entre sus manos, y se inclina para rozar los labios de madera de su máscara contra la mejilla en la máscara de su esposo, en ese sonido ¡ras! tenue, casi apagado, pero conocidísimo de tan usual, descubre en la caverna de sus ojos una luz de desparpajo que le encabrita la sangre y le hace sentir un escalofrío agradable en las entrepiernas. Otras veces lo ha sentido. Por aquellos días le echaba de menos, especialmente desde que Lucila, su hija mayor, cayó enferma de una de las tantas epidemias de alergia que abundaban desde el lejanísimo día en que se impusieron las máscaras. Y se estremece. Se le ablanda el mundo de sólo pensar que quizás deba inventar algo que justifique su llegada tarde hoy al trabajo, aprovechando que sus hijos no están y que la casa ha quedado sola para ellos.

La atrae hacia él y la sienta en sus piernas, y con sus manos empieza a acariciar los muslos de esa mujer que sigue viendo con el mismo apetito de hace veinte años, cuando se fascinó ante su pelo negrísimo, que escapaba en mechones rebeldes, lujuriosos, de la máscara que el Estado había distribuido para usar específicamente en la Gran Marcha. Siente que se estremece. Puede escuchar el erizamiento de sus vellos,

percibir la erección de sus pezones color fresa madura, y va a deslizar su mano hacia ese sitio donde puede oler un seductor aroma de marisco y llovizna sobre el mar, cuando ella lo detiene. “Ya sabes que acá está prohibido”, dice, y la ve ponerse de pie y alejarse moviendo sus nalgas duras, compactas como dos oteros. “Respira profundo, Gaspar, respira profundo”, se dice, y va hasta su cuarto. Cuelga la máscara del diario y se ajusta a la cara una que saca de la gaveta, antes de cerrar la puerta a sus espaldas para ir a la habitación de su esposa.

Cuando llega, Serena lo espera desnuda, tapada hasta el cuello, sonriente, rodeada de ese halo de sensualidad e inocencia que le hace perder todas sus fuerzas de hombre y convertirse en el niño que sueña con seguir naciendo de ese vientre que adivina bajo la transparencia de las sábanas. Se ha puesto la máscara que siempre ha usado para estas ocasiones, desde aquella noche luego de la boda. Una máscara de polietileno transparente, similar a la que él lleva ahora, regalo de su suegro el día del casamiento, que se le pega a la cara con una perfección increíble, como si un orfebre la hubiera fabricado justo para ella. Gaspar disfruta otra vez sus rasgos de diosa: los pómulos redondos, su nariz aguileña, sus cejas y párpados tan negros como su pelo, sus labios reales, carne viva, palpitante, como un animal que espera.

Se cuela bajo la sábana, el calor de esa piel anegando de brumas seductoramente sus sentidos, aturdiéndolo, liberando la celda del animal que gravita en su sangre. Adora a esta mujer. La amó desde siempre, aún allá cuando en su niñez soñó con alguien para tener hijos y un hogar; un ser especial venido de otro planeta o colocado por Dios en una de las veredas de su vida. Le muerde los labios. ¿Cuántas veces ha mordido esos labios, como si pretendiera recobrar todo ese otro tiempo en que se esconden detrás de la máscara de diario? No lo sabe. Puede explicarse, se dice entonces, el susto de Adán y Eva en la mordida a la manzana: un susto pecador pero hermoso, poseedor de una libertad tormentosa, afrodisíaca, y se deja llevar por esos besos, ya sabe adónde.

Las olas del mar se estrellaban suavemente contra su pecho, la arena bajo sus pies, los dedos disfrutando la caricia múltiple de los granos como cangrejillos minúsculos, casi imperceptibles, las corrientes del agua escurriéndose entre sus muslos. Y las gaviotas, el graznido desordenado de las gaviotas. Y una pareja de novios desnudos sobre la arena, haciendo el amor con una placidez escalofriante, como si fueran dueños de toda la paz del Universo y estuvieran solos bajo el cielo, únicamente ellos dos y el mar y la brisa y las gaviotas y las montañas

bañando sus faldas verdes en las aguas inquietas de la costa. Miró a todos lados buscando las miradas. Aguzó el oído intentando escuchar los pasos marciales, fúnebres que anunciarían el fin de aquella falta descomunal. Pero los novios se amaban. Libres. Desnudos. Y los jadeos de la muchacha, que abrazaba la espalda del novio con sus piernas mientras él la penetraba y la besaba, le llegaron mezclados con el murmullo crepitante de las olas sobre la orilla, el graznido de esas aves negras y blancas que planeaban arriba, a poca altura, y los silbidos ululantes del viento al enredarse en los árboles de las montañas cercanas.

Sintió la paz. Hundió su cuerpo en las aguas hasta el cuello y se dejó inundar por esa aureola blanquísima, angelical, de paz que emanaba desde los novios.

No llevaban máscara. Desde lejos, cuando los descubrió mientras nadaba, disfrutando de una libertad ignota, lejos de la orilla, se dijo que la falta estaba en hacer el amor allí, a la vista de cualquiera, olvidando las rígidas estipulaciones de la sociedad, pero que seguro llevaban puesta la máscara establecida para facilitar actos como aquellos.

Mas estaban desnudos. Totalmente desnudos. Y se estremeció de terror cuando descubrió junto a las ropas las máscaras de diario de los novios, tiradas sobre la arena con absoluto descuido, y no en la posición en que indicaban las convenciones.

Sintió miedo. Un frío en el estómago que le fue subiendo hasta el pecho y se le encajó en el corazón y casi lo asfixia. “Están locos”, se dijo. Y solo entonces comenzó a sentir los ojos, los pasos marciales que brotaban desde todos los sitios.

Despertó sudoroso, llorando, y levantó los ojos al techo para saber que ya estaba libre de la pesadilla. Creyó seguir preso. Se tiró de la cama de un salto y se lanzó hacia la puerta, para abrirla de golpe sin ponerse la máscara. La tranquilidad de la casa hundida en la madrugada lo devolvió a su cordura. Y al terror. ¿Qué habría pasado si alguien de su familia lo veía allí, sin la máscara familiar? ¿Estarían Serena, Lucila y Jaimito dispuestos a denunciarlo ante los Marchantes, como estaba establecido en la Sagrada Legislación? No puede olvidar la tarde en que Serena entró a la sala, cargada de bultos de una compra, y se tiró en el sofá con la desilusión rodeándola como un manto oscuro. Estuvo en silencio unos minutos que le parecieron larguísimo, aún cuando insistió en preguntar qué había pasado.

—¿No has encendido la tele? —dijo ella, y lo vio negar con un gesto.

—Están anunciando una máscara nueva —agregó.

Uno de los Capacitados, elegidos por la misma gente para representarlos ante la Gran Asamblea, había sugerido una nueva máscara “pues

resulta preocupante que la gente esté unificada en la Gran Construcción Social y cuando llegue a sus casas se pronuncie en contra de lo que sucede afuera”, dijo el hombre ante el Plenario. Todos miraron al Maestro de la Luz y la Verdad que asentía con la luminosidad del agrado iluminando su rostro barbado, y sólo entonces estalló el aplauso.

—Pero establecer una máscara única para la vida íntima de las personas es una violación de los derechos —aclaró el Maestro, con su voz ronca y parsimoniosa, como de bestia prehistórica, y propuso dejar a la elección de cada persona la máscara que usaría cuando estuviera en la intimidad de su familia.

Pero había que usar máscara. Violar ese precepto se castigaba con la Orden del Suicidio: el infractor debía despedirse de su familia, encerrarse en su cuarto, escribir un discurso donde se arrepintiera ante su falta, y suicidarse del modo que le pareciera mejor. El discurso sería leído luego del entierro, en asambleas multitudinarias, ante todos aquellos que conocieran al desobediente.

—La única condición es que deben ser máscaras grises, el color de la cordura —precisó el Maestro.

¿Cómo había empezado todo? Nadie recuerda. Gaspar escuchó de su abuelo una vieja historia donde los Emisarios de la Luz y la Verdad derrotaban al Dueño de la Sombra y la Mentira, un dictadorzuelo que había mantenido a la nación sumida en la sangre y el terror por siete largos y siniestros años. La cara arrugada del abuelo se le aparece todavía, siempre que piensa en esas cosas, escondido en la soledad de su cuarto, y lo escucha decir que la algarabía del triunfo fue felicidad, la felicidad fue el inicio de la libertad, la libertad dio paso al libertinaje y el libertinaje permitió la aparición de las primeras máscaras: “Se hace necesario encauzar los esfuerzos de la nación para defender nuestras conquistas”, decía el Maestro de la Luz y la Verdad, y alguien sugirió que la forma mejor de unificar a la gente era el uso de la máscara. Batían aires democráticos y, como todo, aquella idea debía ser llevada ante la Gran Asamblea. Y fue llevada. El rictus en la boca del abuelo se mueve en su memoria y le trae el recuerdo de nuevas palabras: “se hizo primero a modo de experimento”, le escuchó.

Y la ciudad se inundó con las primeras máscaras: rostros ocultos que hablaban igual, pensaban igual, miraban la vida con una máscara idéntica que se fue propagando, creciendo, ganando nuevos y nuevos adeptos. “Era lindo usar aquellas máscaras”, confesó su abuelo, “a través del hueco de los ojos uno lograba ver hermosa y pura una sociedad horrenda y asquerosa”.

En esa misma Asamblea —poco después de que se estableciera la obligatoriedad del uso de la Máscara de Diario—, bien lo recuerda,

quedó establecida la Separación de Habitáculos. Ni las parejas, ni los hermanos; nadie, sin importar vínculo de sangre o de otro tipo, estaba autorizado a dormir acompañado. La Gran Obra de Choque del siglo había sido esa: construir, modificar, crear nuevos espacios en las casas existentes y en los nuevos edificios, de modo que cada miembro de la familia tuviera su propio cuarto: un espacio vital, íntimo, acondicionado a su gusto y capricho, que debía ser respetado por los demás, y en el cual solamente podría dormir su dueño.

Siente el chirriar metálico del gozne de la puerta y sale de sus meditaciones. Ha descubierto que puede pensar mientras finge leer el periódico. Lo dejan tranquilo, a solas, como si el único periódico oficial, LA SUPREMA VERDAD, estirado allí, entre sus manos, se convirtiera en un muro que lo separaba de los demás, alejando las preguntas siempre libertinas e inocentes de Jaimito, su hijo de cinco años; las consultas sobre los límites de lo permisible socialmente en cuanto a la moda de su hija Lucila y las quejas de Serena ante cualquier problema casero. Ha sido un logro. Un descubrimiento casi perfecto que le permite reflexionar sobre esos raros sueños sin que nadie imagine siquiera lo que pasa allá adentro, bajo sus incipientes canas.

Ve entrar a Jaimito con una raqueta de tenis y le sonríe cuando pasa hacia el cuarto. También él debe tener esos raros sueños. Una noche lo supuso: escuchó sus gritos, de terror. Tocó a la puerta: “¿pasa algo, hijo?”. Y le oyó responder que nada, una araña se había colado por la ventana del balcón. Odiaba las arañas. Desde pequeño las odiaba. Y les temía. Pero había llegado a sacar fuerzas de su odio y su miedo para lograr aplastarlas. “¿Ya la mataste?”, quiso saber. “Sí, papá... ya estoy limpiando el piso”. Aunque no sabe, pero algo extraño le hizo pensar que aquellos gritos de Jaimito resultaban idénticos a los que se escapan de su garganta cuando se cortan las imágenes de la pesadilla, justo en el momento en que empieza a sentir los pasos de la marcha fúnebre.

Lo más preocupante de sus sueños, se dice, además de ese eufórico disfrute de una libertad tentadora, que mucho se parece a la libertad aquella que mencionaba las historias del abuelo, era que nunca llevaba máscara. Su rostro desnudo al viento lo seducía. Lo limpiaba de sus miedos. De todos sus miedos. “Y hasta creo sentir que la sangre corre más alegre, más viva”, piensa, y otea por encima del periódico hacia la cocina, donde Jaimito engulle el frugal almuerzo de todos los mediodías. Sabe que a esa hora la misma escena se repite en todas las casas de la nación ante el mismo plato, comprado a precios módicos cada mañana en las bodegas gracias al Gran Esfuerzo Nacional por paliar el hambre y la escasez.

¿Tendría Jaimito, en la lucidez de su inocencia, alguna reflexión sobre las pesadillas que lo hacían gritar? Si no las tenía, ¿qué razones lo llevaban a callarse la boca ante sus padres y no confesar que padecía horribles sueños?

—Tú tienes la culpa, Gaspar —se dice en voz muy baja, aunque vuelve a levantar la vista hacia la cocina, para cerciorarse de que nadie lo ha escuchado.

El tenía la culpa. No puede olvidarlo. Jaimito vino hasta el cuarto de los trastos viejos, donde él hacía una de las limpiezas semestrales, para enseñarle “mi nuevo invento, papá”, dijo esa vez. Se dio la vuelta y Gaspar lo vio quitarse la máscara familiar, tirarla en el piso y ponerse algo en la cara. Cuando se puso de frente hacia él, quedó pasmado del susto y el asombro. Una nueva máscara. Jaimito se había construido una máscara. Bellísima, radiante, pintada con un azul celeste donde volaban pájaros desconocidos y mariposas de luminosos colores. Un vahído que le clavó un vacío amargo en el pecho lo obligó a sentarse. No pudo evitarlo: aquella máscara le transmitía una sensación de libertad similar a esa que vivía en sus pesadillas y tal certeza lo lanzó nuevamente al más indefinible terror. ¿Qué pasaría con ellos si alguien descubría tamaña falta en su hijo? Las convenciones eran claras: a cuenta de que los niños no tienen responsabilidad penal, según leyes internacionales que la nación decía respetar, toda la familia recibiría la Orden de Suicidio. Una vez consumado éste, la casa sería barrida con buldózers y sobre el terreno que ocupaba edificarían una pequeña plaza para actos públicos oficiales. “Aplastar la desobediencia con manifestaciones de la Unidad”, había dicho el Maestro. Solamente al pensar en aquella falta, se dio cuenta de algo que había permanecido oculto a sus ojos hasta ese mismo instante: las pequeñas plazas para actos públicos oficiales ya eran numerosas, y crecían.

Estaban solos. Fue hacia la ventana de la cocina, justo desde donde podía verse aquella parte de la casa, la cerró y regresó junto a su hijo. “Ven”, le dijo, haciéndole una seña para que se sentara sobre una de sus piernas, igual que lo hacía desde que Jaimito tuvo uso de razón cada vez que necesitaba decirle algo muy serio.

—Intentaré convencer a tu madre para que te deje usar *esa* máscara —le dijo, haciendo énfasis en la palabra “esa”—. Pero tú debes jurarme que cuando salgas a la calle te pondrás la del diario, que no usarás esta máscara jamás donde alguien pueda verte, ni le contarás a nadie que te la hiciste y que nosotros te dejamos usarla, ¿entendido?

Lo vio asentir con una mueca en la cara que creyó se debía al deseo de sonreír y a la vergüenza que siempre sentía cuando su padre lo regañaba.

—¿Qué te he dicho que eres tú para nosotros? —agregó.

—Lo más importante en el Mundo —respondió el niño.

—Y yo sé que nosotros somos lo más importante para ti —le dijo entonces, y acarició el mechón de pelo que caía sobre la frente de su hijo—. Este será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Jaimito.

Lo aturden los cláxons, los ruidos, el rugir de los autos que ruedan veloces por las avenidas, el murmullo compacto que forma las palabras de quienes pasan. La ciudad entera parece un viejo esqueleto crepitante, escandaloso adefesio de edificios y plazas y parques y calles y semáforos y gente con la única virtud de producir ruidos, sonidos, rumores, detonaciones, bullas, gritos, golpeteos. Todo menos silencio. Y el humo de las altísimas chimeneas de las fábricas. El vapor escapando de las cocinas en los miles de restaurantes. Las aguas albañales musitando su escapada hacia las alcantarillas, en ese gorgoteo que arrastra la basura y el polvo y la mugre regada por aceras y cloacas. El hedor cálido y dulzón de las mierdas de los perros callejeros. El ácido fermento de los tachos de basura aireándose a la noche y al solano. El sudor y los olores de la gente. Y la gente. Y la gente. Pasando. Siempre. Pasando.

Pero los ve felices. Plenos. Con esa plenitud que sólo da la alegría de vivir. Y le asalta la pregunta: ¿y esa felicidad?, ¿y esa alegría? Y no puede responderse. Sería mejor decir: no se atreve a responderse.

Lo descubre como de una bofetada, casi al azar; cuando una mu-chacha de ojos azules y cabellos dorados le sonríe al pasar cerca. No lleva máscara. Y eso lo estremece. Mira a los demás rostros y los nota radiantes, transparentes. Tampoco llevan máscaras. Y el miedo lo ciega. Mueve la cabeza a todos lados, nervioso, sin que nadie lo note, aunque todos pasan junto a él, y conversan, y rien. Bien sabe lo que busca: los ojos, “esos” ojos. Bien sabe lo que de pronto temen escuchar sus oídos: el paso de la marcha fúnebre, “esos pasos”. Pero no escucha nada.

Y se echa a caminar, como todos, perdiéndose en ese manto que se le antoja de una luminosidad encendida. “La vida es bella”, dice a un anciano que lo saluda desde un banco. Y siente deseos de gritar: “La vida es bella”. Y entonces grita: “¡La vida es bella!”, y percibe que el eco se riega por toda la ciudad, por toda la nación, por el Universo todo. “La vida es bella”, vuelve a decirse, ya calmado, mientras se tira en el césped de un parque inmenso. Y llora.

Despierta llorando. El sabor amargo de las lágrimas se le ha clavado en la nuez de Adán y escupe al piso, asqueado, como intentando sacarse con la saliva hasta el último indicio de la pesadilla. Afuera hay silencio. La casa, a esta hora, debe estar hundida en la soledad de la tarde y así está cuando sale. Va a descolgar la máscara familiar, pero lanza su mirada hacia las habitaciones vacías y se dice que no vale la pena. Va a sentarse al sofá. Se estira hacia atrás, abriendo los brazos, respira profundo y por primera vez en muchos años se siente dueño de ese sitio donde ya ha pasado más de la mitad de su vida.

No soporta los deseos de orinar y se pone en pie. Recorre el pasillo lentamente, disfrutando cada adorno, cada planta, cada cuadro, cada cortina, sin la neblinosa interferencia de la máscara. Se asombra de no haber sentido el terror de cada día: la posibilidad de que unos ojos estén mirando, de que unos pasos marciales y fúnebres vengan a cobrar la falta. “¿Esta es la libertad?”, se dice, y abre la puerta del baño.

Lucila, desnuda, también sin la máscara familiar, está parada frente al espejo. Se ha quedado embelesada, con esa rigidez mortuoria de las estatuas antiguas. Gaspar la mira. Muchas veces, desde niña, ha visto a su hija desnuda, pero ahora la ve más hermosa, estruendosamente hermosa.

—¡Cúbrete! —le ordena.

Y la muchacha se enfunda en la bata de casa de flores azules y blancas y se agacha para ponerse la máscara familiar que está tirada en una esquina, junto al cajón de la ropa sucia.

—¡La máscara no! —le dice.

Y observa cómo su hija lo mira con el susto y el asombro mezclados en su cara de rasgos perfectos: una verdadera diosa. “Como su madre”, piensa. Sólo entonces nota que ella ha descubierto lo que el miedo le ha impedido ver: su padre tampoco lleva máscara. Gaspar le sonríe. Se acerca a ella y la abraza, y por los escalofríos que erizan los brazos de Lucila sabe que su hija se siente perdonada, que su sensibilidad de mujer ha despertado al fin, aletargada desde su mismo nacimiento, bajo un descubrimiento íntimo que quizás tenía lugar allí, tarde tras tarde. Se siente feliz de haberle abierto ésa y quién sabe cuántas puertas más a su Lucila. La toma por los cachetes, y la mira.

—Eres tan hermosa como tu madre —le dice.

“Será nuestro secreto”, murmura y nota que ya es la tercera vez que ha dicho esas mismas palabras: hace un tiempo a Jaimito, en la tarde a Lucila, y ahora, mientras la noche gravita sobre la ciudad, a Serena.

—Ya no usaremos máscaras en casa —le dice al oído, y comienza a desatar el hilillo que une la máscara que ella se pone cuando hacen el amor.

Lo esperó desnuda, como todas las veces desde que se conocieron, tapada hasta el cuello, sonriente, rodeada de ese halo de sensualidad e inocencia que le hace perder todas sus fuerzas de hombre y convertirse en el niño que sueña con seguir naciendo de ese vientre que se resignó a adivinar todos estos años bajo la transparencia de las sábanas. El la observó desde la puerta abierta, gracias a las sombras de la madrugada deambulando por el resto de las habitaciones de la casa y a la seguridad de que Lucila y Jaimito dormían, tal vez felices por primera vez, soñando sin miedos con una pradera de margaritas y girasoles, con una playa donde unos amantes hacen el amor, con una ciudad llena de ruidos y gente tan feliz como ellos.

Serena llevaba puesta esa máscara que él ahora retira. Siente que tiembla. Y algo le dice que no es por el miedo a los ojos, a los pasos; es por algo distinto: ha esperado por este momento desde siempre, casi una eternidad. Disfruta otra vez sus rasgos de diosa y va pasando sus dedos sobre los pómulos redondos, por su nariz aguileña, sus cejas y párpados tan negros como su pelo, por sus labios reales, carne viva, palpitante, como animal que espera.

—Tenía miedo decírtelo, Gaspar —le escucha decir—. Desde niña detesto las máscaras.

Y siente cómo se mueve bajo la sábana y lo atrae hacia ella con una devoción inusitada. No se resiste a que los muslos de su mujer lo atenacen, que sus pies pequeños se crucen en su espalda mientras él la penetra y se deja arrastrar por el calor de esa piel que esta vez destierra con una fosforescencia cálida, mágica, las brumas que le embotan los sentidos, aturdiéndolo aún más que antes, cegándolo con un fulgor que cree celestial, liberando la celda del animal que gravita en su sangre. Se dice que adora a esta mujer. Y eso murmura en sus oídos: “te adoro, Serena”, y ya no le parece cursi como si la voz naciera desde su sangre misma, desde un sitio remoto en su memoria que le recuerda que la amó incluso en su niñez, cuando soñó con alguien para tener hijos y un hogar y envejecer bajo la paz de una pasión compartida; un ser especial venido de otro planeta o colocado por Dios en una de las veredas de su vida, ya no le importa, porque sabe que ella existe y está allí, llamándolo hacia un territorio del mundo donde existen ellos dos, únicamente ellos. Le muerde los labios. ¿Cuántas veces ha mordido esos labios, como si pretendiera recobrar todo ese otro tiempo en que se escondían detrás de la máscara de diario? No lo sabe. Puede explicarse, se dice entonces, el susto de Adán y Eva en la mordida a la manzana: un susto pecador pero hermoso, poseedor de una libertad tormentosa, afrodisíaca, y se deja llevar por esos besos, ya sabe adónde: la pradera verdísima de girasoles apuntando hacia el sol; la playa donde unos novios se hacen el amor

rabiosa, alocadamente; la ciudad atestada de ruidos y gente tan felices como ellos dos, e igual de libres.

Afuera llueve. Los truenos aplacan sus gritos de placer mientras sus cuerpos se descubren vibrando bajo la luminosidad fugaz de los relámpagos que se cuelan en la habitación por los altos vitrales. Aún así logran escuchar: los pasos, marciales pasos, una letanía monótona de pasos, como de marcha fúnebre. A pesar de los truenos y el cántico tenaz del aguacero sobre los techos de la ciudad saben que se acercan. Ya nada les importa.

Berlín, mayo y 2008.

Los Cronopios, las putas y un ruinoso Café en el París de entonces.

A Sylvia Iparraguirre y Abelardo Castillo.

Había que pensar en Bébé Rocamadour. Era gordo. Muy gordo y Hcabezón, y usaba unas viejas pantuflas y tacos para las orejas porque, decía, los ruidos del mundo no lo dejaban dormir. Se enredaba una bufanda rota alrededor del cuello, orgulloso de que la había robado de una de las habitaciones del Museo del Greco, en Toledo.

Ahora estaba sentado con la punta de las nalgas en una de las sillas de hierro. Llovía afuera y París había dejado de ser una fiesta de luces para encharcarse y tener los tonos tristes de un cuadro de Van Gogh: los colores de la ciudad, a esa hora de la noche, parecían chorrearse y perderse en el agua sucia que se colaba hacia los tragantes de las aceras. Hacía frío. Bébé Rocamadour castañeteó los dientes sin darse cuenta y La Maga se cambió de silla para sentarse a su lado y pasarle el brazo por encima de los hombros, protector, mirando a los demás, como orgulloso de cumplir a cabalidad con sus funciones sentimentales.

—Cuando tiene frío se acurruca en mis costillas —nos dice, y realmente vemos que el gordo se encoge, tiritando de frío, y se pega a La Maga, abrazándola como lo haría un niño.

La Maga es enorme. Cuando la vimos aparecer bajo las primeras gotas gruesas de la lluvia nos pareció cómica su carrerita afeminada, el movimiento lento de sus grandes extremidades, sus patas enormes apretadas en unos tacones altísimos que la hacían trastabillar y dar trompicones mientras corría, su pelo largo todo mojado chorreándole el agua hacia el sobretodo negro, en las espaldas.

—Parece un elefante con tacones —dijo Edmundo y reímos.

Un elefante con tacones. No había otras palabras. Esa era la imagen justa que dejaba a primera vista La Maga, una idea de majestuosidad escandalosa, aunque se desvaneciera todo cuando empezara a hablarle, peleando, a los otros tres, con una vocecilla de rata asustada que nos hizo estallar a carcajadas y que, a fin de cuentas, fue lo que provocó que ahora estemos en esta mesa, conversando de muchas cosas que ni imaginamos allá, bajo la Torre Eiffel, acabados de llegar de Madrid, donde nos encontramos los cuatro, invitados al Primer Congreso de Nuevos

Narradores Hispánicos, en la Casa de América. Cuatro jinetes de un apocalipsis de ron y canciones y ron y lecturas y ron y cacerías de las muchachas escritoras que asistían al Congreso, apostadores todos de quién se llevaba a la mejor de todas, a la Eva Bodened, LA GRAN EVA, como comenzamos a nombrarla, poco después de que el machismo latinoamericano sufriera cuatro derrotas ante la belleza de aquella narradora que, cosa rara, era muy hermosa y escribía bien: una combinación que en muy escasas ocasiones se podía disfrutar.

—No sé porqué maldita razón las escritoras o son lesbianas o son horrorosas —dijo el Gordo Francisco y se vació una jarra de cerveza de un trago largo y sin respirar.

Estábamos en un barcito pequeño, a un costado de la Puerta de Alcalá, y de algún modo andábamos celebrando nuestra derrota, sin saber que allí surgiría la idea de irnos de farra a París, para brindar con “Havana Club, colegas, el mejor ron del mundo”, sobre la mismísima tumba de Cortázar y a la salud del alma eterna del argentino. Tampoco imaginamos que dos horas después, justo cuando se clausurara el Congreso, bastó un intercambio de miradas para salir hacia el Hotel, hacer las maletas, decididos a comprobar por cuenta propia si París seguía siendo aquella fiesta innombrable que alguna vez Hemingway había bautizado.

Ahora Gregorovius y Olivera sorbían de la misma copa una cola dietética “que no queremos perder la figura como estas dos”, dijeron señalando a Bebé Rocamadour y a La Maga, cuando les preguntamos qué preferían tomar. Cada uno halaba el líquido negruzco con un absorbente, uniendo las cabezas y lanzándose risillas maliciosas cada vez que sus caras también se juntaban, dirigiéndonos miraditas furtivas, al estilo de las viejas putas. Gregorovius vestía una sayita de cuero negro y unos botines, también negros, pero como de piel. Olivera se había aparecido con la cabeza cubierta por una pamelita rosada con vuelos de encaje blanco imitando plumas y tenía los labios pintados de negro y el marbelline corrido alrededor de los ojos. Reía escandalosamente, con unas carcajadas estridentes que obligaba a todos los que escampaban en el café a mirarnos, seguro preguntándose qué hacían aquellos tipos con pinta de latinos junto a esos travestis patéticos y de fachas ridiculísimas.

Habíamos llegado a París esa misma mañana, del modo en que nos pareció mejor para conocer una parte de España, Andorra y Francia: por carretera, de terminal en terminal y hasta, haciendo autostop, en la camioneta despintada y que roncaba como una vieja locomotora de unos rockeros que se pasaron el camino retratándose con nosotros cuando le dijimos que éramos escritores, “para la posteridad, fieras”, nos dijeron,

que ellos también llegarían a ser importantes y llenarían los estadios con sus fans y recordarían el día en que todavía eran pobres y eran jóvenes y se encontraron con unos escritorzos “de los grandes, de esos que venden en las librerías del Corte Inglés” y pueden darse el lujo de perder el tiempo conociendo por carretera “un país tan aburrido como este”, y contarían que hasta nos habían recomendado un hotelucho baratísimo en las afueras, en donde dejamos las maletas antes de irnos al primer lugar que queríamos visitar: la Torre Eiffel.

Había un mundo de gente. Y llovía mucho, como ahora. Pudimos subir. Y los cuatro jinetes mirábamos a una ciudad que se nos hacía imprecisa, acuosa, difuminada entre las cortinas de lluvia. Jorge Volpi, siempre detrás de sus gafas y con sus ojillos de sabio antiguo, miraba las hileras de carros que se agolpaban en una avenida que parecía poder tocarse si uno estiraba la mano. Edmundo Paz Soldán respiraba profundo y desviaba la mirada de algún campanario de iglesia a las nalgas escuetas y orientales de una japonesita de grandes ojos que le explicaba a un grupo de retacos japoneses algún secreto de París, en su idioma de gruñidos y gritos. Francisco Alejandro Méndez, las manos cruzadas a la espalda, la vista perdida en un lugar indefinible y lejano, en el sitio donde el horizonte se tragaba la ciudad, cambiaba el peso de la mole de su cuerpo de una pierna a la otra y tarareaba alguna canción de los sesenta que me pareció de Aznavour. Yo me sentía dueño del universo. De La Habana a Madrid a París al cielo: era increíble, diciéndome que era del carajo estar allí, y poder mirar y caminar y oler y silbar y cantar bajo la lluvia en los mismos sitios por donde el Cardenal Richelieu, un tipo que siempre me llamó la atención por su vida como para escribir cien novelas, se había paseado en toda la gloria de su poder, tan sólo siglos antes.

—Vaya, cubanito, disfruta, que si Castro te agarra con esos ojazos de indio asustado ante las maravillas del mundo exterior, no te deja salir más del país —me soltó el gordo Francisco, acercándose y pasándome una mano por los hombros—. Es bella, ¿verdad?

Y asentí. París, vista desde la torre, conservaba la aureola de ser esa fiesta inenarrable de la que hablaba el Papa. Quedamos en silencio, apenas sin escuchar el rumor de los idiomas entremezclados en aquel sitio metiéndome en la cabeza la idea de que esa era la única Torre de Babel que Dios no había podido destruir en el mundo.

—Hasta Fidel se debe haber cagado de admiración cuando subió aquí —dije al cabo de un buen rato.

Edmundo sonrió.

—¿Sabes? —dijo, mientras descendíamos y corríamos hasta un taxi que nos dejaría luego en un pequeño bar desde donde podíamos mirar la torre que a esa hora ya comenzaba a llenarse de lucecitas, tímidas

en contraste con la agónica luz de la tarde que iba muriendo—. Hay una tesis sobre los cubanos: los que le dicen Castro lo odian; los que, como tú, le dicen Fidel, lo aman y respetan. ¿Es así para ti?

—Desde que abrí los ojos al mundo, él estaba ahí —respondí, y entonces pude verlas: se desmontaban de una camioneta Peugeot blanco cuatro puertas y corrían bajo el aguacero hasta el bar donde fuimos a sentarnos: “cuatro whiskys bien cargados”, había pedido Volpi. Sólo en el momento en que se detuvieron cerca de nosotros fue que supimos que no eran mujeres. Aguantamos la risa por los pasitos de paquiderma de La Maga cuando Edmundo susurró: “Parece un elefante con tacones”, pero no pudimos resistir cuando escuchamos: “Gregorovius, Olivera, Bebé Rocamadour, adelante, que este cafetucho es nuestro”, y echamos a reír porque no había modo humano de comparación entre la idea que teníamos de los personajes de Cortázar y aquellos esperpentos tristes y empapados que vinieron a escampar en la mesa más cercana a la nuestra.

—Es cuestión de espíritu, niño —dijo La Maga poco después, cuando el rumbo de la conversación, bajo una confianza desparpajada impuesta por ellos, nos permitió preguntar si se habían leído realmente *Rayuela*—. Yo conozco a un gordo con más carnes y grasa que yo, se pinta el pelo de rubio y se cree Marilyn Monroe. Y yo quisiera que la vieras bailando el pasillo ese en el que un extractor de aire en una acera le levanta la saya. Es genial. La prefiero a ella que a la Monroe verdadera. Es menos ficticia.

Sí, habían leído *Rayuela*. Se conocían del mismo sex-show para gays, pero sólo una vez la coincidencia las había reunido en un idéntico escenario: el inmenso lavaplatos de la cocina, adonde habían ido a parar cuando comenzaron a halarse los pelos, “sí, las cuatro”, aclaró La Maga, “esa noche el show lo dimos nosotras”, por llevarse a una de las habitaciones a un joven actor de película que no querían mencionar porque el escándalo había sido de madre y padre y el hombrín les había amenazado con una reclamación legal por acoso y difamación y un montón de cosas más, si no lo dejaban tranquilo y se olvidaban de que “si no hubiera sido porque andaba buscando relajito con esos ojos lánguidos y esa carita de mujer posesa” ellas no se hubieran tenido que quedar encueras, las ropas rípiadas, las tetas de plástico al descubierto, las nalgas de esponja seca desniveladas o tiradas de mesa en mesa por los jodedores que se divertían con la pelea.

Todavía se eriza Olivera: “quinientos o seiscientos platos y cubiertos y copas fregamos esa noche, niño”, porque en la discusión habían ido a dar a una esquina contra un parabán de madera preciosa africana que el dueño del local había traído en uno de sus viajes a Mali, hacía como quince años, “y como no teníamos ni un centavo... ya sabes”.

Pero allí, conversando mientras fregaban y la espuma se llevaba los restos de comida y el agua dejaba limpia la loza y el aire del secador le devolvía el brillo original, descubrieron que las cuatro eran argentinas, tenían un Dios común, argentino, por demás: Cortázar, y hasta se confesaron que tenían sus fotos y que habían leído *Rayuela* miles de veces y soñado en las noches frías de París que el argentino resucitaba y venía a conquistarlas y que hacían el amor largamente y terminaban exhaustos, “porque alguien que escriba con violencia tan hermosa debe ser así mismo de hermoso y violento entre las sábanas, niño”.

Les encantaba el teatro. Y para demostrarle a las viejas locas parisinas que se podía ser loca y tener buen gusto para algo más que los hombres y sus vergas —La Maga concluía que era una prueba más de la necesidad de demostrar la superioridad intelectual de los argentinos a los engreídos franceses de la ciudad luz—, decidieron montar una pequeña obra de teatro con una de las escenas de *Rayuela*.

—Fue todo un éxito —contó Gregorovius—. Cuando sentí la algarrabía que despertó nuestra actuación, supe porqué, siempre que los ajenos nos ven reunidas, se refieren a “la pajarera”.

Llamaba “los ajenos” a los heterosexuales, “porque todo hombre es básicamente homosexual, niños, tienen algo de mujer, que aflora sólo cuando dejan de ser ajenos y sueltan sus trajes de marionetas sociales para sacar al sol sus sentimientos”.

—Desde entonces asumimos esos nombres —concluyó La Maga—. Todas las locas quieren llamarse Marilyn Monroe o Madonna, y ahora hay una moda entre las locas africanas por llamarse Tina... por la Turner. Nosotras no, para decirlo como lo dirían ustedes: somos locas intelectuales.

—¿Y qué hacen en París? —había preguntado Edmundo.

—*París es una enorme metáfora*, niño —respondió Gregorovius—. Ahora mismo, en este momento, estamos despidiéndonos del mundo.

No entendimos y nos cruzamos, sin proponerlo, unas miradas donde la duda era el único signo visible. El gordo Francisco lo dijo: “como dirían los gallegos, no entendemos ni hostia”. Y ellas contaron.

—Hace siglos que llegamos a esta ciudad, niño —comenzó La Maga con su voz de rata asustada, los ojos clavados en Volpi, siempre callado detrás de sus espejuelos, como lejano. Era obvio que quería atraerlo al ruedo donde los otros tres permanecíamos fascinados por aquellos cuatro adhesivos con alma de personajes de Cortázar.

También llovía en la París que encontraron a las tres de la mañana cuando salieron de fregar platos el primer día de su encuentro. “Hedíamos a detergente y grasa”, comentó, asqueando, Olivera, y por eso habían decidido ir a la buhardilla alquilada por La Maga, para darse un

baño y calentarse el cuerpo con algún poco del ron barato que debía quedar de la cópula con su última conquista: un camionero español que buscaba donde tirar de gratis sus huesos hasta el día siguiente en que regresaría a Barcelona. Traía tal borrachera que no había notado siquiera que su conquista era un travesti y cuando lo vio desnudo, quedó mirando fijamente y por un buen rato las grasas de La Maga, en un silencio espeso y larguísimo. Luego se puso de pie y vino hacia ella: “ya estoy aquí y no me voy a quedar con las ganas”, dijo, la volteó y se puso de frente a sus enormes nalgas blancuzcas.

—Cuando terminó, se empinó de la botella, eructó y se tiró de espaldas en la cama, patiabierto —les dijo La Maga, poco antes de abrir la puerta con una diminuta llave dorada—. A los pocos segundos roncaba.

Ese había sido un mes lluvioso. Gregorovius dormía en la casa de una vieja francesa, Olivera había resuelto haciéndole favores sexuales a un celador del metro que le permitió traer sus cosas para una casilla de mantenimiento, Bebé Rocamadour pasaba la noche en las camas de sus conquistas y La Maga, maquillista en un miserable teatro de variedades, lograba pagar a duras penas aquella buhardilla donde “cabemos los cuatro, chica, anda”, insistió Olivera hasta que la tuvieron convencida: entre todos podían compartir el alquiler y les alcanzaría hasta para comer mejor, cosa que en aquel invierno ya les hacía mucha falta.

—Nos tiraremos de la Torre —había dicho Olivera. Bebé Rocamadour empezó a llorar bajito y La Maga lo apretó más contra su cuerpo y comenzó a acariciarle con ternura la cabeza.

“Es patético”, me susurró Edmundo y asentí, mirando hacia la torre, como para que no notaran que hablábamos de ellos, aunque seguro no lo sabrían nunca: el hipido mocososo de Bebé Rocamadour se regaba sobre todas las mesas como una letanía religiosa, un cántico estridente y bajo que apenas dejaba poner atención a otra cosa.

—Cortarse las venas o arrojararse a las aguas del Sena es demasiado cursi —dijo Olivera—. Todo el mundo se arroja al Sena.

—O se corta las venas —masculló Bebé Rocamadour.

—O se tira delante de los carros —agregó Gregorovius.

Querían algo espectacular, de mucho revuelo, y estarían muy complacidas, “eufóricas”, pensé: era lo que se saltaba desde sus palabras, viendo volar sus cuerpos como pajarillos por el aire sucio de París y sintiendo el tropel de la gente aglomerándose a su alrededor, para verlas escachadas sobre el pavimento, ensangrentadas y con pedazos de sesos regados como hongos blancos por todas partes.

—Imagino los titulares —dijo La Maga, cerrando los ojos, como para soñar—: SE SUICIDAN CUATRO INMIGRANTES ARGENTINOS LANZÁNDOSE DESDE LA TORRE EIFFELL.

Aunque confesaban que no les gustaba mucho el titular, al menos su ego argentino quedaría por las nubes de la satisfacción. Les encantaría que algún periodista osado escribiera: *LOCAS ARGENTINAS ACABAN CON SUS MISERABLES VIDAS TIRÁNDOSE DESDE LA TORRE EIFFELL*, pero eso era pedirle demasiado a la suerte.

La noche anterior, alumbrados por cuatro velas, cebaron un mate y comenzaron a conversar. La Maga se había envuelto en su inmensa frazada azul con la cabeza de Rocamadour, acostado de lado, sobre uno de sus muslos, de frente a los otros. Gregorovius se había demorado cebando un mate bien cargado: ese día no habían comido y las malas noticias llegaron con la misma insistencia de esas gotas de lluvia que hacían de París una ciudad mojada, pestilente, asquerosa. Al menos así les había parecido antes de ir a guarecerse en la buhardilla.

—París es una enorme metáfora —dice Gregorovius.

—Cortázar lo sabía bien —asiente La Maga—. Por eso le hace decir eso a Gregorovius, al real Gregorovius.

—¿Y nosotros?, ¿qué somos nosotros? —replicó Olivera.

—Fantasmas —dijo La Maga—. Unas putas fantasmas. Me pregunto si Cortázar supo alguna vez que sus personajes eran fantasmas: La Maga, Gregorovius, Wong, Babs, Etienne, Rocamadour..., fantasmas ilustres gracias a su pluma, pero en definitiva fantasmas.

—Sí, es verdad —dice Bebé Rocamadour y se ovilla casi pegándose los muslos al pecho, aunque el volumen de su barriga se lo impide—. Desde *Rayuela* ya los latinos que vivimos acá no somos los mismos. Nos persigue la tragedia que el Gran Julio creó.

—No la creó, Bebé, la descubrió. Ya existía cuando él la descubrió en estas calles.

La gordura de Bebé había empezado desde muy niño y poco tiempo después supo que su enorme nalgatorio despertaba la lujuria de los muchachos de grados superiores del colegio católico en el que lo habían matriculado sus padres en Buenos Aires. Los mayores comenzaron a engañarlo con golosinas que “debemos comer en el baño, para que los profesores no nos cojan”, le decían, hasta que una tarde lo sujetaron entre cuatro y cada uno lo poseyó de un modo brutal que, recuerda ahora, le pareció hermoso: había descubierto que le gustaba ser montado por aquellos machos enormes a los cuales antes veía jugar al fútbol, sin saber que su admiración —un alborozo que no podía explicarse entonces— llevaba escondido también algo del deseo sexual de la hembra en celo.

—Mi padre lo descubrió un día —dice.

No sabe cómo, pero se había convertido en vicio llevar a otros amigos de su aula “a estudiar, papá, que tenemos exámenes” y, ya encerrados en su cuarto, bajarse sus enormes pantalones y pedirles que se lo

hicieran allí, en fila y sin desesperarse, “pues sentía que yo tenía para todos ellos, para el mundo entero si fuera necesario”.

Imagina qué sentiría su padre, un abogado respetadísimo, “de esos que salen siempre en las noticias de pleitos importantes, que no era poca mierda mi viejo”, cuando abrió la puerta y lo vio en cuatro montado por el negro Ezequiel, con una fila de muchachos desnudos esperando su turno.

—Nunca me perdonó —esta vez en voz muy baja, casi inaudible. Da una fuerte chupada al mate y lo pasa a Olivera.

También, como ellos ahora, había decidido suicidarse cuando hacía ya más de siete años de haber renegado de su único hijo.

—Lo pillaron en el baño del mismísimo Ministerio de Justicia dejándose hacer por un jovenzuelo acusado de robo, a quien ese mismo día defendía en juicio.

Olivera ha tenido el mate en la mano, escuchando a Bebé con los ojos entornados y el ceño fruncido, como quien oye algo que le parece muy conocido. Sorbe un poco de mate, vuelve a echarle agua caliente del termo y lo pasa a Gregorovius.

—Historia triste esa —dice—. Hay que ver cómo la gente se frustra por las convenciones sociales.

Nunca conoció a su padre. Desde que tuvo uso de razón sólo recuerda a su madre: una alcohólica que vendía su cuerpo, en los arrabales de Corrientes, a cambio de una botella de ron barato que se la fue comiendo por dentro hasta que una mañana Olivera la encontró con la boca literalmente llena de los cangrejitos rojos que venían del río que corría a unos doscientos metros de la casucha en que vivían cerca del puente que unía a la ciudad de Corrientes con Resistencia. Había sido enterrador en el cementerio de la ciudad, compartiendo una casita de madera con un viejo sepulturero al que de niño le huía por sus ojos siniestros, “más muertos que los mismos difuntos que enterraba”, asegura, hasta que se supo que aquel lúgubre señor que aterrorizó siempre a los niños de los barrios cercanos en las noches desenterraba los cuerpos y les quitaba las joyas, los dientes de oro y otras baratijas que luego vendía a un comerciante árabe de Resistencia. Estaba pescando en el río, por hobby, cosa que hacía todos los días, cuando no había tantos muertitos por sepultar, cuando alguien que no precisa bien quién fue vino a decirle que se fuera del pueblo: al viejo sepulturero y al comerciante árabe los habían colgado de un árbol casi milenario frente a la iglesia del parque, como escarmiento, “y te están buscando”, le dijeron, “que dicen que seguro también andabas en eso”.

No paró hasta llegar a Posadas. Tenía veintiún años y aún no sabía del gusto de otros hombres. Le gustaba escribir. Por las noches, cuando

su madre vivía, garabateaba en hojas que se robaba de las tiendas cosas que le venían a la mente con las escasas palabras que una vecina le había enseñado. Años más tarde sabría que aquellos eran poemas, aunque sólo conserva en la memoria un verso, no sabe por qué razón.

—Como la niebla del río es mi vida —recita.

Luego, en los años en que vivió junto al viejo enterrador, decidió escribir un diario.

—Lo conservo —dice—. Y cuando leo esas páginas creo saber porque ese verso nunca se me olvida. Mi vida es una niebla.

Sonaba melodramático, sí, lo sabe, pero “mi vida es un melodrama, Maga, que si algún novelista me conociera, se daría banquete con mi historia”. Y que por desgracia el único escritor de fama que conoció fue un viejo poeta de Posadas, “bien famoso por aquellos lares y hasta con un taller literario propio”, que le dio casa, cama y comida, “como un padre al principio, muchachas, que hasta di gracias a Dios por habérmelo mandado”, pero que a los pocos meses le dio por cobrar los favores. Había tenido que acostarse con el viejo no sabe cuántas veces, dispuesto a no dejar la comodidad de aquella casona y aquella comida caliente y tanto lujo. “Y me asqueaba, créanme”, porque tenía que oficiar de macho y sólo cuando el viejo en una bacanal invitó a un negrazo inmenso, de sexo descomunal, que se los sonó a los dos luego de una estrepitosa borrachera con drogas, se dio de cuenta que ante su vida se abría una puerta en la cual ni siquiera había pensado.

—Supe que me gustaba ser mujer —dice.

—A todas nos gusta —aclara Gregorovius.

Era de Río Gallegos y no puede olvidar el frío. Por las noches se sentaba con sus hermanos a contemplar las luces del pueblo. Conversaban hasta tarde, siempre escuchando al buenazo de Haroldo, que sacaba de la manga historias de muertos que desandaban por las montañas de la Tierra del Fuego desde tiempos inmemoriales, poseyendo los cuerpos de los que habitaban aquellos parajes y chupando sus almas.

Le daba miedo. Se acurrucaba junto a su hermano Ernesto y sentía su verga caliente y dura, y no podía precisar en esas noches si estaba así por su cabeza recostada al muslo del segundo de sus hermanos o si era por el frío: había descubierto que cuando nevaba afuera su sexo se endurecía bajo las sábanas y el edredón y encontraba un placer raro en sobarse las entrepiernas. Una noche de mucho frío Ernesto le pidió dormir juntos. Entre las brumas del sueño dijo sí, o algo que le pareció un sí, y sintió cómo su hermano se arrebujaba junto a él y todavía recuerda aquel calor hirviente y agradable entre sus nalgas. No sabe qué lo hizo moverse y empinar el trasero, pero sí precisa que su hermano pareció entender en aquel movimiento una señal, pues le bajó el

pantalón del pijama y luchó y luchó hasta que lo penetró y comenzó a moverse.

—Desde entonces convencimos a mamá de la conveniencia de dormir juntos para ahorrarle el trabajo de tener que lavar tantas sábanas —dice y sorbe un poco del mate que ha vuelto a caer en sus manos.

Con Ernesto se fue a vivir a Salta varios años después, cuando decidieron buscarse trabajo para ayudar a su madre, convertida para entonces en una viejecilla reumática y con arrugas hasta en los pelos y que nunca supo que el dinero que “le mandábamos salía de la venta de droga en los bares de gays y hasta en la mismísima casa que compramos en las afueras, que se convirtió en un sitio donde iban otros vendedores a comprarnos”.

—Robaba mucho ese Ernesto —y se le aguan los ojos, con un brillo allá adentro que la luz de las velas mueve y hace titilar—. Lo mataron a puñaladas. Ese día me enteré que le debía miles de pesos al dueño de “La pampa baja”, el bar show donde teníamos laburo día a día. Me buscaban para cepillármela.

—Vaya historias —murmura la Maga y acaricia a Bebé Rocamadour. Cierra los ojos y disfruta con el rumoreo de la lluvia sobre los tejados. De cuando en cuando, el claxon de los autos intentando apurar algún atasco, se mezcla con el ruido del agua y los silbidos de un viento frío que, a ratos, se cuele en la buhardilla por algún sitio que no puede determinar.

Una historia de amor. Eso era su vida. Sin traumas. Sin malos recuerdos. Una infancia feliz junto a unos padres tiernos, la adolescencia en compañía de los abuelos maternos en Rosario adonde lo mandaron a estudiar.

— *“Cerca, Rosario siempre estuvo cerca.
Tu vida siempre estuvo cerca... Y esto es verdad.
Vida, tu vida fue una hermosa vida
Tu vida transformó la mía... Y esto es verdad*

Los ojos cerrados, la voz gangosa, de rata asustada, llorosa, como si la canción de Fito lo remontara a unos años que creía olvidados y de pronto están ahí.

Los demás han escuchado la canción respirando levemente, sin tocar para nada el mate que está detenido en las manos de Olivera. Saben que La Maga merece ese silencio. Pueden ver hasta sus lágrimas chispeando en sus pómulos gordos, sonrosados, y bajan la cabeza para que ella no descubra que ellos saben que, pese a esa historia tan rosada y dulce, su vida, quizás, era la más miserable de todas.

—Vine a París por amor —dice.

Lo saben. El primer cuento que les hizo fue ése: sus amores de niño con un vecino del barrio, Héctor, el juramento de pasión eterna cortándose las muñecas, sangre con sangre, con sólo doce años, los viajes semanales desde Rosario para verlo, la suerte de poder estudiar juntos en la Universidad de Buenos Aires, el descubrimiento mutuo de que nada les importaba la carrera, se querían ellos dos, solos ellos dos, y que la vida que les querían imponer sus padres nada tenía que ver con sus sueños de vivir juntos, de amarse cada noche, de adoptar un bebé ante la imposibilidad natural de tenerlos, de hacerse viejos recordando los tiempos en que se amaban con más fuerza.

—Y que nos enterraran juntos —termina. La voz se le quiebra con las últimas palabras.

“La vida es una mierda, ¿saben?”, dice en un tono casi inaudible, “y no es una simple frase”. Todas allí lo saben. El SIDA es otra mierda. Si los americanos la inventaron, Dios les enviará su castigo. “Hay que ser bien hijoeputa para inventar algo así”, agrega y le hace una seña a Olivera para que le entregue la pipa del mate.

—Si hubiera sabido que aquí, inyectándose droga, Héctor cogería el SIDA, me hubiera quedado en Argentina —dice La Maga.

—El SIDA es una gran mierda —suelta Bebé, casi masticando las palabras.

—Sí —dice Gregorovius—, una perfecta mierda.

—La mierda más grande que existe —acota Olivera.

Pero estaban en París, la ciudad luz, la capital de la tolerancia, el imperio de las libertades sexuales. Detrás habían quedado los sustos de Olivera para colarse en el barco mercante que lo trajo a Francia, pagando el pasaje y la estancia en la bodega con felaciones rápidas, casi multitudinarias, a los maquinistas; el chantaje de Gregorovius al funcionario de Inmigración que iba al sex-show buscando que lo vistieran de Sophia Loren y lo clavaran y que le resolvió el pasaporte, el visado y hasta el pasaje; las cartas que Bebé mandaba semana tras semana a la tía lejanísima que vivía desde hacía siglos en Nantes para que le permitiera ir con ella a Francia. Estaban en París y debían ser felices. O al menos eso querían creer.

—Moriré en París con aguacero —recita Olivera.

—Eso no es de Cortázar, traidora —censura La Maga.

Y aseguró que Vallejo, por peruano y por feo, no tendría jamás la grandiosidad del argentino.

Seguía lloviendo. En las grandes avenidas, la luz de los autos sacaba chispas de colores a las gotas de lluvia y creaban la ilusión de que el asfalto estaba cubierto por una inmensa nata de plata luminosa, fosfo-

rescente. A esa hora de la noche, sobre la tumba de Cortázar, abrimos la botella de Havana Club, y luego de que echara el poquito de ron “para los santos cubanos, colegas”, les dije, nos sentamos a compartir un silencio sólo interrumpido por el chocar de la botella con los dos vasitos de cristal que La Maga, siempre previsora, se había robado del café donde nos encontramos.

—No queremos que unos machazos como ustedes se contagien con este bicho que llevamos dentro, niños —dijo Olivera.

— Y tampoco soportaríamos la culpa de que por una simple acostadilla con nosotros, se infectaran y perdieran el chance de ganarse el Nobel cuando lleguen a viejos —agregó La Maga.

Justo ese día, como muchos otros desde que se supieron enfermas, habían decidido salir a descargar su odio acumulado contra el mundo. Querían que el SIDA se esparciera sobre toda la ciudad como esporas que florecerían bajo la primera llovizna, que cada pedazo de carne humana que se moviera en aquel lugar padeciera la infección, que el mundo todo cabalgara por la vida marcado por la pandemia, para que sintieran en la mismísima sangre lo triste de ver los sueños arrojados a un estercolero de olvido y mierda, para que supieran cómo es vivir bajo el saludo cotidiano y fastidioso de la Muerte contemplando sus pasos, esperando en una esquina, sonriente, convencida de su triunfo.

—¿Y Cortázar? —preguntó Edmundo.

—¿Qué pasa con Julio? —quiso saber Olivera. Se dio un trago largo que mantuvo en la boca, como quien pretende hacer gárgaras con el líquido, pero finalmente lo tragó de golpe y pasó el vasito vacío a Bebé Rocamadour.

—¿Estarían dispuestos a contagiar a Cortázar?, si pudieran revivirlo, claro —aclaró Edmundo.

Gregorovius mueve la cabeza, negando, con la vista baja hacia el embaldosado del piso. Está sentado en una de las tumbas cercanas y luego busca con la mirada las letras que dan fe de la muerte del argentino.

—Lo que se venera no puede agredirse —dijo.

—Con Julio no —contestó Bebé.

—El odio no alcanza a lo que tanto se ama —sentenció Olivera.

—No lo entienden —dijo La Maga—. Cortázar es el Dios. De algún modo somos sus marionetas.

—No puede atentarse contra Dios —volvió a sentenciar Olivera.

Cuando abandonamos el cementerio, una fría llovizna seguía cayendo sobre los edificios y las avenidas, y las luces de los carros atravesando las gotas de lluvia pintaban la ciudad con ese tono nocturno, típico de las postales turísticas. “Es patético”, murmuró de nuevo Edmundo

y asentí. Desde que había hecho aquella pregunta: “¿Y Cortázar?”, los esperpentos del argentino se habían desnudado, grises y mustios en su única piel de hombres travestidos, como fantasmas condenados a vagar bajo una luminosidad falsa, por primera vez en silencio desde que los conocimos. Se veían tristes. Bebé Rocamadour iba delante, como siempre junto a La Maga, ahora sólo tomados de las manos y mirando los lumínicos y los autos que pasaban junto al ómnibus que tomamos de regreso a este bar. Gregorovius también miraba afuera, la cabeza recostada contra el cristal de la ventanilla, los ojos perdidos en el movimiento nocturno de las avenidas. Olivera se había recostado a su hombro y dormitaba, o quería hacer ver que el sueño intentaba dominarlo.

—La vida es una mierda, niños —dice La Maga y se moja los labios, metiendo la lengua en el trago de whisky a la roca que acaba de servir una muchacha alta y muy flaca, casi esquelética, típica francesilla de barrios pobres.

Nadie agrega nada. Olivera y Gregorovius han vaciado la cola y ahora asumen la pose más varonil que les permiten sus trajes de viejas prostitutas. Bebé chupa su whisky con un absorbente, con los ojos clavados en el trasiego tumultuoso de los carros en la avenida, justo frente a nosotros. La Maga tiene la mirada fija en el líquido amarillento de su vaso.

—¿Para qué engañarnos? —dice—. Cuando uno se va de donde nace, se arranca muchas cosas. Nosotros huimos del hombre que fuimos allá, y aquí estamos. Seguimos siendo lo único que podemos ser: hombres. Y esta ciudad no tiene esa libertad que tanto soñamos. Tanto que lo leímos, y nunca nos quisimos dar cuenta de que *Rayuela* era eso: la crónica de un fracaso. París no es una fiesta. Es una mierda.

—París es una enorme metáfora, niños —vuelve a decir Olivera—. Ese fue el único mensaje del Gran Julio que nunca quisimos entender.

Hasta la noche anterior. La Maga había descubierto bajo sus ojos unas enormes arrugas y se lo había dicho a los otros: “Me estoy poniendo vieja, ¿saben?”. Y se fue desvistiendo, prenda a prenda, buscando en cada parte de su cuerpo, desesperada, nerviosa, el signo de que los años no pasaban en vano, y se espantó ante la certeza de que la vejez iba dejando de ser una posibilidad remota para enseñarle su cara amarga, raída. Todos se desnudaron. Fueron pasando frente al espejo grande que La Maga había colocado ante la cama para contemplarse poseída en las largas noches de amor con sus conquistas, buscaron y encontraron, y se sentaron en el suelo alfombrado de la buhardilla, todavía desnudos, aterrados por la idea de que alguna vez serían unas viejas horribles, nada deseables, a quienes entonces no llamarían “hermosas putas” y sí “mariconas arrugadas”.

—Por los cronopios —dice La Maga luego del espeso silencio que siguió a su largo discurso—. Por estos hermosos cronopios que nos han tratado como a mujeres ilustres —agrega, señalándonos.

Las cuatro levantan los vasos hacia nosotros y pronuncian un “salud” que suena triste y bajo, casi carrasposo.

—Y por el Gran Julio —dice Edmundo y levanta su vaso.

—Por las putas más hermosas de esta mierda de ciudad —digo, y siento que el silencio regresa otra vez a nuestra mesa, espeso, acuoso como esa lluvia que golpea allá afuera aceras y autos, y no sé porqué, pero creo adivinar una humedad luminosa en esos ojos pintarrajeados que nos miran y chocan sus vasos de whisky con los nuestros.

Pido permiso y avanzo entre las mesas hasta el baño. Edmundo me sigue. “Es patético”, vuelve a decir. Y asiento. “Y del carajo, hermano, que uno viene a París buscando una cosa y te encuentras a unas locas que te sacan las lágrimas”, digo, y también asiento. Entro en una taza y descargo el líquido de mi vejiga, casi con rabia, como intentando vaciarme, contra la loza blanquísima del inodoro. Luego voy a lavarme las manos, la cara, y después dejo que el vapor me caliente los dedos, con los ojos cerrados, respirando profundo, como preparándome para seguir escuchando algo que ya empieza a molestarme: “nunca he soportado ser paño de lágrimas de nadie”, le digo a Edmundo y lo veo asentir de nuevo.

Cuando regresamos a la mesa ya se han ido. Volpi parece mirar el aguacero que ha arreciado sobre la ciudad y que ahora se percibe como un zumbido fuerte, monótono, llegándonos en ventoleras muy frías, cargadas de humedad. El gordo Francisco tose y nos mira: “no soportan la lástima”, dice, “por eso se fueron”. “De todos modos, esta misma noche se lanzarán desde la Torre”, comenta Volpi. “Vámonos al hotel”, digo, “estoy hecho leña”. Y todos asienten.

Quizás ya hayan saltado desde la Torre Eiffel y ahora estén volando sobre París. Las cuatro envueltas en la realidad de volar sobre un sitio que tantos sueños les ha frustrado. De camino al hotelucho en las afueras, mientras veo pasar los autos, mientras contemplo a las putas protegerse de la lluvia bajo los toldos de los bares y comercios cerrados a esta hora de la noche, a varios grupos de turistas caminando como zombies bajo el aguacero intentando capturar el olor nocturno de este emporio de la luz, y a los carros, carros y más carros de este lugar del mundo, voy pensando en que quizás tenían razón: París no existe sin el Gran Julio, *Rayuela* y las cuatro putas más ilustres que hayan pisado jamás estas calles mojadas con sus pasitos de damiselas mustias. Me digo que cuando estén como ellas querían: escachadas sobre el asfalto, con los sesos desparramados por todas partes y la sangre coagulándose en

grandes grumos que todos mirarán como un espectáculo más que ofrece esta ciudad, no podrán imaginar, por suerte, que cuando la luz del día vuelva a sacar reflejos metálicos a la Torre Eiffel, y se propague como una neblina luminosa sobre todas las cosas y las gentes, sólo un mísero periódico marginal, en un pequeñísimo recuadro en una esquina nada visible de la última plana, anunciará: CUATRO INMIGRANTES ARGENTINOS SE SUICIDAN LANZÁNDOSE DESDE LA TORRE EIFFEL. Tampoco yo quiero imaginarlo. Por eso recuesto la cabeza al cristal de la ventanilla de este taxi y cierro los ojos. Afuera llueve. París, pese a todo, sigue siendo una fiesta de luz y frío, mucho frío.

La Habana, junio y 2002.

ÍNDICE

Prólogo: Bitácora de obsesiones literarias y estéticas	7
La nostalgia es un tango de Gardel	11
Hoy almorzaremos con El Duque	23
El desesperado amor de los ahorcados	30
Celda 23	44
Laura	57
Cirios, rostros grises y una flor en la solapa	68
Una dama de negro, los autos, las gaviotas...	78
Una pesadilla tan gris como la muerte	86
Los cronopios, las putas y un viejo Café en el París de entonces	98

Este libro se terminó de fotocomponer
el día 24 de febrero de 2017.

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: ebetania@terra.com // editorialbetania@gmail.com
<http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2017)
Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.
Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.
El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.
Ruyam, de Pancho Vives.
Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.
Memoria de siglos, de Jacobo Machover.
El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,
Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.
Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.
Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.
Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.
Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.
Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.
La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.
Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.
Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.
Chivitas, de Adriana Restrepo.
Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.
Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.
Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.
Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.
Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.

Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llopiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Sambra.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.
Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
Fantasías reales, de Silvia Burunat.
17 memorias y un prólogo, de VV. AA.
Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.
De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín.
Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjarí Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

SOBRE LA CUENTÍSTICA DE AMIR VALLE

Me bastó leer su libro de cuentos y un par de fragmentos de su próxima novela para saber que estamos ante uno de esos narradores natos que no abundan, de mirada incisiva, pericia increíble para su edad, y con un admirable sentido de pertenencia literaria e intelectual a su tierra.

Augusto Roa Bastos

Es un regalo para nosotros saber que una tendencia que defendimos tiene otros defensores como Amir, aunque con una mirada más moderna y desenfadada de la realidad que narra.

Jesús Díaz

Desafiantes, crudas, pedradas tiradas a la cabeza del lector son estos cuentos, escritos con esa perfección estilística a la que Amir Valle ya nos tiene acostumbrados.

Guillermo Vidal

Me fascinaron tus narraciones. Hay personajes absolutamente inolvidables en esos cuentos.

Vicente Battista



9 788480 173889 >

editorial **BETANIA**
Colección NARRATIVA